



UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA

FACULTAD DE FILOSOFÍA

Máster Universitario en Filosofía Teórica y Práctica

Especialidad de Historia de la filosofía y pensamiento contemporáneo

Trabajo Fin de Máster

**FREUD Y LA ESCRITURA**

**Grafología psicoanalítica y deconstrucción**

Autor: Adrián Rodríguez López

Tutor: Cristina de Peretti Peñaranda

Madrid, 2014

## RESUMEN

En el presente trabajo abordaremos una lectura deconstructiva del freudismo. La escritura, en la obra de Freud, será nuestro tema. Freud, nuestro Freud, el Freud de J. Derrida: aquel que escribía en los márgenes de sus obras, ese Freud que no es del todo positivista, que no es del todo logocéntrico. Esto nos permitirá seguir el proyecto derridiano de una *grafología psicoanalítica* que radicaliza la noción de huella dentro del marco del psicoanálisis. Siguiendo este proyecto encontramos un lugar de trabajo donde el psicoanálisis y la deconstrucción mantienen una alianza inestable, a punto de romperse. Tras ubicar las líneas de nuestra lectura de este proyecto, en el apartado II, pasamos, en el III y en el IV, a desarrollar la *lectura*, la *genealogía* y la *resistencia* desde la *teoría de la huella*. En el apartado IV procederemos a una lectura de *Más allá del principio del placer* que, guiados por las indicaciones de Derrida, constituye un excelente ejemplo de cómo trabaja nuestra *grafología psicoanalítica*. Finalmente, en el apartado V, procederemos a cuestionar la clave simbólica y edípica de la interpretación psicoanalítica. Con estos desarrollos habremos formulado, de forma provisional y no programada de antemano, nuestra primera aproximación a una *experiencia aporética de lo imposible* que anuncia un trabajo interminable de análisis y duelo.

### ABSTRACT

In the present work we address a deconstructive reading of Freudianism. Writing, in Freud's work, will be our theme. Freud, our Freud, the Freud of J. Derrida who wrote in the margins of his works, a Freud that is not entirely positivist, a Freud not completely logocentric. This will enable us to follow Derrida's project of a *psychoanalytic graphology* that radicalized the notion of trace inside the setting of psychoanalysis. Following this project we find a workplace where psychoanalysis and deconstruction hold up an unstable alliance. After locating the lines of our reading of this project in section II, in the III and IV sections, we started to develop *reading, genealogy* and *resistance* based on the *theory of the trace*. In section IV we proceed to a reading of *Beyond the Pleasure Principle*, guided by indications from Derrida that provides a prime example of how our *psychoanalytic graphology* works. Finally, in section V, we will question the symbolic key and oedipical psychoanalytic interpretation. With these advances we shall have made a temporary basis and not preprogrammed our first approach to *an aporetic experience of the impossible* which announces an analysis and an endless duel.

## ÍNDICE DEL TRABAJO

I. INTRODUCCIÓN: LOS <i>MÁRGENES</i> DEL FREUDISMO	5
II. EL INCONSCIENTE Y LA ESCRITURA	10
III. <i>JE LE PENSAI, DIEU LE GUÉRIT</i>	42
IV. LAS RESISTENCIAS <i>AL (Y DEL)</i> PSICOANÁLISIS.	50
V. MAL DE ARCHIVO – PULSION DE MUERTE E ILEGIBILIDAD.	68
VI. FILIACIONES: EDIPO Y ESCRITURA PERVERSA.	103
VII. SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA	122

## I. INTRODUCCIÓN: LOS MÁRGENES DEL FREUDISMO.

Plantear un trabajo sobre la escritura, donde se convoca al freudismo y a la deconstrucción de Derrida, puede acabar volviéndose una labor mucho más complicada de lo que en principio pudiera parecer. Si bien, según la apreciación de Bennington, las referencias de Derrida al psicoanálisis fueron mayores que las referencias filosóficas, no parece que en ningún momento se formara algo parecido a una alianza. Es también, por otro lado, conocida la advertencia, formulada en reiteradas ocasiones por Derrida, de que de ninguna manera debería confundirse la deconstrucción con un psicoanálisis de textos filosóficos, por muy tentadora que resultase la analogía<sup>1</sup>.

Cada una de estas *corrientes de pensamiento*, fuera de las ocasiones más o menos problemáticas de encuentro, han tenido cada una su propia tradición y sus problemas propios y no han faltado, a pesar de todo, momentos de diálogo. Pero no podemos rechazar la evidencia: las líneas textuales de estos grandes pensadores -Freud y Derrida- no coinciden completamente en las vías elegidas para el abordaje de sus respectivos intereses; *así también ha sido con los comentaristas posteriores de ambos pensadores, salvo algunas excepciones*<sup>2</sup>.

\*\*\*

Podemos, de forma preliminar -para los fines de esta *Introducción*-, situar algunas *imágenes de archivo*.

---

<sup>1</sup> Véase VIDARTE, P.: "Sobre psicoanálisis y deconstrucción", en *Daimón, Revista de Filosofía* (Universidad de Murcia), nº 16, 1998, p. 133

<sup>2</sup> Parecería, más bien, que en los textos de estos comentaristas se fundan *lugares de encuentro inesperados* entre el psicoanálisis y la deconstrucción. Tal es el caso de Roland Barthes, Julia Kristeva o Judith Butler. Encuentros inesperados donde no se problematiza la alianza, donde no se problematizan sus incompatibilidades. Una curiosa excepción a esta serie serían varios trabajos de Paco Vidarte. Véase especialmente: VIDARTE, P.: "Derridalacan: contigüidades sintomáticas. Sobre el *objeto pequeño j@cques*" en DE PERETTI, C. & VELASCO, E. (Eds.): *Conjunciones. Derrida y compañía*. Editorial Dykinson, Madrid, 2007

*Imágenes de archivo que hablen sobre el archivo.*

De la retórica que emplearemos en nuestro *archivo*<sup>3</sup>.

¿Es necesaria tanta cautela? ¿Es posible sortear esta exigencia?

*Es inevitable.* Convocar a Freud y a Derrida implica, necesariamente, comenzar a escribir un trabajo en marginales, escribir márgenes, inventar un *archivo de imágenes en deconstrucción*.

Deberá tratarse -este trabajo- de un encuentro contingente, no programado de antemano por un método. Esta *intersección* o alianza -Freud/Derrida- nos invita a la invención sin regla: a la invención de un psicoanálisis *en deconstrucción*. No, desde luego, el único posible. No, desde luego, el único digno de recibir ese nombre sino, más bien, uno más entre otros, tal vez el peor de todos.

Psicoanálisis *en deconstrucción*: sería un error por nuestra parte querer domesticar tal *alianza* hasta conformar un *archivo* sin fisuras, sin violencia ni *resistencias* internas. La *mezcla química* de estos dos compuestos puede ser peligrosa y constantemente amenaza con destruir su soporte, des-licuarse, traicionarse a sí misma. ¿Cómo alojar a la *deconstrucción* en un lugar así: en un lugar como el *psicoanálisis*, tan poco inmaculado,

---

<sup>3</sup> Véase DERRIDA, J.: *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Editorial Trotta, Madrid, 1997, p.10: “El concepto de archivo abriga en sí, por supuesto, esta memoria del nombre *arkhé*. [Que en sentido físico, histórico y ontológico, remite al origen, a lo primitivo; mas, en un sentido nomológico, remite al mandato. *Arkheîon* griego: residencia de los arcontes, los que mandan e interpretan la ley, recordándola y haciéndola cumplir. Ley, por tanto, con soporte y residencia de la memoria.] Mas también se mantiene *al abrigo* de esta memoria que él abriga: o, lo que es igual, que él olvida. No hay nada de accidental y sorprendente en ello. En efecto, contrariamente a la impresión que con frecuencia se tiene, un concepto así no es fácil de archivar”. *Archivo*: cruce de lo topológico y lo nomológico. Se rige por un principio de consignación, de reunión. El psicoanálisis freudiano, apunta Derrida en el texto citado, es la disciplina en: “donde se intentará repensar el lugar y la ley según las cuales se instituye lo arcóntico, en todas partes donde se interroga o se contestara, directa o indirectamente, este principio arcóntico, su autoridad, sus títulos y su genealogía, el derecho que él manda, la legalidad o la legitimidad que de él dependen, en todas partes donde lo secreto y lo heterogéneo vinieran a amenazar la posibilidad misma de la *consignación*, todo ello no podría dejar de tener consecuencias para una teoría del archivo así como para su puesta en obra institucional.” (*Op.cit.*, p. 11) Nuestra retórica, en fin, pregunta insistentemente: ¿*Qué ley marca el origen del archivo?* ¿*Qué derecho autoriza el archivo?* ¿*Qué ficción los legitima?* ¿*Cómo podrían cuestionarse?*

tan sucio y pervertido por sus tensiones internas? ¿Puede haber, incluso aquí, un *acontecimiento hospitalario*? ¿Algo que merezca el nombre de “*alianza*”?

La lógica de esta operación, además, nos hace sospechar de nuestro propio deseo y ponerlo en cuestión: ¿aspiramos acaso a una pureza no contaminada en el origen? ¿A *re-construir* un psicoanálisis donde la deconstrucción sería el remedio para recuperarlo de su incompletud, de su impureza? ¿Podría soportar el psicoanálisis este *Pharmakon*, en ocasiones, de tal impredecibles consecuencias? ¿Acabaremos haciéndole decir también a Freud eso de “*con mi palabra me basta, no necesito la escritura*”? ¿Cómo afrontar, en fin, el desafío de aliarse con la deconstrucción?

\*\*\*

La *metafísica* persigue y busca conservar el *archivo*.

La *metafísica* es la *violencia del filósofo*: que haya *archivo* posible, que haya *soporte para lo insoportable*. Llevando este deseo hasta el final, el *archivo* muere, se consume por completo, no deja restos, ni cenizas, ni gritos, ni moscas, ni excrementos. La *escritura -archi-escritura-* introduce una nueva dimensión: un *archivo* parasitado, parasitante. Si la *escritura* es el simulacro, la ficción del residuo, del desecho, entonces el psicoanálisis debe ocupar el lugar de un *archivo en deconstrucción*: el lugar de una *resistencia a la deconstrucción*. Llevar el psicoanálisis al límite de lo *in-deconstruible*: en donde no arderá hasta la extinción, no totalmente. Y nos preguntamos:

¿Podrá la *deconstrucción* ofrecerse sin resistencia al *psicoanálisis* para devenir como su *resto*? ¿Podrá trabajar desde dentro, desde el primer escrito hasta el último? ¿Desde un no-exterior, ponerlo en marcha, moverlo, hacerlo fluir? ¿Podrá sobrevivir un resto del *psicoanálisis freudiano* que pueda formar parte de un *archivo* que se resista a la *deconstrucción*?

No deseamos para esta *alianza* la perfecta adecuación, la homogeneización, la pureza, la virginidad de un encuentro sin fisuras.

El psicoanálisis *en* deconstrucción debe también poder resistirse a la deconstrucción y a sus fantasmas. El psicoanálisis *en* deconstrucción debe poder hablar en nombre de la deconstrucción: si el psicoanálisis eliminara todo *resto*, consumiera sus propios excrementos, no podría ser deconstruido.

\*\*\*

*¿De qué modo, entonces, podríamos plantear esta alianza?*

El trabajo lleva por título, *Freud y la escritura*. Eso significa que pretende ser, fundamentalmente, *un trabajo psicoanalítico sobre la escritura*. El subtítulo del mismo da las claves de orientación, los hilos que tomaremos para tejer el texto: *Grafología psicoanalítica y deconstrucción*. J. Derrida, por tanto, va a ser la *referencia privilegiada* de nuestro trabajo. Su presencia en el mismo responde a una pregunta, para nosotros fundamental: *¿Desde dónde leemos a Freud?*<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Seguimos, en este punto, las propuestas derridianas de lectura de Paco Vidarte. Véase VIDARTE, P.: *¿Qué es leer? La invención del texto en filosofía*. Tirant Lo Blanch, Valencia, 2006, pp. 239-245. Del mismo, tomamos algunos fragmentos sueltos, que por su potencia descriptiva, nos parecen suficientemente reveladores de esta orientación:

“[...] tal vez lo que más me inquieta sea la cuestión de la *responsabilidad* de la lectura. Cómo llevar a cabo una elección, una decisión, una apuesta responsable de nuestra lectura. Leer es elegir, decidir, apostar. ¿Por quién? ¿Por qué lectura? [...] cuando comenzamos a leer ya llevamos repletas nuestras alforjas de múltiples lecturas y de caminos trillados una y otra vez que insensiblemente tenderemos a recorrer como vías facilitadas por lecturas previas que dificultarán enormemente la apertura de nuevos senderos lectores. Siempre se tiende a transitar lo que una vez se pisó. La compulsión de repetición en la lectura no es cosa baladí [...] *Leer es repetir*. Pero en la repetición subyace ya el doble amenazante, monstruoso. La repetición genera hábito, costumbre, identidad, creencia, sujeto, ortodoxia. Pero también, en cada repetición, se anuncia la ruina, la posibilidad de disolución, de mutación, de desvío, de inauguración, de irrupción de la alteridad [...] *Viscosidad de la lectura*. Desgana, desidia del lector que llega a creer que *un* autor no es más que *una* forma de leer. Hasta considera que ya está familiarizado con ella, sabe cómo ese autor lee, sabe leer como él, descubre que siempre lee igual. Tras la fascinación, el entusiasmo, el aburrimiento o la tristeza de descubrir que ese autor resulta incapaz de sorprenderlo cuando lee. Pero más triste aún, terrible, resulta descubrir que somos nosotros quienes ya siempre leemos igual. Aunque también cabe la euforia de descubrir que siempre leemos del mismo modo, que nos hemos forjado un ‘estilo lector’. Tener un estilo es una buena barricada contra la angustia.”



El Freud desde el que escribimos nuestro trabajo será el leído, comentado y deconstruido por Derrida.

El asunto de las *traducciones* ha tenido una larga historia en el psicoanálisis y los estudios al respecto han evidenciado, sin ninguna duda, que el asunto es fundamental para la comprensión de la teoría. Desarrollar esta problemática, así como proceder a introducir en el trabajo todas las sutilezas del debate, nos extraviaría demasiado de los ejes centrales que pretendemos abordar. Simplificando la cuestión, señalaremos que, en castellano, las traducciones más autorizadas, fundamentalmente por ser directas del alemán, son por un lado, la propiamente española, por Luis López-Ballesteros y concluida, debido a su muerte, por Ramón Rey Ardid para Biblioteca Nueva, y por otro, la reconocida edición argentina, llevada a cabo por José Luis Etcheverry para Amorrortu. Hay todo un debate, no solo editorial, sino también institucional, nacional y de traductores, relativo a la confianza que uno puede depositar en uno o en otro de ellos. La posición adoptada en este trabajo es que la posibilidad de una traducción perfecta será siempre imposible. Considerando este punto, se nos hace claro que, para ubicar el *con-texto* de la obra freudiana con el fin de llevar a término los objetivos del trabajo, se hace ineludible el auxilio de la terminología alemana que corresponda, así como la mención especial, en cada caso, por la elección de una traducción, frente a otra, en caso de que así fuera necesario. Para tal fin, emplearemos la traducción de López-Ballesteros acompañando, cuando se requiera, la traducción en alemán, tanto en las citas, como en el contenido del trabajo<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> Si bien empleamos, como señalamos, la traducción de Ballesteros, nuestra edición no será la de la tradicional de Biblioteca Nueva, sino la de Alianza Editorial. Hasta donde sabemos, esta última respeta el trabajo de traducción del traductor español.

## II. EL INCONSCIENTE Y LA ESCRITURA.

El discurso freudiano -su sintaxis, precisa Derrida- no se confunde necesariamente con los conceptos logocéntricos más tradicionales<sup>6</sup>. No se consume su escritura en una relación total de dependencia:

Tenemos una ambición [Ambición que hacemos nuestra en este trabajo] muy limitada: reconocer en el texto de Freud ciertos puntos de referencia y aislar, en el umbral de una reflexión organizada, aquello que en el psicoanálisis no se deja comprender bien dentro de la clausura logocéntrica, en cuanto que está delimitada no sólo la historia de la filosofía sino el movimiento de las “ciencias humanas”, especialmente de una cierta lingüística. Si la irrupción freudiana tiene una originalidad, ésta no le viene de la coexistencia pacífica o de la complicidad teórica con esa lingüística, al menos en su fonologismo congénito<sup>7</sup>.

En determinados momentos -no por azar- Freud recurrirá a modelos metafóricos fuera de esta lingüística para pensar el aparato psíquico, donde progresivamente va a ir introduciendo una grafía que no está sometida a la palabra viva y plena, presente y dueña de sí. No se trata, por parte de Freud, de hacer pedagogía con metáforas, sino de problematizar profunda y comprometidamente lo ya conocido para así alcanzar el enigma de la escritura psíquica. De este modo: 1º, lo psíquico pasará a ser entendido como un texto de esencia irreductiblemente gráfica, como una escritura; 2º, el aparato psíquico, siguiendo este modelo, funcionará y operará como una máquina de escritura que no cesa de escribir.

Como señala Derrida, lo importante aquí no es la metáfora en sí misma, sino aclarar lo que es un texto para Freud y pensar cómo tiene que ser construido el psiquismo - mediante una *metapsicología*- para ser re-presentado como un texto<sup>8</sup>.

---

<sup>6</sup> Véase, para una información más detallada de la problemática epistemológica del psicoanálisis, ASSOUN, P-L.: *Introducción a la epistemología freudiana*. Siglo XXI editores, Buenos Aires, 2001.

<sup>7</sup> DERRIDA, J.: “Freud y la escena de la escritura” en *La escritura y la diferencia*. Anthropos Editorial, Barcelona, 2012, p. 274

<sup>8</sup> *Op. cit.*, p. 275

Derrida nos va a ir señalando cómo la *huella mnémica* -concepto capital del psicoanálisis freudiano- tendrá un desarrollo teórico fundamental desde el *Proyecto de psicología para neurólogos* (1895) y la *Carta 52 a W. Fliess* (1896), pasando por la *Interpretación de los sueños* (1900), hasta llegar a la *Nota sobre la pizarra mágica* (1925). Es en este con-texto donde será pensada desde el *abrirse-paso*.

Poco a poco -lo podremos constatar, gracias a la lectura de Derrida- Freud irá afinando su modelo hasta conformar, desde un *sistema natural de huellas* (neuronas), otro de muy distinta naturaleza: *estructural, funcional, análogo a un dispositivo de escritura*. A Derrida no se le escapa que este tanteo no es hecho sino desde el ensayo y el error: los modelos se prueban sistemáticamente, se tuercen, se re-tuercen, pero acaban por ceder su lugar a otros nuevos modelos. Será el modelo del *Wunderblock* el modelo que, finalmente, seducirá especialmente a Freud. Es así como podemos ver el modo en que Freud pretende abrirse a lo impensado -al inconsciente- mediante su *metapsicología*, mediante su hechicera.

¿Y el *inconsciente*, en cuanto saber imposible de conocer, no sería, en cierto modo, otro nombre de *Khôra*<sup>9</sup>?

Con Derrida, tomamos nota, a la letra.

---

<sup>9</sup> Véase DERRIDA, J.: *Khôra*. Amorrortu/editores, Buenos Aires, 2011, pp. 26-27: “[...] ‘Khôra’ parece no dejarse jamás alcanzar o tocar, menos aún mellar y, menos que menos, agotar por esos *tipos* de traducción trópica e interpretativa. [...] *Khôra* no es un sujeto. No es el sujeto [...]. Los tipos hermenéuticos no pueden informar a *Khôra*, no pueden darle forma, como no sea en la medida en que, inaccesible, imposible, ‘amorfa’ [...] y siempre virgen, de una virginidad radicalmente rebelde al antropomorfismo, *parece recibir* esos tipos y *darles lugar*. [...] *Khôra* no es ni del orden del *eidos* ni del orden de los mimemas. [...] *Khôra* no es, en especial, un soporte o un sujeto que *dé* lugar al recibir o concebir, e incluso al dejarse concebir.” Hay inconsciente, pero el inconsciente no existe. Sin ser una cosa, insiste en una unidad enigmática, se hace llamar sin darnos respuesta, sin mostrarse. No tiene referente real. “Inconsciente” es sólo un *nombre propio* -¿cómo olvidarlo?-. El inconsciente no tiene propiedades: no recibe, sino que se deja fantasear propiedades. *Inconsciente* es otro nombre de *Khôra* pues esta: “No ‘es’ otra cosa que la suma o el proceso de lo que viene a inscribirse ‘sobre’ ella, con motivo de ella, directamente en su motivo, pero *Khôra* no es el *motivo* o el soporte presente de todas esas interpretaciones, aunque, no obstante, no se reduzca a ellas. Sencillamente, ese exceso no es nada, nada que sea y se diga ontológicamente.” (*Op. cit.*, p.34)

\*\*\*

Si bien al comienzo de su ejercicio teórico, Freud pretende ser solidario - conscientemente, voluntariamente- de un *modelo positivista* en su *Proyecto de psicología para neurólogos*, esta obra -como se constata en las cartas a su amigo W. Fliess y en la historia oscura que sellará el destino de este escrito- acabará siendo algo parecido a un delirio científico detenido a tiempo. Esto no impedirá -nosotros no lo olvidamos en ningún momento- que, a pesar de todo, su forma de entender el cerebro humano, en este escrito, será radicalmente distinta de la de sus compatriotas.

La *memoria*, desde el principio del *Proyecto*, ocupará un papel central. Será su tema. La *misteriosa memoria*. Misteriosa, porque Freud, inmediatamente, comprobará que es imposible representarla en un modelo. Un modelo que, al mismo tiempo, sea solidario de una cierta lógica de la *huella* que, de una forma u otra, ya se está empezando a descubrir en este texto. Es imposible imaginarla como un aparato que, simultáneamente, realice su doble operación: *imprimir, haciendo permanecer la huella, al tiempo que su tejido se regenera pese a los surcos recibidos, simulando estar siempre intacta, virgen, para así recibir nuevas marcas*.

Todavía el mundo no conoce el *Wunderblock*.

Freud, en esa época, intentará explicarlo mediante el *comportamiento de las neuronas*: estas deberían recibir impresiones y al mismo tiempo quedar inalteradas. Y es en este problema fundamental donde Freud introducirá una diada de conceptos fundamentales: las *rejas de contacto* y el abrirse-paso (*Banhung*). Si no exageramos el naturalismo freudiano de este texto, quedará patente lo formidable de este modelo - entendido entonces como una metáfora- para dar cuenta del problema de la memoria.

*Abrise-paso*, trazar una ruta, es abrir la vía, penetrar un camino (*Bahn*). Violencia del abrirse y, al tiempo, resistencia a la apertura, a la fractura, a la fisura y a la herida mortal. Romper, quebrar, fracturar, abrir. Esto requiere -Freud lo sabe- reformular por completo toda la teórica neuronal de su época. Así, dos tipos de funcionamiento neuronal para explicar la memoria: 1º, las neuronas ( $\Phi$ ), permeables, que no ofrecen

resistencias, que no retienen huella alguna y que son perceptivas; y 2º, las neuronas ( $\Psi$ ) que mediante la construcción de *rejas de contacto* contra la excitación consiguen preservar la huella impresa fijando, libidinalmente, la escritura psíquica de la memoria. Son estas las neuronas que construyen la memoria, la puesta en escena de la memoria, su re-presentación teatral: *estas son las únicas neuronas psicógenas, dado que configuran, con la resistencia, la memoria en su totalidad*. Y es que, para Freud, la memoria supone la totalidad de lo psíquico, su naturaleza misma. La memoria es una construcción que *detiene la herida que produce la huella mnémica al abrirse paso*.

La diferencia entre los *espacios-abiertos* es el origen de la memoria.

*Clinamen*, acontecimiento<sup>10</sup>.

La diferencia posibilita la *Wegbevorzugung*, la *preferencia de ruta*, pues no hay *Bahnung* sin diferencia. La huella, para Freud, no será una *plenitud perceptiva* rescatada de las profundidades abismales del psiquismo, sino el surco desdoblado, dejado en la carne por un código de diferencias durante los actos de *abrirse-paso*<sup>11</sup>.

No hay transparencia de sentido, ni opacidad en la huella, sólo disfraces en el trabajo de la huella en su *abrirse-paso*. La repetición re-edita la impresión, pues *tiene el poder de herir*. La memoria, para Freud, debe ser explicada como una fuerza (*Macht*) de empuje constante, asociada a una cantidad, a un *quatum de excitación* ( $Q\eta$ ) que se expresa mediante la *frecuencia temporal* de la repetición de la impresión. Se forman así dos órdenes heterogéneo de conceptos que es preciso discriminar: *repetición* y *excitación* - pues no habrá, para Freud, oposición entre la cantidad y la cualidad. Todo pertenece a un *orden doble* donde la *huella*, el *quatum de excitación*, la *repetición* y el *abrirse-paso* no se confunden entre sí. Es por ello que esta metáfora freudiana escapa al naturalismo científico que al mismo tiempo pretende fundar.

La huella se produce en las diferencias: *una huella es un momento temporal y un lugar espacial, producto de la diferencia de fuerzas*. Así es como la vida, mediante la memoria, se protege a sí misma difiriendo las amenazas traumáticas de su borrarse,

<sup>10</sup> Acontecimiento, de *tango*, *contingere*, es lo que toca, hiere el cuerpo. Contiguo, accidentalmente, azarosamente, en las tangentes de la huella. Contaminación, corrupción del tacto. Diseminación de aquello que está infectado en la herida abierta. Visita de imprevisto, sin pedir permiso. *Noli me tangere*.

<sup>11</sup> DERRIDA, J.: "Freud y la escena de la escritura" en *La escritura y la diferencia*, ed. cit., p. 272

asentando, sedimentando y construyendo una *reserva (Vorrat)*<sup>12</sup>. La repetición y el abrirse-paso suspenden temporalmente la amenaza mediante una *retórica de la elipsis*: de la omisión, de la expulsión, de la represión, en fin, de un elemento que no dejará de estar presente.

Es en esta operación de la huella donde Derrida encuentra el *Aufschub*, el aplazamiento o rodeo que trazará la vida en torno a la muerte, circulando alrededor del placer y de la realidad. Es aquí donde está ya escrita, sin formularse, la tesis freudiana de la muerte anterior a la vida que encontrará un lugar en este contexto semántico de la *economía de la muerte*, la *diferencia*, la *repetición* y la *reserva*<sup>13</sup>. La resistencia o defensa frente a la muerte sólo es posible si la oposición de fuerzas perdura y se repite.

Pero, *¿habrá en este juego una primera vez? ¿Empezará en algún instante la repetición?* Derrida no deja de sostener que, en el *Proyecto*, hay razones suficientes para sospechar que Freud de alguna forma intuía que, en la primera vez del contacto de fuerzas, ya ha comenzado la *repetición - es ya una repetición*.

\*\*\*

La *memoria* amenaza y asedia la *vida* desde su origen, y por ello, esta última se resiste a los *abrirse-paso* debido a la herida que ella misma produce sobre el cuerpo, que no puede ser contenida ni entendida sino con la *repetición*. Por eso Freud, en este texto, trabaja de forma privilegiada el *dolor* - pues es indudable, para el buen sentido, que *sólo lo que está vivo puede sufrir heridas*. El trauma de la herida es lo que permanece secreto en el juego elíptico de la huella, en el borde invaginado, desdoblado, mudo y desquiciado de su mal. El trauma tiene lugar allí donde la memoria impide que el sujeto no pueda ya acontecer como ficción. *Hilflosigkeit* – desamparo y *pathos* del resentimiento. Testimonio, elipsis, abrirse-paso en el dolor, el martirio, el sufrimiento.

---

<sup>12</sup> *Op. cit.*, p. 278

<sup>13</sup> *Op. cit.*, p. 279

El *abrirse-paso*, como *huella*, comienza con el *dolor*, que dejan tras de sí las rutas, los surcos, las marcas de los caminos penetrados. El *dolor* y la muerte, de alguna forma interpenetrados, amenazan el estado de confort del sistema y deben ser diferidos para que sus empujes no logren derrumbar la organización psíquica en su totalidad. Así, el *sistema de neuronas* se ve forzado a conservar, a reservar, un cierto *quantum de excitación*, para lo cual desempeña una labor conocida como *proceso primario* (*Primärvorgang*). Es en este proceso donde la vida se protege a sí misma mediante la *repetición*, la *huella* y la *diferencia*<sup>14</sup>. Sin embargo, la *diferencia*, que en cuanto tal no tiene esencia, desnaturaliza -sin Freud saberlo, todavía- la vida misma, la propia vida. La *vida* es, entonces, el resultado de la *huella*, algo bien distinto, como se sabe, del *ser como presencia*. La vida es, al tiempo, la *muerte*, la *repetición* y la *economía de la muerte*. Lo originario que transgrede y arruina lo que precisamente trata de constituir. Aquí, en este texto, para Derrida, Freud está anticipando su *Más allá del principio del placer*<sup>15</sup>. La *diferencia*, en el origen, asedia lo primario. En la *Traumdeutung*, Freud hablará, mediante otra ficción teórica, de otra forma secundaria de retardo, el *proceso secundario* (*Sekundärvorgang*). Sin embargo, la *Verspätung*, el retardo, es lo originario. Esto nos permitiría pensar una *diferencia* distinta de la pura demora de una presencia en la conciencia. La *Verspätung* es el acto de diferir un presente posible, suspender su acto, aplazar su percepción. Así es como Freud repudiará, de modo análogo en 1920, el mito de un origen presente. Lo originario no es nunca un origen pleno: que no hay origen es lo originario<sup>16</sup>. La herida supone, por tanto, *la pérdida de lo propio*. Pérdida originaria que es, que constituye, que determina el acto primero del borrarse de la huella. La huella mnémica es un borrarse, un excluirse del campo de lo propio.

---

<sup>14</sup> *Op. cit.*, p. 280

<sup>15</sup> *Ibidem.*

<sup>16</sup> *Ibidem.*

\*\*\*

En este contexto, Derrida nos propone volver a pensar el concepto de *diferir*<sup>17</sup>.

El objetivo es despejar el campo psicoanalítico de toda *pretensión escatológica*. Pero no es menos cierto que esta fue, en Freud, una potente obsesión que se deja ver claramente formulada y problematizada en muchos de sus textos. El problema puede, así, ser localizado perfectamente en los conceptos siguientes: *Nachträglichkeit* y *Verspätung*. A Derrida no se le escapa que ambos ya están en el *Proyecto*. Iniciamos este recorrido, intentando perseguir lo original de Freud - y ahora, Derrida lo anunciará claramente del modo siguiente: “La irreductibilidad del ‘retardamiento’: este es, sin duda, el descubrimiento de Freud”<sup>18</sup>.

Este potente concepto freudiano, que se data desde sus inicios teóricos -se puede leer ya en su texto conjunto con Breuer-, llegará a cubrir, incluso, toda la dimensión histórica y cultural del ser humano.

¿En que estábamos? - siguiendo el hilo:

*Retener, aún siendo capaz de recibir*: Freud no lo dirá en estos términos -apunta Derrida-, pero es posible deducir del *Proyecto* que la *Bahnung* es ya una cierta forma de escritura, es *una* escritura, pues no es sólo una cuestión de fuerzas, sino también de lugares. En el *Proyecto*, se van a dar cita las tres *coordenadas metapsicológicas* (tópico, económico y dinámico) que ya -sin saberlo- están destinadas a apresar lo que será pensado, más adelante, como *una máquina de escritura*, como un *Wunderblock*. La metapsicología freudiana aspira a la escritura.

Un pensamiento de la diferencia, como es el de Freud, no puede desligarse de una cierta tópica. En la misma, la conciencia nos proporciona las cualidades de lo psíquico: una inmensidad de sensaciones cuyo modo y su ser de otro modo se diferencian según las impresiones del mundo exterior. *¿Cómo nacen esas cualidades y de dónde nacen esas cualidades?* - Esa es la pregunta de Derrida, ante el enigma de los lugares, de los

---

<sup>17</sup> *Op. cit.*, p. 281

<sup>18</sup> *Ibidem*.



límites entre los lugares. Hace eco a la pregunta insistente de Freud: *¿cómo se construye una cualidad? ¿Cómo se construye una conciencia?*

Para resolverlo, Freud incorporará a su sistema un tercer tipo de neuronas: Las neuronas ( $\Omega$ ), que introducirán una permeabilidad y un abrirse-paso que no se asociará a cantidad alguna. ¿De dónde procede, pues, su acción? Freud dirá: *de la periodicidad producida por una cierta temporalización que se proyecta sobre el espaciamento. Temporalidad discontinua*. No sólo es fundamental la transferencia de un *quantum de excitación* ( $Q\eta$ ), sino que también hay que pensarlo desde una cierta *dimensión temporal*. Así es como Freud da otro paso más allá del positivismo que pretende fundar: *esta temporalidad debe ser pensada, fantaseada, sin el soporte absoluto de lo cuantitativo*. Las neuronas ( $\Omega$ ), al no recibir excitación, se apropiarán del *periodo temporal* mismo en el que circula dicha excitación<sup>19</sup>. Todo el terreno parece prepararse para el *Wunderblock*: el naturalismo que pretende construirse en el *Proyecto* acaba traicionándose a sí mismo, tornándose una teoría de la diferencia que, lejos de reducir el psiquismo a un sistema cerebral, abre las vías teóricas para pensarlo desde modelos artificiales que den cuenta de una metapsicología del *espaciamento*, una *topología de las huellas* y un *mapa topológico de los abrirse-paso*. La conciencia-cualidad es levantada sobre un espacio, un *topoi*, y será entendida como una construcción, una edificación que re-envía constantemente a la pregunta por su origen: *que constantemente se interroga por su origen*.

Pero esto no será suficiente. Los problemas aquí desarrollados seguirán presentes en la escritura de Freud, pero los modelos irán cambiando para poder dar cuenta de ellos. Freud hará entrar, ahora con más fuerza, a la *escritura* en escena: *la huella será grama, y la Bahnung un espacio cifrado*.

\*\*\*

Un intermedio, antes de la *Traumdeutung*.

---

<sup>19</sup> *Op. cit.*, p. 283

Derrida lo cifra en la correspondencia con W. Fliess. Según sabemos, Freud acabó por enviarle el *Proyecto*, inconcluso. Todo está, en la *metapsicología* freudiana, ordenándose en torno a un ejercicio de construcción de la máquina psíquica: pero todavía no es escritural, sino neuronal. Será en la famosa *carta 52* (6-12-96) donde la *huella* comenzará a vincularse con la *escritura*.

*Gramma* irrumpe en el *Proyecto* - ¿tal vez para derruirlo, para detenerlo bruscamente, finalizarlo antes de tiempo? *Gramma* será un virus que contamine la máquina: signo (*Zeichen*), inscripción (*Niederschrift*) y transcripción (*Umschrift*) comenzarán a constituir una *nueva gramática - ya no neuronal*:

Como sabes, estoy trabajando sobre la presunción de que nuestro aparato psíquico se ha originado por un proceso de estratificación: el material existente en la forma de rastros mnemónicos experimentaría de tanto en tanto un *reordenamiento* de acuerdo con nuevas relaciones, en cierto modo una *transcripción*. Así, lo esencialmente nuevo en mi teoría es la afirmación de que la memoria no se encuentra en una versión única, sino en varias, o sea que se halla transcrita en distintas clases de “signos”. Hace algún tiempo (*Afasis*) ya afirmé un reordenamiento similar para las vías aferentes de la periferia. No sabría decir cuántas de estas transcripciones existen, pero por lo menos son tres, y probablemente más<sup>20</sup>.

Más adelante, en la misma carta, Freud ofrece algunas aclaraciones suplementarias:

Debo destacar que las sucesivas transcripciones representan la obra psíquica de sucesivas épocas de la vida. En cada límite de dos de esas épocas el material psíquico debe ser sometido a una traducción. Atribuyo las particularidades de las psiconeurosis a la falta de traducción de ciertos materiales, que llevarían a determinadas consecuencias. Como sabes, sustento firmemente la tendencia a la ecuación cuantitativa. Cada nueva transcripción inhibe la anterior y aparta de ella el proceso excitativo, incorporándose. Cada vez que falta una nueva transcripción, la excitación será resuelta de acuerdo con las leyes psicológicas vigentes en el periodo psíquico anterior y por las vías que a la sazón fueron accesibles. Persiste así un anacronismo: en determinada provincia rigen aún los

---

<sup>20</sup> FREUD, S.: *Los orígenes del psicoanálisis*. Alianza Editorial, Madrid, 2007, pp. 211-212

*fueroi*, y es así como se originan las reliquias arcaicas. La falta de traducción es lo que clínicamente conocemos por “represión”<sup>21</sup>.

Lo vemos en estos fragmentos de la *Carta 52*.

El sistema de huellas, la maquinaria de huellas, se deja contaminar por el retardo, amenazando constantemente la presencia: colonias de huellas en estratos (*Aufeinanderichtung*) se reordenan en nuevas transcripciones (*Umschrift*). Conciencia y memoria se excluyen mutuamente: *la conciencia es un devenir en el retraso temporal, ligado al deseo, que impregna las huellas*. Huellas para las que falta traducción - huellas que ya, aquí, podemos nombrar como *ilegibles*. *Ilegibilidad* que llama a la *repetición*, a la regresión por los antiguos *pasos-abiertos*, a los umbrales, a los límites de dos épocas -como Freud escribe a W. Fliess- donde rigen los antiguos *fueros*, donde los *restos arcaicos* dejados por una repetición primitiva no dejan de transcribirse, *resistiéndose a la represión*.

\*\*\*

El camino se nos abre ahora a la *Traumdeutung*.

*Los sueños siguen antiguos pasos-abiertos*. En efecto: la regresión tópica, temporal, formal, producida durante el sueño, es un retornar por la vía, por la herida traumática, que deja tras de sí la grieta, la apertura de un enigmático pasaje escritural. Pero aquí ya no veremos, como en la *Carta 52*, el proceso de una simple transcripción: aquí ya veremos pura litografía<sup>22</sup>.

Litografía, porque esta escritura psíquica es anterior a las palabras -pues, para Freud, estas están ligadas a la conciencia-, escritura pre-fonética, por tanto, a-lógica, a-lingüística. Es retorno, en el sueño, al páramo de la escritura, a la litografía que deja la

---

<sup>21</sup> *Op. cit.*, p. 213

<sup>22</sup> DERRIDA, J.: “Freud y la escena de la escritura” en *La escritura y la diferencia*, ed. cit., p. 285

impresión gráfica, al surco. Así lo sintetizará, muy claramente, en un artículo para la revista *Scienza*, en 1913:

Teniendo en cuenta que los medios de representación del sueño son principalmente imágenes visuales y no palabras, habremos de equiparlo más adecuadamente a un sistema de escritura que a un lenguaje. En realidad, la interpretación de un sueño es una labor totalmente análoga a la de descifrar una antigua escritura figurada, como la de los jeroglíficos egipcios. En ambos casos hallamos elementos no destinados a la interpretación o, respectivamente, a la lectura, sino a facilitar, en calidad de determinativos, la comprensión de otros elementos. La múltiple significación de diversos elementos del sueño encuentra también su reflejo en estos antiguos sistemas gráficos, lo mismo que la omisión de ciertas relaciones que en uno y otro caso han de ser deducidas del contexto<sup>23</sup>.

¿Qué es, entonces, *interpretar* un sueño? ¿O sería mejor decir: *qué es traducir un sueño?*

Este es propiamente el problema de la *Traumdeutung* - que no será, pese a las apariencias, una *hermenéutica*. Freud no cesa, casi en cada página, de reiterarlo: el sueño *no es* un campo de símbolos que sustituidos mediante un código, privilegiadamente recopilado, nos acercarán a su significado profundo. Lo abisal en Freud no se reduce a una *Geheimschrift*, que pueda ser descifrada mediante una *Chiffriermethode*. No hay clave fija que *traduzca* un término del sueño a algo conocido - sería más bien al contrario: no hay clave, ni tampoco acceso, mediante la *Deutung*, a algo conocido. Para Freud, este método de analogías y de desciframiento es un método débil: concibe, en fin, el sueño como una metáfora, donde se vería reducido a un decorado o puesta en escena cifrada de un enigma presente, aunque oculto, trascendental y originario.

Sin embargo, si para Freud el sueño comienza a ser descrito mediante una gramática escritural -donde el desplazamiento y la condensación serán sus marcas de estilo-, no deberá sorprendernos su comparación con los jeroglíficos.

---

<sup>23</sup> FREUD, S.: "Múltiple interés del psicoanálisis" en *Esquema del psicoanálisis y otros escritos de doctrina psicoanalítica*. Alianza Editorial, Madrid, 1999, p. 196

El sueño será entonces el fruto de un trabajo maquínico que pone en escena representaciones a las que no debe sometimiento alguno. Es una composición escritural que no se reduce al habla - esto que hemos apuntado en la cita anterior, es fundamental. Es, pues, como un jeroglífico que reúne lo *pictográfico*, lo *ideogramático* y lo *fonológico*.

*¿Cómo se construye, por tanto, esta compleja litografía?*

*La escritura psíquica es un producto.* En la regresión, donde se recorren los *pasos-abiertos*, es donde el sueño bebe de los manantiales, donde (per) *sigue* las *huellas*, huellas que se caracterizan por la diferencia y la temporalidad diferida y que, por tanto, no serán homologables a código alguno conocido.

De otro modo:

Es perfectamente exacto que los deseos inconscientes permanecen siempre en actividad. Representan caminos siempre transitables en cuanto quiere servirse de ellos un quantum de excitación. La indestructibilidad constituye una de las singularidades peculiares de los procesos de este género<sup>24</sup>.

Lo que se emplea para construir un sueño es un cierto *residuo de excitación* que, al mismo tiempo, se *resistirá* a la puesta en *escena del mismo*. *Quantum de excitación* que catectiza las ideas y los afectos, allí, donde el soñador, sin saberlo, reinventará una *escritura de deseo inédita*. Y es que, a pesar de las apariencias, Freud no está interesado por el *contenido de los sueños*. Cuando Freud habla de sentido del sueño, constantemente está aludiendo a la relación que guardan entre sí sus elementos, las situaciones que estos crean, sus orígenes genealógicos y sus diferencias.

Tenemos otro elegante fragmento, donde sintetiza muy bien lo que para Freud es el sentido de un fenómeno psíquico dado:

El fenómeno es significativo y posee un sentido, entendiendo por sentido una intención, una tendencia y una localización en una serie de conjuntos psíquicos.<sup>25</sup>

<sup>24</sup> FREUD, S.: *La interpretación de los sueños II*. Alianza Editorial, Madrid, 2011, p. 272

<sup>25</sup> FREUD, S.: *Introducción al psicoanálisis* Alianza Editorial, Madrid, 2011, p. 70

Esto quiere decir, para Freud, el sentido de un sueño: realizándose en el sueño, hay un plural de deseos no-homogéneos que constituyen el tejido censurado de su realización (*intención*<sup>26</sup>). Censura que, en el mismo, precipitará mociones, desplazamientos o rodeos, para contener la herida que produce esta *reserva de excitación sexual* que se abre-paso, que pugna por su descarga (*tendencia*). El sueño será, por tanto, análogo a la escritura china, dado que adoptará su sentido en función del contexto en donde ha sido escrita (*localización*).

Entendemos, así, el inconsciente como una *máquina de producción* que dibuja litografías propias, originales, en el sueño - *el sueño es fundamentalmente un trabajo no universal de escritura*. Por eso Derrida destaca, en este punto, la conocida frase de Freud, sobre la *represión*, según la cual esta sólo actúa de forma individual:

No es posible indicar, en general, la amplitud que han de alcanzar la deformación y el alejamiento de lo reprimido para lograr vencer la resistencia de lo consciente. Tiene aquí efecto una sutil valoración cuyo mecanismo se nos oculta, pero cuya forma de actuar nos deja adivinar que *se trata de hacer alto ante determinada intensidad de carga de lo inconsciente, traspasado lo cual se llegaría a la satisfacción* [La cursiva es nuestra]. La represión labora, pues, de un modo *altamente individual*. Cada una de sus ramificaciones puede tener su destino particular, y un poco más o menos de deformación hace variar por completo el resultado<sup>27</sup>.

Pero es preciso *remarcar lo citado*. Al decir *individuo* no está Freud aludiendo a una *moción unitaria* del ser, sino que alude al conjunto de *racimos ramificados de lo reprimido*, cada uno con sus *originales destinos*, no siempre compatibles entre sí. La *huella*, por tanto, originaria de lo inconsciente no se debería confundir con otra cosa: es lo que, precisamente, produce el espacio de la hoja, del texto mismo<sup>28</sup>.

*La escritura del inconsciente es un producto imposible de traducir a ninguna lengua conocida* debido a su carácter altamente individual, particular. No habrá, pues, *traducción* o interpretación de lo inconsciente que no sufra de una considerable pérdida.

---

<sup>26</sup> *Intención* que no debe confundirse con la *intención consciente*.

<sup>27</sup> FREUD, S.: "La represión" en *El malestar en la cultura*. Alianza Editorial, Madrid, 2006, p. 169

<sup>28</sup> DERRIDA, J.: "Freud y la escena de la escritura" en *La escritura y la diferencia*, ed. cit., p. 289

Por eso es recomendable tener cuidado cuando usemos, de aquí en adelante, términos freudianos como *Übersetzung* (traducción) o *Umschrift* (transcripción).

\*\*\*

Es alrededor de esta problemática en donde Derrida nos adentra en el capítulo VII de la *Traumdeutung*.

Iremos al punto F de dicho capítulo, al inicio, donde Freud intenta aclarar posibles malentendidos:

Cuando decimos que una idea inconsciente aspira a una traducción a lo preconscious para después emerger en la conciencia, no queremos decir que deba ser formada una segunda idea en un nuevo lugar. Cuando decimos que una idea preconscious queda reprimida y acogida después por lo inconsciente, podían incitarnos estas imágenes a creer que realmente queda disuelta en una de las dos localidades psíquicas una ordenación y sustituida por otra nueva en la otra localidad. En lugar de esto, decimos ahora, en forma que corresponde mejor al verdadero estado de cosas, que una carga de energía es transferida o retirada de una ordenación determinada, de manera que el producto psíquico queda situado bajo el dominio de una instancia o sustraído al mismo. Sustituimos aquí, nuevamente, una representación tópica por una representación dinámica; lo que nos aparece dotado de movimiento no es el producto psíquico, sino su inervación<sup>29</sup>.

Nos queda claro: *el texto consciente no es lo que ordinariamente entendemos por una traducción*.

Freud nos sumerge en este juego de localizaciones que podía extraviarnos como un laberinto: no hay texto original (*idea reprimida*) que, de alguna forma, permanezca intacto en una localización, mientras en la adyacente, un texto derivado del mismo (*idea censurada*), puede ser traducido para lograr alcanzar el texto original.

Ahora entendemos mejor el fin de la *metapsicología freudiana*: aspira a imaginar la *máquina de escritura* que produce y escribe sus textos mediante su *gramática original e*

<sup>29</sup> FREUD, S.: *La interpretación de los sueños II*, ed. cit., pp. 305-306

*intraducible*. No hay verdad inconsciente que haya, de alguna forma, que reencontrarse escrita en algún lugar. El *inconsciente* es puramente afirmativo. El *inconsciente* no es lo opuesto a la conciencia: *el inconsciente es un escriba*<sup>30</sup>.

El texto del sueño -y por extensión, de todas las *producciones del inconsciente*- no es un texto pasado como habiendo sido presente. Este ejercicio conceptual, *metapsicológico*, escapa a la violencia dialéctica de la metafísica de la presencia. Derrida nos sistematiza esta parte de un modo ejemplar:

El texto inconsciente está ya tejido de huellas puras, con diferencias en las que se juntan el sentido y la fuerza, texto en ninguna parte presente, constituido por archivos que son *ya desde siempre* transcripciones<sup>31</sup>. [Las cursivas son de Derrida]

*Láminas de escritura originaria.*

Como en la imprenta, placas de impresión de *huellas ilegibles*, pues todo dispositivo de sentido comienza con la producción textual. El texto, como depositario del mismo, nunca plenamente presente, está siempre escrito con retardo y a destiempo. Es un sentido en tránsito, que llama a nuevos sentidos suplementarios, pues no se puede eludir el hecho de incluir la *Nachträglichkeit* en esta lógica del *suplemento*<sup>32</sup>.

El *suplemento* no hace sino amenazar siempre la plenitud de aquello que está en tránsito de escribirse, escribiéndose siempre con retraso. No es sólo lo que se añade a

---

<sup>30</sup> Es importante hacer, en este punto, una aclaración: estas afirmaciones, que sucesivamente vamos desgajando de la escritura de Freud, no son, sin embargo, escritas por Freud. Cuando tomamos el *hilo derridiano* que marca el estilo deconstrutor de la lectura de textos, estamos realmente aplicando una lectura discriminante: Freud está atrapado en una gramática logofonocéntrica – *eso no podemos olvidarlo en ningún momento*. Freud maneja, en la escritura, una oposición entre consciente e inconsciente, para explicar el misterio de la memoria. Sin embargo, es para nosotros evidente la pretensión de Freud -que sin embargo, no logra- de escapar de esta oposición a través de sucesivas aproximaciones: Freud nunca acaba de estar cómodo con sus *modelos del aparato psíquico*. En el *Proyecto*, Freud operará con tres sistemas de neuronas, en la *Traumdeutung*, Freud operará con dos sistemas. Es en el *Wunderblock* donde, finalmente, conseguirá una máquina que le inspire este doble gesto de *inscripción-recepción* simultáneo. Modelo que le facilitará pensar ese umbral o límite, que disuelva la oposición consciente-inconsciente de forma definitiva. Lo que nosotros hacemos, precisamente, es apuntar a estos *restos* que se van construyendo, alrededor de esta gramática y en contra de esta gramática, para poder reformular la teoría freudiana de otro modo.

<sup>31</sup> DERRIDA, J.: “Freud y la escena de la escritura” en *La escritura y la diferencia*, ed. cit., p. 291

<sup>32</sup> *Op. cit.*, p. 291



ese proceso, como el complemento de una presencia plena en funciones de sentido, sino que al tiempo es también lo que, por estar en tránsito, en marcha, puede acabar suplantándolo, apoderándose de su destino. *Nachträglich* es apéndice, *post-scriptum*<sup>33</sup>. El texto en tránsito precisa de esa nota al pie de página, de márgenes anotados que guardarán esos fragmentos olvidados, censurados, perdidos o rescatados de la escritura.

El anhelo de Freud, que sólo será saciado con el *Wunderblock* -¿pero, realmente saciado del todo?-, es alcanzar la construcción metapsicológica de esta *maquinaria inconsciente* que, como una imprenta, dona y entrega aquello que recibe. Escritura laminada, litografía onírica, que no se presta a la traducción porque su productor es una *máquina energética*: no desplaza significados de un lugar a otro de la tópica. Lo que circula es la energía, la excitación. Por eso, en los textos de Freud, es fundamental no confundir la *fuerza* con el *sentido*. La *diferencia de fuerzas* es lo que produce el sentido en un espacio incierto mediante la *repetición* que la habita llevándolo, sin embargo, al umbral de su propia muerte en un juego peligrosamente quiasmático. La *repetición* es una madre que engendra niños muertos, pues *la fuerza es el deseo, el quantum sexual, la carga en reserva*. Freud lo escribe, de forma ejemplar, mediante una conocida analógica industrial que ilustra el papel del *deseo* en la producción de los sueños:

Trataremos de aclarar estas circunstancias por medio de una comparación tomada de la vida social. Es muy posible que la idea diurna represente en la formación del sueño el papel de *socio industrial*: el socio industrial posee la idea y quiere explotarla, pero no puede hacer nada sin capital y necesita un *socio capitalista* que corra con los gastos. En el sueño, el capitalista que corre con el gasto psíquico necesario para la formación del sueño es siempre, cual quiera que sea la idea diurna, un deseo de lo inconsciente.<sup>34</sup>

La muerte abre y limita el trabajo del deseo, haciendo posible el sentido.

Múltiples socios industriales, así como múltiples socios capitalistas, dispuestos a explotar más de una idea, producir así sentidos, diseminarlos en un mercado donde todo circula bajo una *economía de muerte*.

---

<sup>33</sup> *Ibidem*

<sup>34</sup> FREUD, S.: *La interpretación de los sueños II*, ed. cit., p. 253

El deseo lleva siempre la escritura hasta el límite siempre transgredido del sentido, donde el sentido es débil y moribundo: *donde muere, para nacer de nuevo, de otra manera, en el momento en que una huella es llamada por otra huella*. La *escritura originaria* no es, pues, el lugar donde se resguarda un sentido originario, sino el espacio donde una estratificación de huellas pueden llegar a producirlo, mediante la *repetición* y la *regresión* por los *pasos-abiertos*. El deseo es la moción, conjurada por Freud, para dilucidar el movimiento de la transgresión, el origen que es la repetición, el umbral donde el sentido se vuelve idea a partir de un sistema de producción.

\*\*\*

Es necesario, llegado este punto, que dediquemos, aunque sea unas palabras, siguiendo este hilo sobre el sentido, a la problemática del lenguaje. Este hilo, seguido por el laberinto de la *Traumdeutung*, nos lleva a la puesta en escena (*die Darstellungsmittel*) del sueño mismo.

El plural que Freud está bordeando para aludir al deseo sería inconcebible desde el lenguaje que construye, para el psicoanalista, la conciencia misma. Este, por tanto, es *una pieza más de la maquinaria psíquica, pero no su estructura*. Será en el *sentido* donde se nos revelará la naturaleza de la *represión* dado que participa de su constitución mediante el ejercicio de una censura que *jerarquiza la cadena hablada subordinando los elementos que producen displacer, a aquellos que producen placer*. Así vemos como, en la escena del sueño, la palabra se subordina a un amo distinto: el *Lustprinzip*. El lenguaje podría ser, pese a todo, una defensa contra el inconsciente. Este último, también, en cierto modo, podría ser responsable de la producción del discurso: la fonética es el complemento, pero no el centro del relato onírico<sup>35</sup>.

El *jeroglífico* acorrala la voz, la rodea y ahoga.

El sueño se torna así un *enigma figurativo*, pero el *jeroglífico* no es, sin embargo, una mera composición pictórica. Lo figurado es una escritura escénica irrecuperable por

---

<sup>35</sup> *Op. cit.*, p. 299

completo mediante el lenguaje -lo hemos visto con la problemática de la *traducción*:- más bien, el territorio del inconsciente es un lugar de resistencia frente al lenguaje, territorio regido por antiguos fueros, donde la *traducción* ha quedado desfasada.

Las *formaciones del inconsciente*, como vemos en los sueños, tienen para Freud una verdadera lengua propia (*Traumsprache*), lo cual pone de manifiesto toda una nueva dimensión inexplorada del lenguaje que el psicoanálisis se adjudica legítimamente como *objeto*. Aquí es donde Freud arriesga una tesis sobre el origen del lenguaje, siguiendo a Hans Sperber:

[...] ajeno a nuestra labor psicoanalítica, ha formulado la teoría de que las necesidades sexuales han intervenido esencialmente en la génesis y la evolución de la expresión oral. Los *primeros sonidos articulados* sirvieron para comunicar las ideas y llamar al objeto sexual. El desarrollo ulterior de *las raíces de la lengua* acompañó la organización del trabajo en la humanidad primitiva. Los trabajos eran efectuados en común y con el *acompañamiento de expresiones orales rítmicamente repetidas*, resultando así un desplazamiento del interés sexual al trabajo. [...] En esta forma se habrían constituido numerosas raíces, que tuvieron un origen sexual, pero perdieron luego su significación primitiva<sup>36</sup>. [Las cursivas son nuestras]

*El lenguaje nace como una llamada al otro, es la sonoridad pura dirigida al otro para despertar en su cuerpo el deseo sexual, para seducirlo. De otro modo: la escritura es pura seducción, petición, promesa.* El lenguaje sería el legado del ser humano, en la medida en que no se temiera entenderlo como la marca escritural del cuerpo erótico. Sería más tarde -continúa Sperber-, una vez se hubiera salido del estadio de puro sonido (*Sprachlaute*), cuando el lenguaje, ya más estructurado, más sofisticado, se desplazaría al ámbito del trabajo y la cultura, donde todavía conservaría parte de su *semántica arcaica* (órgano vestigial)<sup>37</sup>.

Si esta tesis seduce a Freud es porque permite explicar *el lenguaje de las formaciones del inconsciente* sin desprestigiar por ello el campo epistémico de la lingüística. La *escritura sexual* del inconsciente es algo así como una *lengua*

<sup>36</sup> FREUD, S.: *Introducción al psicoanálisis*, ed. cit., p. 211

<sup>37</sup> Órgano vestigial que, habiendo sido empleado hace mucho tiempo, y habiendo quedado más tarde inservible, se sigue transmitiendo de generación en generación. La escritura propiamente sexual cumple, por tanto, la función de un cuerpo extraño.

*fundamental (Grundsprache), de pura sonoridad erótica rítmicamente repetida en el juego infantil -arcaica y autoerótica- la cual, más tarde, sería encerrada en una cierta simbólica mítica y cultural (logos) que domesticaría normativamente los destinos de la seducción. Freud expresa muy bien esta idea, en un extenso fragmento, en su libro sobre el chiste:*

En la época en que el niño aprende a manejar el tesoro verbal de su lengua materna le proporciona *franco placer* el “experimentar en juegos” (Groos) con este material y *une las palabras sin tener en cuenta su sentido, con el único objeto de alcanzar de este modo el efecto placiente del ritmo o de la rima*. Este placer va siéndole prohibido al niño cada día más por su propia razón, hasta dejarlo limitado a aquellas uniones de palabras que forman un sentido. Todavía en años posteriores da la tendencia a superar las aprendidas limitaciones en el uso del material verbal, muestras de su actividad en el sujeto, haciéndole modificar las palabras por medio de *determinados afijos*, transformar sus formas merced a *dispositivos especiales* (reduplicación) o hasta crear para entenderse con sus camaradas de juego, *un idioma especial*, esfuerzos todos que después surgen de nuevo en determinadas categorías de enfermos mentales.

A mi juicio, sea cualquiera el motivo a que obedeció el niño al comenzar estos juegos, más adelante los prosigue, dándose perfecta cuenta de que son desatinados y hallando el placer en el atractivo de infringir las prohibiciones de la razón. *No utiliza el juego más que para eludir el peso de la razón crítica*. Pero las limitaciones que la misma establece en este punto son bien poca cosa comparadas con las que luego, durante la educación, tienen que ser constituidas para lograr la exactitud del pensamiento y enseñarle a distinguir en la realidad lo verdadero de lo falso. A estas más poderosas limitaciones corresponde una *más honda y duradera rebeldía del sujeto* contra la coerción intelectual y real, rebeldía en la que quedan comprendidos los fenómenos de la actividad imaginativa<sup>38</sup>. [Las cursivas son nuestras]

Pero, ¿cómo debemos entender esas uniones rítmicas?

¿Qué son, exactamente, esas marcas primitivas de la lengua que, pese a ser censuradas, constituirán la fuerza transgresora de este hondo y duradero *deseo rebelde*?

---

<sup>38</sup> FREUD, S.: *El chiste y su relación con lo inconsciente*. Alianza Editorial, Madrid, 2010, pp. 124-125

La apropiación que Freud realiza de la teoría de K. Abel será fundamental en este punto:

Nuestros conceptos nacen por comparación. “Si siempre fuera un día claro, no distinguiríamos entre claridad y oscuridad y, por consiguiente, no poseeríamos el concepto de claridad ni la palabra correspondiente...” “Todo en este mundo es relativo, y sólo tiene existencia independiente en cuanto es diferenciado de otras cosas y en sus relaciones con ellas...” “Siendo así todo concepto la pareja de su antítesis, ¿cómo podría ser pensado por vez primera y comunicado a quienes intentaban pensarlo, si no es por comparación con su antítesis?” [...] A juicio de nuestro autor, es en las “raíces más antiguas” en las que se observa este fenómeno del doble sentido antitético. En el curso posterior de la evolución del lenguaje desapareció tal equívoco, y por lo menos en el antiguo Egipto se hace posible perseguir todas las transiciones sucesivas hasta la unidad de sentido del vocabulario moderno”<sup>39</sup>.

Concluyendo el artículo, Freud hace una sugerente observación:

Abel intenta explicar el fenómeno de la metátesis por una reduplicación de la raíz. En este punto no sería ya difícil seguir al filósofo. Recordamos lo aficionados que son los niños a invertir en sus juegos de palabras, y cuán frecuentemente emplea la elaboración onírica la inversión de su material de representación para diversos fines. [...] Así pues, nos inclinaríamos más bien a atribuir la metátesis a un factor de alcance más profundo<sup>40</sup>.

Las marcas son *simulacros conceptuales*.

*Términos indecibles*, ambivalentes, que han sobrevivido en las lenguas modernas, donde habrían sido censurados constantemente por su *carácter no-homogéneo*. Experiencia de la aporía, donde cae la dogmática certeza sobre el sentido del deseo. *Indecibles*, en Freud, serían las heridas del cuerpo que la memoria deja en su abrirse-paso. Cicatrices que, en fin, se asumen pasivamente mediante el trauma que la vida, la experiencia impone en su juego, sin exigir fidelidad alguna. No exige fidelidad, pero sí respuesta, respuesta sintomática imposible de soslayar. *Syn-ptoma*: coincidencia asintótica, unión de desechos, de cadáveres (ptóma), lo que cae: el *acontecimiento*.

<sup>39</sup> FREUD, S.: “El doble sentido antitético de las palabras primitivas” en *Esquema del psicoanálisis y otros escritos de doctrina psicoanalítica*. Alianza Editorial, Madrid, 1999, pp. 239-240

<sup>40</sup> *Op. cit.*, pp. 242-243

Repetición, transacción, negociación contingente de huellas, de resistencias. Mascaras, velos, escisiones: el síntoma es la operación sobre un acontecimiento que nadie controla y que ningún sujeto puede, cabalmente, hacer propio. Operación escindida, ambivalente, bisexual. *Indecidible* es esta escisión en el proceso de defensa que, persiguiendo lo más propio, encuentra lo más impropio. El *síntoma* lleva el lenguaje hablado hasta su límite: *rompe, corta, fractura su continuidad, altera su ritmo, su musicalidad.*

\*\*\*

Retomemos la *Bahnung*.

Apertura del espacio, herida, violento abrirse de la tela de los sueños frente a las resistencias urdidas, zurcidas en su tejido. Grieta territorial que marca la ruta, como una grafía violenta; traza de la diferencia, rastro.

La *huella* es el trabajo itinerante de la escritura: *produce sin recorrer su ruta, abre ella misma su ruta*. La impresión deja huella, una huella jamás percibida, no vivida nunca, nunca presente. El *post-scriptum* no añade comprensión a su “verdad”: *la produce* - en el sentido de la *diseminación*.

*Pero, ahora, detengámonos en la naturaleza es esta huella.*

Freud ante este problema no duda, no le tiembla la voz. Sin mojigatería responde: *es sexual*. El problema de la huella es un problema ligado, por completo, al deseo y a las metáforas conceptuales construidas en torno a lo sexual:

La teoría de las psiconeurosis afirma con absoluta seguridad que no pueden ser sino impulsos sexuales procedentes de lo infantil, que han sucumbido a la represión (transformación del afecto) en los periodos infantiles del desarrollo, y luego, en periodos posteriores de la evolución, resultan susceptibles de una renovación, bien a consecuencia de la constitución sexual que surge de la bisexualidad primitiva, bien como resultado de influencias desfavorables de la vida sexual, proporcionando entonces las fuerzas impulsoras para todas las formaciones de síntomas psiconeuróticos. Únicamente con la

introducción de estas fuerzas sexuales pueden llenarse las lagunas que aún encontramos en la teoría de la represión<sup>41</sup>.

La *huella*, al modo de una grafía, es solamente *marca*, surco, no representación de ninguna verdad original o hecho objetivo, procedente de la realidad. Constituye *el* rastro dejado por la excitación sexual infantil, rastro de *la experiencia traumática del desear mismo*.

Esto nos permite, a la luz de lo ya desarrollado hasta el momento, escribir una lógica precisa sobre el asunto:

1º, *la realidad sexual infantil, para Freud, es traumática*. Este traumatismo, siendo inherente a la naturaleza de la huella (*auto-afección*), no puede ser derivado de ningún hecho real acontecido, fechado o datado en una historia, pues procede de la pérdida misma que se escribe con la marca que, al tocar el cuerpo, lo hiere profundamente: *no habrá, por tanto, posibilidad de conciliación con el deseo en un sentido pleno y absoluto*. La falsificación del neurótico es la ficción, en torno a esta herida ontológica, construida en torno a una *mitología narcisista* sobre el objeto perdido, pérdida que no será, repetimos, sino el borrarse de lo propio (*herida narcisista*) -*his majesty, the baby*-<sup>42</sup>; 2º, *la escritura del inconsciente*, por consiguiente, funcionaría en ausencia de destinatarios, emisores, receptores: no pretende una comunicación. Es una *escritura pulsional* -lo que equivale a decir que la máquina psíquica es energética y corporal- que habita y se resiste al gobierno del *Lustprinzip*: que persigue y al tiempo socava la búsqueda de placer<sup>43</sup> - *lo cual significa que, para Freud, la satisfacción alcanzada con el deseo no debe confundirse necesariamente con el placer*; 3º, escribir una *huella* en el aparato psíquico es producir una *marca* que es al tiempo la producción de un lugar -*topoi*- del que emergen derivados deformados, siempre singulares y, al mismo tiempo, independientes de la voluntad consciente del autor. Este gesto es la *marca* que, teóricamente, produciría siempre formaciones virtuales nuevas, fantasías, escenarios

---

<sup>41</sup> FREUD, S.: *La interpretación de los sueños II*, ed. cit., pp. 302-303

<sup>42</sup> Véase la sección III de FREUD, S.: "Introducción al narcisismo" en *Introducción al narcisismo y otros ensayos*, ed. cit., pp. 27-38

<sup>43</sup> Esta es la tesis que desarrollaremos más adelante cuando procedamos a la lectura de *Más allá del principio del placer*. Es pues, esta, una anticipación de esa lectura.

íntimos y personales de satisfacción que habitarían, como mestizos<sup>44</sup>, el límite de los lugares donde el placer-displacer se confunden; 4º, el sentido de toda *huella* está siempre diferido, en la medida en que su incompletud llama y pide la llegada de otra *huella*. Una *huella* no basta. Es necesaria siempre otra *huella* venida a *posteriori* (*Nachträglichkeit*).

Freud, de este modo -sin escribirlo directamente-, está construyendo una suerte de ontología. Una ontología fracturada, con fisuras, una ontología de la herida y la cicatriz, una ontología traumatizada. Habita pues, el neurótico, ese umbral de la herencia recibida violentamente sobre su cuerpo que, como una *marca sexual* de pertenencia y de exclusión, lo aleja y al tiempo lo proyecta al por-venir. Siguiendo esta ontología es posible comprender por qué Freud sugiere que lo traumático es siempre algo *indiferente*: no es en sí el suceso fechado -que pudo haberlo, desde luego, pero no reside en el suceso la razón de su juego- sino en el acontecer mismo de este proceso inconsciente de *rescritura* que, insistiendo frente a la imposibilidad de apropiarse el deseo, atormenta con la agonía y la angustia la carne erótica del cuerpo. De otro modo: esta ontología freudiana habita el límite en donde la *huella* esperada bajo la promesa narcisista de la plenitud de sentido, como remedio frente a la muerte del deseo, llegará espectralmente sellando con un *valor traumático* su condición bastarda.

Pero el problema nuclear que suscita la creación de esta ontología -recordémoslo- es la teoría de la memoria, la cuestión, en fin, de lo que se hereda. *De lo que se padece, fundamentalmente, es de reminiscencias* - plantea Freud en una lacónica y famosa frase que marcará profundamente el estilo de nuestra lectura<sup>45</sup>. Se padece de recordar, *¿pero de recordar qué?* ¿Qué herencia puede tener tanta fuerza? Para Freud es la infancia: *la*

---

<sup>44</sup> FREUD, S.: “Lo inconsciente” en *El malestar en la cultura*. Alianza Editorial, Madrid, 2006, pp. 202-203: “Entre las ramificaciones de los impulsos inconscientes, cuyos caracteres hemos descrito, existen algunas que reúnen en sí las determinaciones más opuestas. Por un lado presentan un alto grado de organización, se hallan exentas de contradicciones, han utilizado todas las adquisiciones del sistema *Cc.* y apenas se diferencian de los productos de este sistema; pero, en cambio, son inconscientes e incapaces de conciencia. Pertenecen, pues, cualitativamente, al sistema *Prec.*; pero efectivamente, al *Inc.* Su destino depende totalmente de su origen, y podemos compararlas con aquellos mestizos semejantes en general a los individuos de la raza blanca, pero que delatan su origen mixto por diversos rasgos visibles, y quedan así excluidos de la sociedad y del goce de las prerrogativas de los blancos”

<sup>45</sup> FREUD, S.: *La histeria*. Alianza Editorial, Madrid, 2012, p. 15



*herencia familiar*. Herencia siempre ligada a la violencia. Violencia que no es simbólica ni especular, sino corporal. Heredar, para Freud, es recibir sobre el cuerpo el corte, la herida de una incisión, *la castración*. El cuerpo es el dolor mismo atravesado por este código discontinuo que constituye el espacio de escritura del deseo, lugar desde el que, se erigirá en lucha la *resistencia del deseo*. *Heredero* es llevar agónicamente la marca alrededor del lugar que aloja la erección y el deseo. La historia, la filiación familiar es una *sucesión de cortes en la carne*. *Cicatrices, heridas abiertas que nunca acaban de ser del todo nuestras* - salir del Edipo es aprender a serle infiel a la filiación con la fidelidad más perversa y a la vez más sincera. Este es el problema de la tradición, de la herencia y de la filiación<sup>46</sup>.

\*\*\*

Esta problemática escritural abarca, como vemos, una dimensión temporal. Se hereda un cierto pasado, una cierta memoria de nuestra infancia y de la humanidad. Pero cuando Freud dice que el tiempo del inconsciente es atemporal, es sólo con respecto al concepto vulgar de tiempo. De lo que hablamos no es de una linealidad temporal de ideas, sino de la temporalidad de una cierta *economía del deseo* que se desplaza en torno a esas representaciones:

Los procesos del sistema *Inc.* se hallan *fuera del tiempo*; esto es, no aparecen ordenados cronológicamente, no sufren modificación ninguna por el transcurso del tiempo [no en el sentido de que permanezcan intactos en el tiempo, sino en el sentido de que no es la fuerza del tiempo la que los transforma pues esta es producida por las discontinuidades de la excitación] y carecen de toda relación con él. También la relación temporal se halla ligada a la labor del sistema *Cc.*<sup>47</sup>.

Pero se recordará que, en la *Traumdeutung*, Freud aún no ha desarrollado su modelo de la máquina de escritura que aquí lentamente vamos desarrollando, anticipando -

---

<sup>46</sup>Continuaremos esta problemática más adelante, cuando desarrollemos en profundidad, otras cuestiones fundamentales.

<sup>47</sup> FREUD, S.: "Lo inconsciente" en *El malestar en la cultura*. Alianza Editorial, Madrid, 2006, p. 199

quizás, porque como sugiere Derrida- de alguna forma los problemas que vendrán a resolverse con ese modelo, están activos ya en estos textos tempranos.

Aquí, por el momento, la máquina será una *maquina óptica*. Un aparato, pues, descrito al modo de un sistema de lentes, microscopio o máquina fotográfica.

Permanezcamos, pues, en terreno psicológico y no pensaremos sino en obedecer a la invitación de representarnos el instrumento puesto al servicio de las funciones anímicas como un microscopio compuesto, un aparato fotográfico o algo semejante. La localidad psíquica corresponderá entonces a un lugar situado en el interior de ese aparato, en el que surge uno de los grados preliminares de la imagen. En el microscopio y en el telescopio son estos lugares puntos ideales; esto es, puntos en los que no se halla situado ningún elemento concreto del aparato<sup>48</sup>.

Lo importante de este modelo es su insistencia en dejar claro que no se corresponde exactamente con lo psíquico, sino que es una máquina virtual, una aproximación<sup>49</sup>. El microscopio, en efecto, capta la luz, pero la máquina fotográfica la registra. En este caso, se trataría de pensar el aparato al modo de una *escritura de luz* que no tardará en volverse problemática: Freud tendrá, para explicar el doble juego de la memoria, que postular dos instancias separadas, dos lugares diferentes en el sistema óptico. Este es el sentido de las excusas y aclaraciones reiteradas que detectamos de forma constante en el capítulo VII. Reconoce que es un modelo débil, que no logra atrapar bien lo que está queriendo escribir en sus líneas, que escribe entre líneas, sin llegar a escribirlo del todo.

\*\*\*

Con este recorrido, Derrida nos ha preparado para la lectura del *Wunderblock*, texto de pocas páginas que va a ser el punto de llegada de esta escritura entre líneas que hemos ido *persiguiendo*. En él veremos un júbilo al que nos tiene poco acostumbrados el psicoanalista, tan prudente, tan cuestionador de la atracción estética que producen las

---

<sup>48</sup> FREUD, S.: *La interpretación de los sueños II*, ed. cit., pp. 226-227

<sup>49</sup> DERRIDA, J.: "Freud y la escena de la escritura" en *La escritura y la diferencia*. ed. cit., pp. 296-297

ideas. Siguiendo a Derrida, podemos ver cómo el texto se teje en un tapiz de *tres tiempos sucesivos*:

*En el primer tiempo*, vemos a Freud de la mano de Platón. La escritura es definida como la técnica al servicio de la memoria, su auxiliar, no ella misma la memoria. Es como si Freud siguiera, con el dedo, las líneas del *Fedro: hypómnesis antes que mnéme*<sup>50</sup>. Pero, a diferencia de Platón, Freud se ha armado, años atrás, con un aparato, con una maquinaria psíquica muy especial, así que, a pesar de las apariencias, la contaminación platónica de Freud, en este texto, no será tan pura como vemos en este primer momento. La escritura, continúa Freud, nos auxilia del peligro de la deformación de nuestra memoria, de la degradación que esta sufre por el paso del tiempo. Se trata, por tanto, de lo que la *censura* hace -en términos de *represión*- sobre el *archivo*, pues *la escritura conserva siempre*. Sin embargo, si escribimos sobre una pizarra y, al momento, borramos lo escrito, no quedará rastro alguno de la escritura. No habrá memoria: *no sabremos siquiera decir si esta ha existido alguna vez*. Para recuperar, por tanto, la *memoria caída en el olvido* hay que ir a buscar el *archivo* en donde está almacenada; si se ha quemado o censurado, no habrá *rastros* que seguir, el pasado devendría como una oscura niebla.

Es esta la *visión clásica de la escritura* que Freud reproduce, en este momento, línea a línea. El modelo que está a punto de introducir, sin embargo, no será tan fiel a Platón. La máquina escritura unificará el doble sistema al que Freud siempre se veía obligado a recurrir, no sólo en su modelo neuronal, sino también en el modelo óptico. Es así como pone en escena el *Wunderblock*, de reciente aparición en el mercado, que vendría a sustituir a esa *visión clásica de la pizarra y el papel*.

Freud no va a reprimir su júbilo cuando constate que en él *puede ubicar tanto la recepción de la huella como su permanencia*. Para escribir sobre el *Wunderblock* hay que hacerlo sobre una capa de celuloide que cubre, a su vez, una lámina de cera, para lo cual se emplea un punzón o un estilete. La escritura sobre la cera no es directa, como es fácil ver, sino a partir de la capa preliminar que la recubre. Con la presión necesaria, el papel encerado y los trazos sobre ella realizados se harán visibles en la capa de

---

<sup>50</sup> *Op. cit.*, p. 304

celuloide. Para borrar lo escrito basta con retirar ligeramente la hoja de celuloide, separándola de la placa de cera, dejando libre el borde inferior del aparato. De este modo, el contacto entre ambas queda destruido y se borra lo escrito aún a pesar de que luego se vuelva a adherir la hoja a la cera, preparándose así, de manera virgen, para recibir nuevas inscripciones.

Freud, con este modelo, va a deconstruir los binarismos: *inconsciente-consciente* y *profundidad-superficie*: pues, como vemos, el aparato es una estratificación de superficies donde el interior es una superficie expuesta<sup>51</sup>.

\*\*\*

Es importante anotar que Freud no es fiel al mecanismo del aparato, sino a la analogía que inventa a partir de él.

Con esta advertencia podemos proseguir.

La *hoja de papel* es un sistema protector que preserva la cera de la *marca*. No hay escritura posible sin esa protección, sin esa protección contra sí misma, contra la escritura que amenaza al escritor cuando este se expone en el papel. La hoja es el velo, un velo, un *fetiché*. Aquí es donde la tesis comenzará a aproximarse al *Más allá del principio del placer*. Pero la analogía no ha concluido: no explica Freud, aún, cómo la *huella* puede sobrevivir al punzón, a pesar de esta capa protectora<sup>52</sup>. Se abre así el *segundo tiempo* de este texto - *siempre de acuerdo con la lectura de Derrida*.

Según parece, el bloque de cera no queda tan intacto como se podría pensar en un primer momento. Si uno lo mira bajo una luz adecuada es posible ver, al trasluz, la huella dejada por el punzón. *La memoria adviene, pues, como el re-encuentro de esa marca*. Lo percibido, lo escrito finalmente, en esa hoja protectora, sólo se deja leer en un tiempo pasado. Es así como la lámina de cera acaba por asociarse con el

---

<sup>51</sup> *Op. cit.*, p. 307

<sup>52</sup> *Ibidem*.

*inconsciente*<sup>53</sup>. Y será en el contexto de este desarrollo donde se iniciará el *último tiempo* de este ensayo.

Considerando todo lo desarrollado hasta ahora, la analogía solo se conjuga en la tópica, en una *metapsicología de espacios*. Pero ahora Freud querrá introducir el tiempo de la escritura. Tiempo, por tanto, del pedazo de cera. *Lo que a Freud le interesa en este punto es reconstruir la operación misma de la escritura, no su supuesto sentido*. Por eso asumirá para el aparato psíquico la *concepción discontinuista* que hemos ido desarrollando a lo largo de toda nuestra exposición. El *Wunderblock* se revelará como un modelo amable con todos estos desarrollos inconclusos que hemos ido apuntando.

En efecto, en la línea del trazo o de la marca, no presta atención Freud a la *continuidad de una línea o un volumen preciso*, sino a la *duración y profundidad de una escena de incisión*, de espaciamento: siguiendo la analogía del borrado, defenderá que la conciencia, en cuanto tal, se extinguirá cada vez que se retira la hoja. La *conciencia* es una construcción del *inconsciente*, no su opuesto radical: *el inconsciente lo construye para protegerse de las fuerzas que amenazan su satisfacción*. La *no-excitabilidad periódica* y la *discontinuidad* subyacente a la conciencia, representada mediante los sucesivos levantamientos de la hoja, explican para Freud el origen de nuestra concepción lineal de tiempo<sup>54</sup>. Es una analogía muy aguda: si uno quiere imaginarse el aparato psíquico en su totalidad, debe usar el *Wunderblock* con las dos manos. Con una escribir, mientras la otra levanta la hoja. Es así como podemos ver la huella en su producción de espacios tras su impresión, operando constantemente su propia desaparición<sup>55</sup>. El origen es este doble movimiento *repetición-desaparición, legibilidad-ilegibilidad*. Para escribir, se necesitan las dos manos.

---

<sup>53</sup> *Ibidem.*

<sup>54</sup> *Op. cit.*, p. 310

<sup>55</sup> *Ibidem.*

\*\*\*

*La escritura no es posible sin la represión.*

La represión evita el contacto permanente y defiende el aparato de la ruptura de capas. La represión es una modalidad de estilo de escritura, la condición de su legibilidad. No será casual la analogía freudiana de la misma, con la censura política de la antigüedad:

En aquel tiempo se utilizaban métodos diferentes para hacer inocuo el libro. Uno era tachar concienzudamente los pasajes ofensivos para que resultaran ilegibles. Entonces no podían ser transcritos y el copista posterior producía un texto irreprochable, pero con lagunas en determinados pasajes y, por tanto, estos podían resultar ininteligibles. Otro camino, si las autoridades no se hallaban conformes con éste y querían que no se percibiese que el texto era mutilado, era proceder a la distorsión del mismo. Algunas palabras podían ser omitidas o reemplazadas por otras y algunas nuevas frases intercaladas. Mejor que nada, todo el pasaje sería borrado y se colocaría en su lugar otro que dijera exactamente lo contrario. El copista siguiente produciría un texto que no provocaría sospechas, pero que estaría falsificado. Ya no contendría lo que el autor quería decir; y es muy probable que las correcciones no se habrían hecho ateniéndose a la verdad<sup>56</sup>.

Es patente el modo en que se circunscribe el núcleo que quedaría por fuera de la traducción, debido a la *censura*, a la *represión*. Pero el de este fragmento no es todavía un núcleo, en sentido estricto, *ilegible*, dado que se trata de un fragmento expulsado, y que, vencida la resistencia, cederá a ser *re-construido*. Aquí, la represión, en este fragmento, funciona como la condición de posibilidad de los *abrirse-paso*, como el juego retórico del estilo escritural mismo. Sin esta exclusión que produce, estaríamos escritos y no habría escritura, nada habría que *se repitiera como legibilidad*.

La *censura* no hace sino ligar al que escribe a lo escrito. Así lo apunta Derrida:

---

<sup>56</sup> FREUD, S.: “Análisis terminable e interminable” en *Introducción al narcisismo y otros ensayos*. ed. cit., p. 108

Sólo llegamos a estar escritos escribiendo, por medio de la instancia que ya desde siempre vigila en nosotros que la percepción sea interna o externa. El “sujeto” de la escritura no existe si por ello se entiende tal soledad soberana del escritor. El sujeto de la escritura es un sistema de relaciones entre las capas: del bloc mágico, de lo psíquico, de la sociedad, del mundo. Dentro de esta escena, la simplicidad puntual del sujeto clásico es inencontrable.<sup>57</sup>

\*\*\*

Esta máquina de escritura no funciona por sí misma, no es un autómata, la sede de un sujeto inmanente que la activa. *La máquina está muerta, es la pulsión de muerte*. Su origen es la relación directa con la muerte. El inconsciente como máquina no vive, como así las producciones de lo psíquico. Esta es la enseñanza fundamental del *Wunderblock*, de este genial artificio catalizador del *Más allá del principio del placer*. La vida sólo es profunda en la cera de la memoria, capa profunda expuesta superficialmente a su extinción. Pero no podemos dejar de señalar lo amenazador, para este discurso, que puede suponer un cierto retorno metafísico a un cierto cartesianismo, que toda esta visión puede desvelar en un análisis más fino del texto freudiano<sup>58</sup>.

La muerte no extingue la vida: *la produce*. La *archi-escritura* es un borrarse del presente, del sujeto, de la propiedad y de su nombre.

El *sujeto* no es una parte que podamos localizar en el aparato, pues no hay *sujeto de la conciencia*, ni tampoco *sujeto del inconsciente*. El *sujeto* no merece, siquiera, ser designado con un concepto. *La huella es un borrarse inaugural, inscrito bajo la amenaza de su desaparición*, por eso es, al tiempo, el germen de la *muerte del sujeto*. Su borrarse, repetimos, no es debido a censura o represión alguna, sino inherente a su movimiento propio, temporal, de auto-afección<sup>59</sup>.

---

<sup>57</sup> DERRIDA, J.: “Freud y la escena de la escritura” en *La escritura y la diferencia*, ed. cit., p. 311

<sup>58</sup> *Op. cit.*, p. 312

<sup>59</sup> Trabajaremos este punto más adelante.

\*\*\*

Hemos seguido, a lo largo de este amplio desarrollo, los hilos dejados por Derrida en este recorrido selectivo de la obra de Freud. Llegando al término del mismo, nos encontramos con un nudo. Un nudo al que Derrida va a poner nombre: *grafología psicoanalítica*. Se trata de una suerte de propuesta derridiana sobre el futuro del psicoanálisis, un proyecto ante el que no tememos confesar nuestra adhesión.

Esta propuesta se apoyaría en torno a tres ejes de investigación<sup>60</sup>:

1º, *una psicopatología de la vida cotidiana*. No sólo regida por el modelo rector del *lapsus calami*, sino que reconozca la originalidad de cada una de las otras manifestaciones del inconsciente. Por otra parte, debería continuar, con mayor profundidad, el problema jurídico y de responsabilidad ética que supone estar afectado por la condición ontológica de lo inconsciente que subyace a la misma.

2º, *una historia de la escritura*. Derrida no especifica, en su texto, en qué consistiría esa línea de trabajo. Nosotros la interpretamos como una investigación genealógica de la constitución de las ideas: cómo se han escrito, sedimentado y naturalizado las diversas metáforas de la historia, no sólo las colectivo-culturales, sino también las individuales, las de los filósofos, artistas y demás pensadores. Esta investigación, además, debería dejar a cielo abierto, en fin, que estas metáforas no tienen un origen centrado, único, sino que son construcciones precarias que, en el fondo, no explican nada en absoluto, que son construcciones arbitrarias impuestas con violencia. Por eso - suponemos- Derrida nos disuade, en este punto, de imitar la tendencia freudiana a la especulación desenfrenada sobre los sentidos profundos. Y en cierto modo, se debe de pensar intensamente lo que supondría ubicar al psicoanálisis en esta forma (derridiana)

---

<sup>60</sup> *Op. cit.*, pp. 315-316. Al final del desarrollo de estos puntos, como ejes de estudio de un pensamiento que radicalice la teoría de la huella en el psicoanálisis, justo después de poner nombre a este proyecto -*grafología psicoanalítica*- Derrida sugiere que será el psicoanálisis de Melanie Klein el que abra aquí camino: “Toda la temática de M. Klein, su análisis de la constitución de buenos y malos objetos, su genealogía de la moral, podría indudablemente empezar a aclarar, si se la sigue con prudencia, todo el problema de la archi-huella, no en su esencia (que no tiene) sino en términos de valoración o desvalorización” (*Op. cit.*, p. 316) Este será el único punto, de este trabajo que, por su extensión, no podremos desarrollar aquí en profundidad.



de entender la arqueología de lo psíquico, pues la aceptación de este punto tendría importantes consecuencias. Afectaría a nuestra comprensión de todo el campo de las diversas formas de escritura de lo inconsciente y también contribuiría a cuestionar las así conocidas como *interpretaciones simbólicas* de las que Freud no dejó, en su obra, de abusar y al mismo tiempo, de condenar. Pensar una historia de la escritura consiste, en fin, en rastrear el modo en que se han construido los conceptos del pasado (*desde la teoría de la huella*).

3º, *el devenir literario de lo literal*. El estudio psicoanalítico sobre la literatura se ha extraviado peligrosamente. Desde Freud, la tendencia ha sido apuntar, mediante una hermenéutica, al sentido oculto de una supuesta realidad edípica que subyace a la producción literaria, producción que no es debida sino al autor de la obra analizada. Se abusa, tal vez, por la ausencia que supone leer sin tener el autor a mano, de esa *interpretación simbólica* antes aludida que Freud siempre decía que había que reservar como último recurso. Nuestro discurso psicoanalítico, por tanto, debe de reorientar el tratamiento de lo literario apuntando a lo decididamente original de cada autor sin que su obra quede reducida violentamente a la repetición de una narración (*estructura*) ancestral o trascendental, por fuera de la historia, que le dominaría al escribir. La escritura, en fin, es el síntoma del literato, es del orden del acontecimiento y, como tal, debe ser respetado.

Vemos, en este proyecto, una propuesta sugerente para pensar la alianza que buscamos entre psicoanálisis freudiano y deconstrucción. En lo que resta de nuestro trabajo, desarrollaremos, de una manera u otra, líneas argumentales que serán solidarias con esta triada antes apuntada<sup>61</sup>.

---

<sup>61</sup> En cierto modo, nuestro trabajo debe ser entendido como una forma, entre otras muchas posibles, de entender esa *grafología psicoanalítica*, propuesta por Derrida. Lugar desde donde trabajaremos el psicoanálisis y la deconstrucción. El *primer punto* de este proyecto será difuminado por todo el trabajo. Para el apartado III y IV desarrollaremos en profundidad el *segundo punto*, donde se pensará la *lectura*, la *genealogía* y la *resistencia* desde la *teoría de la huella*. En el apartado IV procederemos a una lectura de *Más allá...* que guiados por la de Derrida será un excelente ejemplo de cómo trabaja nuestra *grafología psicoanalítica* con los textos. Finalmente, en el apartado V, procederemos a desarrollar el *tercer punto* del proyecto cuestionando activamente la clave simbólica y edípica de la interpretación psicoanalítica proponiendo una nueva forma de entender el *complejo de Edipo* que nos permita apuntar a lo original de cada autor.

### III. JE LE PENSAI, DIEU LE GUÉRIT

He de recomendar calurosamente a mis colegas que procuren tomar como modelo durante el tratamiento psicoanalítico la conducta del cirujano, que impone silencio a todos sus afectos e incluso a su compasión humana y concentra sus energías psíquicas en su único fin: practicar la operación conforme a todas las reglas del arte<sup>62</sup>.

\*\*\*

¿Cómo practica la *operación* el cirujano?

¿Qué es un *cirujano*? ¿Y un *psicoanalista cirujano*?

(*khéir*: mano); (*ergon*: trabajo) La *kheirurgéia* es un *trabajo manual* sobre el cuerpo anatómico, sobre una masa de carne. Trabajo sobre el texto, el trenzado, el tejido: *texere*.

El *cirujano* es aquel que ejecuta el trabajo con la mano (*manus*). El cirujano es aquel que, fundamentalmente, obra mediante el *corte*, la *sutura* y el *injerto*. Su espacio de trabajo: el *tejido*. No es abusivo pensar el texto como tejido - Derrida lo hace de la siguiente manera en la *Farmacia de Platón*:

El ocultamiento del texto puede en todo caso tardar siglos en deshacer su *tela*. La tela que envuelve a la tela. Siglos para deshacer la tela. Reconstituyéndose a sí misma como un *organismo*. Regenerándose indefinidamente su propio *tejido* tras la *huella cortante*, la decisión de cada lectura. Reservando siempre una sorpresa a la *anatomía o a la fisiología de una crítica* que creería dominar su juego, vigilar a la vez todos sus *hilos*, embaucarse así al querer mirar el texto sin tocarlo, sin *poner la mano* en el “objeto”, sin arriesgarse a añadir a él, única posibilidad de entrar en el juego cogiéndose los dedos, algún nuevo hilo. *Añadir aquí no es otra cosa que dar a leer*. Hay que arreglárselas para pensar eso:

---

<sup>62</sup> FREUD, S.: “Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico” en *Psicoanálisis aplicado y técnica psicoanalítica*. Alianza Editorial, Madrid, 2004, p. 151

que no se trata de *bordar*, salvo si se considera que saber bordar es saber seguir el hilo dado. Es decir, si se nos quiere seguir, oculto. [Las cursivas son nuestras]<sup>63</sup>.

Tela y tejido: *texto como organismo*.

El texto no se presta perfectamente a la *operación manual* del cirujano: se esconde a la primera mirada y a la ley de su juego, se regenera tras la *huella cortante* del cirujano. Los tejidos se *resisten* a la decisión de cada lectura: la carne pone un límite al bisturí en la apertura, en el despedazamiento. El corte, la herida, no puede ser completa, pues correría el riesgo de acabar con el paciente. Sin embargo el gesto del cirujano no es sólo la destrucción del cuerpo, sino también el de su sanación: *el cirujano destruye el tejido, lo separa, lo des-liga, pero también ayuda a la regeneración, a la sutura, tras el injerto de la operación*. En efecto, el cirujano no puede pretender -como señala Derrida sobre el lector anatomista- jugar sin cogerse los dedos: *debe añadir un nuevo hilo, un nuevo injerto en su operación, un suplemento al órgano muerto o enfermo*. Entendemos así por qué la sutura del cirujano no es simplemente bordar: *mal haría el cirujano pensando que es por su hilo que la carne cicatriza*. El texto no se entregará jamás: y, como Freud señala, no se entrega siquiera a la salud, pues al cuerpo no es posible librarle definitivamente de la muerte. En efecto, el cirujano, como médico, ama la vida: *pero esta no se alcanza en el cuerpo enfermo sin antes haberse manchado de sangre los dedos*.

*Je le pensai, dieu le guérit*<sup>64</sup>: esa es la consigna de Freud al psicoanalista - consigna que es la del cirujano.

*¿Y qué puede significar?*

El psicoanalista debe prevenirse para no matar la sorpresa, el secreto que guarda el texto. El texto se regenera solo, se cura solo: ese es su *secreto*.

<sup>63</sup> DERRIDA, J.: "La farmacia de Platón" en *La diseminación*. Editorial Fundamentos, Madrid, 2007, pp. 93-94

<sup>64</sup> FREUD, S.: "Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico" en *Psicoanálisis aplicado y técnica psicoanalítica*, ed. cit., p. 152

\*\*\*

El texto de donde extraemos la cita que abre este apartado proviene de *Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico*. Este es un texto que trabaja la *posición del psicoanalista* en la cura, texto eminentemente clínico, pero que leeremos de otro modo, pues la lectura será nuestro tema.

No la lectura en sentido general, sino la *lectura del psicoanalista*.

Lectura de lo que es, en cierto modo, su *objeto*, es decir, los productos de la *escritura del inconsciente*.

*Consejos* - no habrá pautas, no habrá protocolos<sup>65</sup>.

¿Por qué *consejos*? ¿Por qué no hay pautas de lectura?

No es difícil adivinar el fin que todas estas reglas tienen de consuno. Intentar crear en el médico la contrapartida de la “regla psicoanalítica fundamental” impuesta al analizado. Del mismo modo que el analizado ha de comunicar todo aquello que la introspección le revela, absteniéndose de toda objeción lógica o afectiva que intente moverle a realizar alguna selección, el médico habrá de colocarse en situación de utilizar, para la interpretación y el descubrimiento de lo inconsciente oculto, todo lo que el paciente le suministra, sin sustituir con su propia censura la selección a la que el enfermo ha renunciado. O dicho en una fórmula: Debe orientar hacia lo inconsciente emisor del sujeto su propio inconsciente, como órgano receptor, comportándose con respecto al analizado como receptor del teléfono con respecto al emisor<sup>66</sup>.

Otro modelo para *la máquina de escritura: un teléfono*.

Freud a continuación de esto nos introduce en una retórica de la onda sonora:

Como el receptor transforma de nuevo en ondas sonoras las oscilaciones eléctricas provocadas por las ondas sonoras emitidas, así también el psiquismo inconsciente del

---

<sup>65</sup> *Op. cit.*, p. 149

<sup>66</sup> *Op. cit.*, p. 152

médico está capacitado para reconstruir, con los productos de lo inconsciente que le son comunicados, este inconsciente mismo que ha determinado las ocurrencias del sujeto<sup>67</sup>.

Detengámonos en estos párrafos.

¿No nos trasladan a una filiación, para la filosofía, muy conocida?

Nos resulta difícil no caer en la tentación de reproducir el conocido fragmento nietzscheano:

Otra curación, a veces incluso más apetecida por mí, es *auscultar a los ídolos*... hay más ídolos que realidades en el mundo: éste es *mí* “mal de ojo” para este mundo, éste es también *mí* “mal de *oído*”... Hacer aquí alguna vez preguntas con el *martillo* y oír acaso, como respuesta, aquel famoso sonido hueco que habla de entrañas llenas de aire –qué delicia para quien tiene todavía orejas por detrás de las orejas–, para mí, viejo psicólogo y cazador de ratas, ante el cual *tiene que dejar oír su sonido* cabalmente aquello que querría permanecer en silencio...<sup>68</sup>.

Otra operación de curación, también de médicos de la cultura: *pegar el oído*. Acostumbrarse a oír mal, a escuchar lo que excede el contenido manifiesto del discurso.

Una cuestión de ondas, de sonidos: *intensidad, tono*. Eso que, sin embargo, no se escucha al hablar.

Mostraremos como, en esta retórica compartida, la analogía que Freud propone produce un corte importante con el martillo nietzscheano. En efecto, el martillo del filósofo es un instrumental menos sofisticado: *sólo recibe, sin emitir*. Recibe, en la auscultación del ídolo, la sonoridad que delata el material de su construcción, sus fisuras, sus huecos internos, los laberintos de sus entrañas. *Mal de oído*: sólo recibe el tono, la onda del *emisor*, pero es sordo para el tono que emite el *receptor* durante la escucha. De otro modo: *reconoce la deuda de la firma del otro, pero no la deuda que supone su contra-firma*.

---

<sup>67</sup> *Ibidem*.

<sup>68</sup> NIETZSCHE, F.: *Crepúsculo de los ídolos*. Madrid. Alianza editorial, 2013, p. 40

Es una lógica, esta, muy precisa<sup>69</sup>:

1º, una firma es equivalente, para el contexto de la escritura, a una enunciación hablada. Señala, el “*aquí y ahora*” y la “*identidad del yo*” que podrán apropiarse en una escritura que no ha hecho más que socavar sus cimientos. La firma recupera la escritura para el autor, anulando el acto de auto-borramiento de su nombre propio, a la vez que señala el tiempo y el espacio lineal perdido en la diseminación. La firma garantiza *la enunciación del escrito y su legibilidad*; 2º, en cierto modo, si las huellas de la escritura llaman a otras huellas, el texto de un autor no puede, sino ser, un injerto de huellas de múltiples autores, autores con firmas, que llaman a otras *contra-firmas*. Espacio de escritura, por tanto, que no pertenece a nadie, donde no hay nada propio. La escritura divide, escinde al escritor, borra su nombre. Por tanto, la acción de la firma no puede sino fracasar en su empeño de re-apropiación de la identidad perdida en la escritura. Cuando el psicoanalista pide asociar libremente a sus pacientes, en cierto modo, les pregunta implícitamente: *¿Podrá usted soportar la pérdida de su identidad? ¿Constatar, por fin, que es usted un producto de las marcas que han dejado otros?* La firma se puede iterar, se puede falsificar, puede signarse en ausencia del autor. Esta ya, por tanto, contaminada por la presencia del otro, es ya la *firma del otro*.

Freud introduce, por tanto, un instrumental más sofisticado que Nietzsche para su lector cirujano: *el inconsciente del psicoanalista en cuanto instrumento de lectura*. Instrumento que no sólo recibe, sino que también emite tonos: *traduce el tono recibido con otro tono*. Responde a la firma con la contra-firma: el texto del inconsciente es pues, un juego de firmas que se inter-penetran, que se comprometen, que se contaminan mutuamente. *Cuestión, pues, de tonalidad*: leer, como vemos, es recorrer el tono, la tensión, la modulación de la onda que atraviesa un texto - todo un texto, sin excluir la promesa de la contra-firma, promesa también de una memoria. Tono que llama a otro tono sin el cual no estaría realizado: *cadena de diferencias de tonos emitidos y recibidos*. Sonido como movimiento, distribución de acentos, pausas, intervalos, silencios. Cada texto, así, tiene su tono pero, cuando un psicoanalista lo recibe, emite a su vez un cierto *acorde discordante*. *La lectura psicoanalítica cambia el tono, rompe el*

---

<sup>69</sup> Véase, para más información, el apartado que corresponde a la *Firma* en BENNINGTON, G. & DERRIDA, J.: *Jacques Derrida*. Edición digital de Derrida en castellano.

*tono, disemina las diferencias tonales con nuevos tonos. Texto múltiple, emisor-receptor, de inconsciente a inconsciente: tejido intertextual de diferencias, multiplicidad aérea de voces imposibles de recoger en un único tono. Transferencias de tonos: tonos, contra-tonos, contra-transferencias.*

*Contrapartida de la regla psicoanalítica fundamental: el tono del emisor produce tonos en el receptor. El receptor recibe y emite tonos, que realmente son contra-tonos. El instrumental está sucio o demasiado limpio: ¿no introduce esta contra-firma del psicoanalista, a su vez, un valor contestatario? ¿Se puede recibir, emitir cortes, sin seleccionar, sin censurar, sin falsificar el tono, con el tono del receptor? ¿Es posible emitir un tono, desde el receptor, que conserve puro el tono del emisor puro y virgen? ¿Puede sobrevivir el tono del paciente, sin la contaminación del tono del psicoanalista?*

La respuesta de Freud será negativa pues la lectura es siempre contestataria. En efecto, el paciente está en deuda con la interpretación del psicoanalista porque la necesita. Sin embargo, Freud reconoce que también se está en deuda con la *firma* del paciente que interpela antes de la primera decisión de lectura, del primer corte del texto efectuado por el psicoanalista, que será dado a leer. En fin, se debe estar prevenido de que todo corte tiene tendencia a *censurar* -en el sentido de *falsear*- cualquier relato. El corte seleccionar la palabra, la traduce o la cambia de contexto para que sea apta a nuestros oídos: este es otro *mal de oído*. Doble deuda, por tanto. El amor de transferencia es un endeudamiento que re-actualiza el juego familiar de firmas y contrafirmas en el acto de lectura, pues el hijo -también los padre, aunque no lo deseen- saben que verán morir al otro, que unos sobrevivirán a los otros, que serán llamados a hacerse cargo de su memoria, a llevar el luto por los otros, lo quiera o no. Lectura, en fin, de un correo testamentario.

Freud propondrá un interesante procedimiento para *limpiar el instrumental quirúrgico*: el psicoanalista debe estar analizado para poder comprender el modo en que se usan los pacientes (*los textos*) para complacer los deseos frustrados; el modo, en fin, en que son incorporados a su novela personal, a su memoria - Freud, siguiendo a W. Stekel, denomina a esto el *punto ciego* del psicoanalista<sup>70</sup>. Y es en este sentido en el que

---

<sup>70</sup> FREUD, S.: "Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico" en *Psicoanálisis aplicado y técnica psicoanalítica*, ed. cit., p. 153

hay que interpretar la demanda freudiana para el psicoanalista de imponer silencio a sus afectos, a su compasión humana, para desempeñar la complejidad de su arte, no solo con los pacientes en la clínica, sino con todo objeto de la cultura.

\*\*\*

El *accordeur* es aquel que lleva la armonía de las cuerdas, el afinador. Es precisamente aquí donde encontramos uno de los sentidos que poseía la palabra griega *Tóvos*, la cual se utilizaba también para indicar la tensión de una cuerda, cable, cinturón o ligamento tendido. *Tóvos* indica tanto la tensión, como la dilatación de la cuerda, alargamiento hiperbólico que, al vibrar, daría lugar al sonido. [...] Para Derrida: *tonos*, el tono, ha significado en primer lugar ligamento, tensado, la cuerda, el cordaje cuando se teje o trenza, el cable, la cincha, en resumen, la figura privilegiada de todo lo que se somete a la estrictura. *Tonion* es el ligamento en tanto que venda o vendaje quirúrgico<sup>71</sup>.

Las operaciones del cirujano: *corte, sutura, injerto*.

Esto nos abre una serie de operaciones psicoanalíticas que debemos saber discriminar.

La *interpretación* es la palabra *cortante*, el corte, la apertura de los tejidos que deja a cielo abierto la estructura del tejido, del cuerpo. Revela sus elementos, sus formaciones y constelaciones. La *interpretación* des-liga, suelta, deja suelto - *des-catectiza* sería más apropiado, pues mueve el deseo. Interpretar es, en rigor, revelar otra orientación de lectura: tomar un hilo, seguir el hilo, sin deshacer del todo la tela, sin pretender bordar de nuevo la tela o añadir un parche en los agujeros del tejido: selección, sección con el bisturí, que no es sino, al mismo tiempo, una forma de *sutura*. Porque añadir, bordar, *suturar*, como señala Derrida: *no es otra cosa que dar a leer*. El psicoanalista da a leer, envía en una carta su petición de lectura: *el tono a-tonal, acorde discordante, que no llega nunca a su destino*. Porque el texto no se entrega y no hay razón para acosarlo. El texto no se entrega: a esta operación, Freud la llamó *resistencia*.

---

<sup>71</sup> VIDARTE, P.: *¿Qué es leer? La invención del texto en filosofía*, ed. cit., p. 225



El texto se *resiste al fin*<sup>72</sup> del psicoanálisis: se opone a la *economía de la muerte* que trae el cirujano, a la violencia de su disección. El texto no tolera bien las operaciones pues *no quiere ser operado* - tampoco escuchado, oído, *auscultado* para ver cómo está hecho por dentro.

El *injerto*, sin embargo, prescribe un nuevo *fármaco*. Es aquello que el psicoanalista introduce en el cuerpo, como un nuevo órgano, un nuevo corazón. *Injertar* es reconstruir no en términos de una operación estética, decorativa, sino en términos de un nuevo miembro, allí donde supuestamente faltaba o estaba enfermo. Miembro que debería restablecer el movimiento del cuerpo. *Injertar* es fantasear una genealogía - aquí la *metapsicología es la guía oracular*: la reconstrucción -como Freud escribe- de *ese inconsciente que ha determinado las ocurrencias del sujeto a partir de la traducción de las ondas que emite*. Fantasear una genealogía quiere decir desarrollar cómo el sentido se ha construido, cómo la *novela familiar* se ha construido y diagnosticar como ha enfermado, como se ha detenido, estancado, en una única lectura, cuestionando así, la falsa autoridad que protege su narración.

Pero quedan preguntas pendientes:

¿Un *inconsciente* que *reconstruye* a otro *inconsciente*? ¿Un *inconsciente* que *traduce* a otro *inconsciente*? ¿Sólo cuando el texto no se entrega hay *resistencia*? No nos ha quedado claro: ¿de qué modo juega, exactamente, el inconsciente del psicoanalista la partida? - queremos decir, ¿fuera de su *punto ciego*, fuera de su tendencia a censurar? ¿Es lo mismo que decir: fuera de *su* resistencia?

---

<sup>72</sup> Empleamos esta palabra por su *ambigüedad*: indica tanto el *fin*, en tanto señala un *objetivo*, y el *fin* en tanto que *conclusión de un proceso*. No siempre coinciden estos sentidos de la palabra. Freud desarrolla esto profundamente en *Análisis terminable e interminable*.

#### IV. LAS RESISTENCIAS AL (Y DEL) PSICOANÁLISIS

Seguiremos con especial cuidado el texto de Derrida: *Resistencias del psicoanálisis*, para responder de alguna forma a esas preguntas.

\*\*\*

Derrida comienza el texto con una pregunta molesta:

“¿Se deberá resistir? Y, para empezar, ¿resistir al análisis?”<sup>73</sup>.

Desde luego la pregunta inquieta: siempre se ha hablado de las resistencias al análisis, pero poco del *deber de resistirse al psicoanálisis*. Y es que la cuestión se nos muestra especialmente sugerente: *¿lo que se resiste al análisis, no se resistirá también al concepto resistencia al psicoanálisis?*

Derrida va a cuestionarse sobre este *deber resistir*, sobre el *hay resistencias* y sobre la palabra *resistencia*<sup>74</sup>.

Sigamos sus hilos.

La palabra resistencia no es una palabra limpia, virginal. Resistencia (*résistance*), en cierto modo, será siempre ante la *traducción*. Es una palabra -tal vez mejor un grito- sobre la batalla, la belleza, la política y la historia. Un clamor que, sin embargo, no cesa de ser apresado por cierto *pathos de nostalgia* sin dejar de atraer, para sí, un sinfín de *diseminaciones*. En esta retórica de guerra, será el *omphalos* el que nos conducirá por nuevos hilos: *por un tejido umbilical, por el ombligo*.

Pero aún es pronto para introducirlo.

---

<sup>73</sup> DERRIDA, J.: *Resistencias del psicoanálisis*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1997, p 13

<sup>74</sup> *Op. cit.*, p. 14

Derrida, al iniciar su conferencia, dejará trazadas las dos preguntas que animarán su discurso: *¿por qué soñar con la resistencia?* Y además, *¿por qué preocuparse, en este sueño, por el omphalos?*

Esto debe ponernos en guardia pues, por definición, *soñar con la resistencia es construirla sobre el omphalos de su propia resistencia*. Hablamos pues, de una *resistencia* que se resiste a sí misma, que se amenaza a sí misma desde dentro: un doble gesto, un viraje, una palanca sobre los pilares de la resistencia que *los desplazan desde el analizado al psicoanalista*.

\*\*\*

“Análisis como desanudamiento, desligazón, distanciamiento, rescate, incluso liberación -y por tanto también, no lo olvidemos, como solución-.”<sup>75</sup>

Desligar (*lösen*). Disolver el vínculo: *solvere* (soltar, liberar, absolver). Levantar y abolir la esclavitud: *solutio, resolutio* del psicoanálisis. El psicoanálisis libera de las deudas, del compromiso del pago.

Armados con este contexto semántico podemos leer de otra manera el famoso sueño de Freud: “La Inyección de Irma”, sueño preliminar que abre el desarrollo teórico de la *Traumdeutung*.

Por aquí nos lleva Derrida.

A propósito del mismo, cuando Freud hable sobre el *omphalos*, en una nota al pie, escribirá una confesión al lector - el *destinatario transferencial*<sup>76</sup>. La *Deutung* analítica

---

<sup>75</sup> *Op. cit.*, p. 16

<sup>76</sup> FREUD, S.: *La interpretación de los sueños I*. Alianza Editorial, Madrid, 2011, p. 408. La nota al pie dice lo siguiente: “Sospecho que la interpretación en esta parte del sueño no fue continuada lo bastante para discutir todo su oculto sentido. Más, prosiguiendo la comparación de las tres mujeres, me desviaría mucho del tema principal. Todo sueño presenta, por lo menos, un fragmento inescrutable, como un cordón umbilical por el que se hallase unido a lo incognoscible”.

no llega hasta el final de su proceso, cede siempre ante el llamado sentido oculto (*verborgene Sinn*). ¿Puede uno decir aquí que Freud, en su sueño, se resiste a él? Ese es el punto sobre el que hay que deliberar: este *verborgene Sinn*, pese a todo, podría tener un sentido, quizás, o tal vez no tenga ninguno. Veremos.

Sabemos que es secreto y disimulado, que se sustrae a la operación del psicoanalista. Se resiste a ser leído, a confesar - al contrario de lo que Freud acaba de hacer al lector. La idea que nos plantea Derrida es que problematicemos lo que significa *analizar*. Desarrollar la analítica, la tópica y las discontinuidades freudianas al sesgo, aludiendo a su *epistemología* implícita, con el fin de responder si el psicoanálisis, como tal, está a la altura de su nombre - en cuanto *análisis*.

\*\*\*

Esta confesión freudiana podría extraviarnos de nuestro flanco de lectura: se podría pensar, en vistas a esta confesión, que el psicoanálisis se presenta como una hermenéutica. Una operación, que se obceca en dar sentido, *reddere rationem*, sin límite o medida. Imperativo este de la hermenéutica: dar, regular, conceder, conciliar, el sentido. No desecharemos tajantemente una voz hermenéutica en los textos de Freud, pues hay pasajes que perfectamente encajarían en tal afirmación. Sin embargo, defenderemos que la constitución de una posible hermenéutica psicoanalítica no acaba por encontrar en las líneas de su escritura un campo abonado: lo veremos mejor con el *omphalos*.

El giro que Derrida imprime en este debate, por tanto, con el sueño de la “Inyección de Irma”, no es el de reproducir el gesto de la historia interminable de interpretaciones hermenéuticas, sino el de replantear la cuestión de otro modo: *desde el enfoque de su constitución, en cuanto escena de escritura*. De este modo, paradójicamente, Derrida estaría siendo, quizás, más psicoanalista que la propia tradición psicoanalítica.

Nos detenemos pues, con Derrida, en el cuadro de las mujeres que aparece en el sueño.

Lo interesante no es lo que el sueño propiamente dice, sino el comentario que Freud hace, en la nota al pie, ante ese fragmento - *¿Se puede leer este sueño más psicoanalíticamente que Derrida?*

Freud dice -recordamos- que si continúa con la comparación (*Vergleichung*) de las tres mujeres, no llegaría a ninguna parte. Derrida se pregunta: ¿y esto, por qué? ¿Por qué se perdería? ¿Por qué está tan seguro de ello? ¿Por qué... lo teme, perderse? ¿Por qué esta anotación al margen, precisamente, en el cuadro femenino del sueño? Freud lo confiesa: *no ha querido continuar, no quiere ir más lejos en el asunto*<sup>77</sup>.

En este texto inaugural, que es la *Traumdeutung*, vemos el retrato de un Freud resistiéndose a su propio análisis: las tres mujeres tejen, como las *Moiras*, el hilo traumático que sella y vela su temor: el tejido que debe ser resistente, la resistencia, *su* resistencia.

Este sueño, además, va unido con el alegato a cierto caldero que cuenta una chistosa y absurda historia:

Toda mi defensa -que no otra cosa constituye este sueño- recuerda vivamente la de aquel individuo al que un vecino acusaba de haberle devuelto inservible un caldero que le había prestado, y que rechazaba tal acusación con las siguientes razones: “En primer lugar, le he devuelto el caldero completamente intacto; además, el caldero estaba ya agujereado cuando me lo prestó. Por último, jamás le he pedido prestado ningún caldero”. Las razones son contradictorias, pero bastará con que se aprecie una de ellas para declarar al individuo libre de toda culpa<sup>78</sup>.

En efecto, el sueño de Freud pretende exculparle, a partir de su retórica, de las culpas contraídas por sus errores terapéuticos con Irma. En el sueño, Freud va poniendo excusas contradictorias entre sí, de modo análogo al relato del caldero.

Sin embargo, el caldero puede muy bien ser su propio método: ¿y si nos estuviera devolviendo un método inservible? ¿Y si, en realidad, nos lo devolvió intacto y hemos sido nosotros los culpables de romperlo? ¿Y si tal vez estaba ya agujerado por el *omphalos*? ¿Y si no nos está dando método alguno?

<sup>77</sup>DERRIDA, J.: *Resistencias del psicoanálisis*, ed. cit., p. 20

<sup>78</sup>FREUD, S.: *La interpretación de los sueños I*, ed. cit., p. 156

Este sueño debería demostrarnos -además, por añadidura- que finalmente, una vez analizado por completo, se dejaría reconocer como el producto de una construcción, como una *realización de deseos reprimidos*<sup>79</sup>.

La lógica de todo esto se complicará en *Más allá del principio del placer*.

Pero ciñámonos, por el momento, al sueño.

El secreto que, según parece, escondería, podría ser preliminarmente interpretado como ese complejo de deseos que determinó su construcción. Pero Freud mismo nos dice que su sentido no ha sido totalmente desvelado (*vollständig entdekt*): que el análisis siempre deja lagunas, fragmentos inescrutables y que, pese a todo, no es posible analizar un sueño por completo, sin cubrir todas sus lagunas. Así Freud no sigue fielmente su propio método y no comunica todo lo que se le pasa por la cabeza, no llegando hasta el final. Todo se disuelve, apunta Derrida, en una solución (*Lösung*)<sup>80</sup> química, pero también psicoanalítica, que se imprimirá en letras al final de su sueño. La solución psicoanalítica deberá desatar, absolver, liberar el nudo genealógico del síntoma, haciendo transitables los *antiguos pasos-abiertos*.

*Lösung* es también una droga, un remedio médico.

Pensándolo fríamente, este asunto, realmente, no tendría por qué ser un reproche para Freud -pues, al fin y al cabo, ¿Por qué iba a tener la obligación de confesar toda su vida privada al gran público?- pero no quedaría agotada con eso la cuestión. Pues olvidaríamos una paradoja interesante que en ese mismo sueño tendrá lugar, pues *Freud, al comienzo del mismo, reprochará a Irma el no haber aceptado su solución*.

Es por tu culpa, *deine eigene Schuld*<sup>81</sup>.

Freud se niega a libertar la esclavitud de Irma, a perdonarle la deuda, la falta cometida. Irma debe reconocer, antes de nada, su falta de inteligencia, su ignorancia, aceptar que el fracaso de su análisis es por su culpa, dado que se resiste a complacer las

---

<sup>79</sup> *Op. cit.*, p. 157

<sup>80</sup> DERRIDA, J.: *Resistencias del psicoanálisis*, ed. cit., p. 21

<sup>81</sup> FREUD, S.: *La interpretación de los sueños I*, ed. cit., pp. 139-140: “Reprocho a Irma no haber aceptado aún la “solución”. Le digo: Si todavía tienes dolores, es exclusivamente por tu culpa.”

directrices del método. Esto es lo que se figura en el relato del sueño, pero si este, como Freud dice, se construye con las piezas de fragmentos diurnos de los días anteriores, ¿no se lo habrá dicho, tal vez, realmente?

Freud, en el análisis de este sueño, quiere reconocer su error: *sobreestimó su método, subestimó a la paciente. Punto ciego* que le extravió, le desvió del fin del psicoanálisis y que a partir del análisis del sueño pudo desvelar. Y en efecto, en la época de su análisis con Irma, Freud creía que analizar consistía simplemente en interpretar el sueño, ofrecer su *Lösung* y si el paciente la aceptaba, el tratamiento viraría hacia el éxito - pero eso no era cosa suya, él no era responsable de eso (*nicht mehr verantwortlich*).<sup>82</sup> Hasta que Freud analizó ese sueño, no fue consciente del modo en que, como psicoanalista, respondía sólo por la *solución* y no por la *resistencia*: en este sentido, si el paciente no aceptaba la solución era un ignorante, un estúpido y culpable por la falta de éxito del tratamiento. Este es el error que Freud reconoce y que dice rectificar.

\*\*\*

¿Qué podemos decir, entonces, del *cuadro femenino*?

En el mismo, Freud se mueve por un escenario homérico donde parece querer decidir a quién conceder la famosa manzana de la discordia: ¿quién es la mujer más apta para mi paladar, para mi garganta? O mejor: ¿quién de todas ellas abre mejor la boca?

La otra cara, el otro vértice del cuadro, es la propia mujer de Freud: el sueño se anuncia como una anticipación de su cumpleaños. Los invitados en el *hall de Bellevue* lo señalan. Irma es sólo una invitada... ¿solamente?

Freud las acabará comparando a ambas en un pasaje vertiginoso de una nota a pie de página, en una nueva confesión:

A esta tercera persona pueden también referirse los dolores de vientre, hasta ahora inexplicados, de que Irma se lamenta en el sueño. *Trátase de mi propia mujer*, y los

---

<sup>82</sup> *Op. cit.*, p. 140

dolores de vientre me recuerdan una de las ocasiones en que hube de comprobar *su resistencia a mis indicaciones médicas*. Tengo que confesar que no trato en este sueño con mucha amabilidad a Irma ni a mi mujer, mas ha de disculpárseme el que *comparo a ambas con ideal de paciente dócil y manejable*<sup>83</sup>. [Las cursivas son nuestras]

Freud repudia la feminidad de ambas: *am ideal der braven, gefürigigen Patientin*. Freud ama a la mujer dócil, la que da muestras de buen comportamiento, que se muestra sumisa ante *sus deseos y soluciones*. Es ante esta confesión -en el sentido de una rectificación- que Freud da la ley, la *nueva ley del análisis: no hay psicoanálisis posible sin un análisis de las resistencias*. Derrida señala muy acertadamente en este punto que el psicoanálisis, con esta afirmación, se involucra en una política de un *eros y pólemos*.<sup>84</sup> Juegos de seducción y gritos de guerra.

\*\*\*

*Ama mi solución.*

¿Es este el gesto silencioso del psicoanalista?

¿Ataca, lucha y seduce al paciente para que abandone él su lucha, su *resistencia*?

Este gesto si se da, se estaría fundando en una *noción narcisista* de la verdad: *mi Lösung te hará sentir mejor si no te resistes a ella*. Como ya hemos indicado en el apartado anterior, Freud previene a los psicoanalistas de este juego *contra-transferencial* en el que es muy fácil caer.

Es una escena, que para el psicoanalista es preciso reconocer: se enmarca en el *pólemos: resistencia dual - denegación, apropiación, doble juego erótico*. En este punto, Derrida abre un paréntesis anticipatorio: quiere traernos un nuevo concepto de resistencia, de *restancia*, algo parecido a un *restanálisis*<sup>85</sup>.

---

<sup>83</sup> *Op. cit.*, p. 407

<sup>84</sup> DERRIDA, J.: *Resistencias del psicoanálisis*, ed. cit., p. 24

<sup>85</sup> *Ibidem*.



Sigamos tras el paréntesis: Freud lo dice claro. Prefiere a la otra mujer, a la dócil y manejable, la que habla mejor y se resiste menos. Esa *otra* paciente que tuvo le gustaba más, le atraía más, le caía mejor - *todo pasa por la boca y la dentadura y la garganta*.

Pero no seamos injustos con Freud pues *aún no ha teorizado que la resistencia no es inmotivada*, que el psicoanalista también se resiste a su propia operación. Saldrá con esta nueva teoría de su *punto ciego*: la *resistencia* es también una construcción inconsciente, una expresión del deseo, que precisa ser explicada para que, una vez vencida, pueda *emerger la verdad*. Toda *resistencia* siempre oculta un *secreto*: ¿pero, qué *secreto*? ¿Seguimos todavía *conspirando con los hermeneutas*?

\*\*\*

Se ha recorrido el territorio imposible, inaccesible, del cuadro de las mujeres, de lo femenino para Freud. Tras esto, cambiará de tema -¿lo hace?- es decir, de orden, de plan de trabajo: introducirá, en una nota al pie, su *Nabel* del sueño<sup>86</sup>.

Es interesante, en todos los textos de Freud, seguir estos giros repentinos. Ya no hablará aquí de un límite provisional o defensa erigida sobre un espacio territorial que, una vez vencida, nos revelaría un espacio nuevo que aún *restaría* por explorar para comprender cómo se ha producido el sentido.

Aquí hallamos la oscuridad completa, originaria, des-ligada: *cortado el cordón umbilical, queda el nudo gordiano del ombligo*. Pero no se queda ahí pues Freud acabará escribiendo -casi al final del libro- que, para el sueño, esta sería su esencia y su nacimiento - *o mejor, su marca de nacimiento, su marca de que ha nacido*. Lugar *omphálico*, nudo-herida: memoria del corte, del vínculo y del nacimiento, es la contraseña, el *schibboleth*, santo y seña, que nos dice: *eso -el sueño- es un hijo del deseo sexual*.

---

<sup>86</sup> *Op. cit.*, p. 25

Todo sueño produce un lugar (*eine Stelle*), un *topoi*, una frontera de lo impenetrable, de lo insondable e inexplorado. Lugar de la marca de pertenencia y de exclusión: *omphalos*. Lugar del *nudo indesanudable*: nudo imposible de lo desconocido, lo no-reconocido, lo impensado<sup>87</sup>.

Lo importante de este ombligo -Freud lo dejará claro- no es el agujero, sino el nudo imposible de desligar. El nudo de una madeja de lana. Nudo como cicatriz, lugar de corte.

Este pasaje, para Derrida, -sin Freud ser consciente de ello- va a afectar profundamente el sentido de la palabra psico-análisis<sup>88</sup>:

1º, la *Deutung* no es un *análisis* en su sentido convencional, sino una tarea penelopeana y contra-penelopeana: *tejer y destejer es su juego*. Con una mano introduce el hilo, con la otra lo saca. A la luz introduce el hilo, en la noche lo extrae del telar. Siglos para deshacer la tela, toda la tela. Imposible acabar de tejer y destejer la tela. *El corte, paradójicamente, anuda*. ¿De qué modo participa la *resistencia* de esta aporía, de esta paradoja?; 2º, se podría destacar otro pasaje de la *Traumdeutung*, otros hilos de su madeja: como el capítulo VII, en el apartado sobre el olvido de sueños. Aquí Freud introduce subrepticamente una palabra que no es suya: *anagogische Deutung*. Añade: no todo sueño se somete a esta lectura anagógica, profunda, genealógica.

Derrida nos lleva por la referencia que trae esta palabra de una filiación reconocida por Freud: H. Silberer<sup>89</sup>. Este autor propone que, para la interpretación de los sueños, se lleve a cabo dos tipos de interpretación de forma simultánea: una *psicoanalítica* -es el término que emplea- que revela el sentido (*Sinn*) de naturaleza sexual e infantil; y otra *anagógica o analógica*, que concierne a la profundidad del sentido, su tela, su material (*Stoff*): a sus ideas fundamentales.

Freud lo dirá claramente: la lectura *anagógica* no puede ir hasta el final, se interrumpe frente a lo impensado, no alcanza el fundamento último y originario: ¿es

---

<sup>87</sup> *Op. cit.*, p. 26

<sup>88</sup> *Op. cit.*, p. 27-28

<sup>89</sup> *Op. cit.*, p. 27

cuando este punto se alcanza el momento en que el paciente dice “no” y vemos la *resistencia*?<sup>90</sup>

\*\*\*

La *Deutung* psicoanalítica tiene en su contra fuerzas psíquicas (*psychische Mächte*) que desplazan y disfrazan, que censuran y falsifican, y que, al tiempo, participan en la construcción del sueño.

Es todo, como habíamos indicado con anterioridad, *eine Frage des Kräfteverhältnisses*, *cuestión de una tipología de fuerzas*. Se trata de dominar esas fuerzas para que no entorpezcan el desarrollo de otras fuerzas: detener unas fuerzas para posibilitar el despliegue de otras. El estado general es la antítesis, que Freud dice con todas las letras: *la represión encuentra su expresión en la antítesis*<sup>91</sup>.

Esta *antítesis inconciliable* de fuerzas produce el sentido: metáforas conceptuales, símbolos y síntomas que toman un valor de verdad al repetirse, naturalizarse, al incorporarse de forma *egosintónica*. Por ello, la *resistencia* será analizable: la *represión* participa del sentido como aquello que disfraza, censura y falsifica las metáforas volviéndolas *ideas encubridoras* de lo impensado.

La *represión* es la condición previa, la exclusión previa, necesaria, para toda legibilidad del sentido. Esa construcción, re-construcción completa del proceso represor, por tanto, se promete al psicoanálisis. Sin embargo -no dejaremos de reiterarlo-, frente a este sueño sobre Irma, Freud encuentra un *límite distinto*: una vez más, el *omphalos*. Hecho insuperable, *donde no tiene sentido ir más allá de él*. Este nudo-cicatriz impide, sin prohibirnos, continuar<sup>92</sup> - ¿O tal vez es un *límite inmanente que deja indecisa toda presuposición* de sentido? ¿Aquello que, en fin, revela que *todo sentido se presupone*?

---

<sup>90</sup> *Op. cit.*, p. 28

<sup>91</sup> FREUD, S.: “Historia de una neurosis infantil” en *Sexualidad infantil y neurosis*. Alianza Editorial, Madrid, 1987, p. 249

<sup>92</sup> DERRIDA, J.: *Resistencias del psicoanálisis*, ed. cit., p. 29

Analícemos ahora, detenidamente, el pasaje freudiano - *que tomamos de la traducción personal de Derrida, por ser más completo que el de la traducción española que venimos manejando*:

En los sueños mejor analizados se debe (*man muss*) a menudo dejar en la sombra una zona [un lugar, *eine Stelle: muss man oft eine Stelle im Dunkel lassen*], pues en el curso de la interpretación se observa una madeja [como una pelota de lana, *Knäuel*] de pensamientos del sueño que no quiere desenredarse [desenmarañarse, *der sich nicht entwirren will*], pero tampoco añade ninguna contribución adicional a nuestro conocimiento del contenido del sueño. Allí está entonces el ombligo del sueño (*der Nabel des Traums*), el lugar donde se comunica con lo desconocido. Los pensamientos del sueño que se encuentran en la interpretación deben quedar [*müssen bleiben*, una vez más] de manera totalmente general sin conclusión, sin cierre, sin fin, sin terminación (*ohne Abschluss*) y circular de un lado a otro por la red ramificada y reticulada (*in die netzartige Verwicklung*) de nuestro mundo de pensamiento. Es en el lugar más denso de este entrelazamiento (*Geflecht*) donde surge el deseo del sueño, como un hongo de su micelio.<sup>93</sup>

Notamos su potencia enigmática.

Es un tejido abisal: *un territorio-abismo*, puramente psicoanalítico.

El texto muestra su insistencia: entrelaza hilos sobre *una madeja indesenredable*. Es un *Geflecht*, pero también *Nabel*, *Omphalos*. Freud, en el fragmento, nos conduce por una retórica del nudo y del hilo: este núcleo amenaza la consistencia del psicoanálisis como arqueología, operación de desanudamiento, genealogía de hilos, de pasos-abiertos. Arte de tirar del hilo - no solo como Penélope, también, en ocasiones, como el titiritero. El inconsciente es presentado aquí como una fábrica de tejidos, *una máquina de coser*. La marca de fábrica alude, en el párrafo, al deseo, de donde nace. De la densidad del *Geflecht*, el deseo empuja, surge, como un hongo de su micelio. Densidad que es el *tejido enmarañado*: un complejo psíquico imposible de analizar, de separar. Esto, para Derrida, plantea una pregunta: *¿es este lugar un territorio de resistencia?*<sup>94</sup>

---

<sup>93</sup> *Op. cit.*, p. 30

<sup>94</sup> *Op. cit.*, p. 32

En efecto, podría ser tentador pensarlo como un *lugar archivable* que, tal vez más tarde, vencidas las *resistencias*, decida entregarse. De ser así veríamos, de pronto, *el retrato de una ilustración optimista que avanza iluminando sus obstáculos, mientras es atravesada por una sombra interior que es proyectada por su propia antorcha.*

¿Es este el gesto de Freud? ¿Quiere rescatar las luces para iluminar la oscuridad de estos infiernos?

Todo parece apuntar en esa dirección. Pero, sin embargo... *¿no está Freud escribiendo al mismo tiempo que ese nudo in-soluble es precisamente lo que resta radicalmente heterogéneo, como secreto, al sentido construido por el inconsciente? ¿no se trataba del lugar en donde el deseo se teje, se anuda, precisamente, como ese resto?*

\*\*\*

Tomaremos, en esta tensión interna, en esta tensión epistemológica, este descubrimiento freudiano.

Derrida entonces no puede, en este punto, obviar la pregunta: *¿este descubrimiento freudiano no estaría poniendo en cuestión todo el desarrollo filosófico sobre el deseo desde Platón a Hegel?* El psicoanálisis, como acontecimiento, ¿no estará, en estos instantes, creando un concepto nuevo de *análisis*?

¿Tal vez, un *restanálisis*?

Es posible que no se realizara de una forma meditada en la escritura de Freud -no hay ningún texto que dedique algunas líneas a este problema- pero lo anterior debería ser suficiente para confirmarlo. Este concepto nuevo, además, viene a re-pensar otros, como *sentido* y *verdad*.

La cuestión, pese a todo, no será tan sencilla.

*Crear* -lo que se entiende en sentido estricto por crear- es sólo una cualidad divina. Freud debió, como todo ser humano, heredar una tradición: *tuvo que mantener el concepto de análisis en un umbral indeterminado, intermedio*<sup>95</sup>.

*Terrible juego*, pues un análisis arqueológico de la escritura inconsciente, como Freud lo propone -basado en el desanudamiento-, no acaba del todo de sustraerse de un *fin escatológico preciso*: el de traer la muerte completa del discurso, la última palabra sobre la cuestión. El paso que separa lo originario de lo que nace es realmente muy fino.

Esta axiomática aporética -*epistemológica*- ¿podría alguna vez disolverse? ¿Alguna vez disipar su tensión interna? No hay, en el psicoanálisis freudiano, concepto unificado y preciso, que sea idéntico así mismo. Lo mismo sucede con la *resistencia*<sup>96</sup>. Lo mismo sucede con la propia palabra *psicoanálisis*. Por eso, si afirmamos:

*Sin resistencias no hay psicoanálisis*<sup>97</sup>.

¿Cómo podríamos pensar esta frase tan contundente?

Todo apunta a que si el *psicoanálisis* carece de una definición plena, conceptualmente cerrada, es porque no puede darse un concepto unificado de *resistencia*. Esto, sin embargo, no determina una parálisis: esto nunca se le escapó a Freud. Más bien tiene como consecuencia una proliferación de su sentido:

Profundizando más hallamos, en efecto, que se nos oponen cinco clases de resistencias, procedentes de tres distintos orígenes, esto es, del *yo*, del *ello* y del *superyó*, revelándose el *yo* como fuente de tres de tales formas distintas de su dinamismo. La primera de estas tres resistencias del *yo* es la *resistencia de la represión*, sobre la cual poco nuevo puede ya decirse. De ella se distingue la *resistencia de la transferencia*, de la misma naturaleza, pero que hace en el análisis apariciones distintas y más claras, pues ha conseguido constituir una relación con la situación analítica o con la persona del médico y reanimar con ello una represión que sólo debía ya ser recordada. También es una resistencia del *yo*, pero de naturaleza completamente distinta, la parte de la *ventaja de la enfermedad* y se basa en la incorporación del síntoma al *yo*. Esta resistencia corresponde a la rebelión contra la renuncia a una satisfacción o un alivio. La cuarta clase de

---

<sup>95</sup> *Op. cit.*, p. 36

<sup>96</sup> *Op. cit.*, p. 38

<sup>97</sup> *Ibidem*.

resistencia -la del *ello*- ha sido la que hemos hecho responsable de la necesidad de la labor de liberación. La quinta -la del *superyó*-, últimamente descubierta, es la más oscura, aunque no siempre la más débil, y parece provenir de la conciencia de la culpabilidad o la necesidad de castigo. Esta resistencia desafía todo esfuerzo y, por tanto, toda curación por medio del análisis<sup>98</sup>.

Vemos la gran diversidad, la pluralidad que habita este concepto: la *resistencia* es más bien un equívoco conceptual. Nudo enmarañado, sobre-determinado, de tan diversas heterologías. Son una maraña de tipos: *la resistencia se encuentra en todas partes y lo falsifica todo*. Pero lo que en este conjunto capta la atención de Derrida es esa *resistencia irreductible*, oscura, que tantos problemas produce para el psicoanálisis: la diabólica *compulsión de repetición* (*Wiederholungszwang*). Esta llama a la *elaboración*, una vez levantada la *resistencia ego-sintónica* -que podemos nominar, genéricamente, como filosófica-, oponiéndose a su búsqueda de la síntesis: *es esta la resistencia del inconsciente, sin más rodeos* - así lo escribe Freud:

Hemos de pensar, en efecto, que, después del abandono de la resistencia por parte del *yo*, quedan aún por vencer el poderío de la obsesión de repetición y la atracción de los prototipos inconscientes sobre el proceso instintivo reprimido. Nada se opone a atribuir a este factor el nombre de *resistencia de lo inconsciente*<sup>99</sup>.

Es una resistencia paradójica porque, como vemos, no participa de la construcción del sentido, sino más bien al contrario: *mutila, quema y borra el archivo*. Es el *mal de archivo*. Si no participa del sentido, entonces, ¿por qué Freud lo nombra como una *resistencia*?

Esta *resistencia*, expresión de la *pulsión de muerte*, es *regresiva, arqueotópica* pero, al mismo tiempo, es una fuerza de *destrucción, disolución, agresión - violencia originaria*. Empuje a la muerte, fuerza filolítica: *culpa, deuda, necesidad de castigo*. No dona sentidos, ni los produce. No se entrega nunca, como las otras *resistencias*. Así concluye Derrida su seguimiento del hilo freudiano:

---

<sup>98</sup> Consultar el *apéndice* de FREUD, S.: "Inhibición, síntoma y angustia" en *El yo y el ello*. Alianza Editorial, Madrid, 2009, p. 125

<sup>99</sup> *Op. cit.*, p. 124-125

La compulsión de repetición, resistencia hiperbólica de la no-resistencia, es en sí misma analítica, es aquello cuya resistencia es hoy en día representada por el psicoanálisis, es su astucia más segura: disfrazada de no-resistencia<sup>100</sup>.

Así es como otro de nuestros hilos llega a otro *omphalos*.

Al lugar de donde nacen el *deseo de muerte* y el *deseo erótico*: lugar que prohíbe, no diciendo nada, sin oponerse, como el guardián de la puerta de la Ley, según el conocido cuento de Kafka. Lugar donde habita Bartleby, el *escribiente*. La *pulsión de muerte*, ante toda demanda, nos dirige su terrible y demoníaca voz: *I would prefer not to*. Bartleby es la figura de la muerte: sin hacer nada, enmudecido, produce movimiento a su alrededor. Enmudecido: *hace hablar*.

Bartleby es la figura literaria del acto analítico.

Bartleby oculta el terrible secreto de la puerta de la Ley.

Bartleby nos hace ver otro terrible secreto: *la resistencia también se vuelve contra la resistencia*.

En efecto, el psicoanálisis -que no es sin las resistencias- es también su propia *resistencia*: por eso será fundamental nuestra lectura por *Más allá del principio del placer*.

Así es como Derrida nos prepara el camino para nuestra lectura de *La Tarjeta Postal*.

\*\*\*

Pero antes de entrar en *Más allá...* un paréntesis necesario, breve.

Lo que hemos ido desarrollando nos puede señalar una lógica precisa que queremos dejar por escrito.

---

<sup>100</sup> DERRIDA, J.: *Resistencias del psicoanálisis*, ed. cit., pp. 42-43



Tesis: *la resistencia produce textos de una manera regulada y es responsable de su producción.*

Veamos su lógica<sup>101</sup>:

1º, un texto, sin cierta *represión*, no es legible: *se precisa una exclusión de unas posibilidades sobre otras*. Decisión previa, en función de una escritura previa, que no pertenece a nadie - de la que nadie es dueño: decidida, esta censura, con anterioridad al texto, será denominada *represión primaria*. Esto hace posible, a su vez, cualquier decisión, a partir del consentimiento de una cierta *fijación*. *Fijación a ciertas ideas catectizadas sexualmente que atraerán hacia sí nuevos complejos ideológicos impregnándolos de sentido*. Repetición, pero no redundancia, sino *iteración*: esas *ideas fijas* pueden ser repetidas en diferentes contextos, lo cual significa que esa *idea que se repite* -sexualmente investida como escritura de cuerpo- no está vinculada a un contexto dado y originario, sino que es la *repetición de una huella* que funda nuevos espacios de significación a partir de una ruptura con espacios anteriores<sup>102</sup>.

2º, en el texto, esta *represión primaria* es *siempre parcial*. Hay una dimensión que se *resta* o que *excede* la *represión*. Esto moviliza una serie de mecanismos de purificación de la escritura que trabajan bajo la lógica de la *represión secundaria*. *Represión conservadora que violenta y censura siguiendo ciegamente los antiguos fueros que una vez gobernaron la ley de su reinado*. Antiguas metáforas, como escribió Nietzsche, que una vez tuvieron curso y que ahora son sólo metal. En la *repetición*, en cada repetición, se reproduce eso mismo que la escritura intenta abolir y el esfuerzo de la *represión primaria* por restringir una *idea* acaba por hacerla proliferar: *reaparece en nuevos contextos, en derivados, contaminando, enfermando la escritura*. La *represión primaria*

---

<sup>101</sup> Lógica que será solidaria con los postulados por Freud en su ensayo metapsicológico *La Represión*. Para más información, consultar en FREUD, S.: *El malestar en la cultura*, ed. cit., 165-177.

<sup>102</sup> De otro modo: *repetimos para no recordar, porque de lo que se sufre es de recordar*. Repetir es poner en acto la carne, la sangre y la herida de la memoria. Volver a poner el cuerpo, virgen, para una nueva incisión. Esta es la *condición trágica* de la vida: 1º, se regresa a una decisión anterior, a una *fijación*. Hay un anhelo de apropiarse de ese placer perdido, ahora idealizado, que nunca existió de verdad; 2º, se regresa a la imposibilidad de sentir el placer absoluto. El placer se disuelve, el dolor prolifera en la memoria, abre grietas, heridas, ofrece el cuerpo para nuevos cortes. Repetir es, por tanto, sobrevivir, a costa de ceder parte de la vida para soportar la muerte.

siempre invoca el acto que se quiere limitar. Esto está sostenido por una *fantasía narcisista*: la de ser la voz propia que aspira al control de la escritura. Este *resto* es una resistencia, por tanto, a la *represión primaria*, una resistencia que opera contra las condiciones de *inteligibilidad* de un texto: su núcleo *ilegible*, *omphalos*.

Por tanto, escribir lo que no se quiere escribir frustra el deseo, produce un conflicto performativo que altera la función soberana de lo legible. La *represión primaria* es la exclusión constitutiva que hace posible cualquier escritura. La *censura* o *represión secundaria* es aquello que permite, en la escritura, reforzar una oposición entre una escritura permisible y una no-permisible, legítima y no-legítima, interior y exterior empleando para ello una ley antigua.

Atendiendo a esto: *¿cómo se analiza, entonces, una resistencia en psicoanálisis?*

*¿Y una resistencia en un texto, en un escrito, por ejemplo, literario?*

Sin tomarlo al pie de la letra -dado que cada texto debe ser abordado de forma individual y única- y asumiendo que la numeración no es una suerte de orden lineal de aplicación del procedimiento, quedaría del modo siguiente:

1º, *reconocer la resistencia*; 2º, *señalar la resistencia en el texto para hacerla demostrable*: a) señalando más casos y b) interviniendo de modo que está incrementado, por ejemplo, haciéndole al texto preguntas incómodas; 3º, *aclarar los motivos y modos de la resistencia*: a) constatando los afectos dolorosos que la producen, b) señalando los deseos que ocasionan esos afectos y c) determinando el modo en que se realiza dicha resistencia<sup>103</sup>; 4º, *una vez señalado este funcionamiento en el texto, invertir la jerarquía apoyando el retorno de lo reprimido*: a) señalando las fantasías y recuerdos que movilizan los deseos censurados por las resistencias y b) persiguiendo la genealogía de estas oposiciones dentro y fuera del texto -en otros textos- o en la biografía del autor; 5º, *Restanálisis*: a) Localizar, en la genealogía reconstruida e invertida, el *omphalos*. Marca indecible, traumática, que se resiste a ser apropiada por el sentido, que se resiste a la resistencia, y b) operar contra la lógica binaria del texto desplazando, iterando esta

---

<sup>103</sup> Véase, para más información, el desarrollo que se realiza sobre el funcionamiento de los diez modos de resistencia -represión, regresión, formación reactiva, aislamiento, anulación, proyección, introyección, vuelta contra sí mismo, transformación en lo contrario y sublimación- en FREUD, A.: *El yo y los mecanismos de defensa*. Ediciones Paidós, Barcelona, 1961

marca, hasta demostrar la inconsistencia y la precariedad de su identidad<sup>104</sup>. *Objetivo*: producir un corte con la lectura habitual o dominante, sugiriendo, así, otras posibilidades de lectura mediante el estallido del sentido y de la autoridad que lo resguarda.

Con esto, así de forma sintética escrito, queda patente que no hay *psicoanálisis sin resistencias*. La *grafología psicoanalítica* se agota en un análisis de las resistencias: *tanto de las propiamente dichas como de las resistencias que se oponen a las resistencias*.

La *grafología psicoanalítica* es la operación misma de la pulsión de muerte. *La grafología psicoanalítica es pulsión de muerte*.

Nos queda una cuestión pendiente: *¿en qué consiste ese resto ilegible que se resiste al sentido, al lenguaje? ¿Cómo opera, bajo qué líneas, cómo amenaza la escritura logocéntrica? ¿De qué modo se relaciona con la llamada por Freud: resistencia del inconsciente? ¿Y con la compulsión de repetición? ¿Y con la pulsión de muerte?*

---

<sup>104</sup> Tomado y reformulado por nosotros para adaptarlo a los fines de nuestro trabajo, de GREENSON, R.: *Técnica y práctica del psicoanálisis*. Siglo XXI editores, Buenos Aires, 2012, pp. 130-131

## V. MAL DE ARCHIVO – PULSION DE MUERTE E ILEGIBILIDAD.

El siguiente apartado será una lectura de *La Tarjeta Postal*. Una lectura que nos llevará por los hilos del *Más allá del principio del placer*.

¿Pero cómo vamos a llevarlo a cabo esta vez?<sup>105</sup>

\*\*\*

Derrida nos lleva por lo que él denomina: “una lectura selectiva, tamizante, discriminante”<sup>106</sup>.

En realidad, no hemos dejado de hacer este tipo de lectura en ningún momento. Esto no le impedirá a Derrida -a nosotros tampoco- pasar por los senderos ya recorridos por otros, senderos por lo que, después de tanto tránsito, ha dejado ya, hace tiempo, de crecer la hierba.

Pero no se trata tanto del sendero como del mapa, pues seguiremos fieles a la *metapsicología*, esto es, dar a leer *el funcionamiento a-tético del texto, la arbitrariedad de su escena de escritura*, su falta de centro.

Acceder, por tanto, a la *restancia* de *Más allá...*

¿Cómo? ¿Se puede acaso? Es difícil, porque la lectura académica gusta de detenerse en la tesis -digamos mejor, en sólo algunas de las tesis- sin detenerse -si tal acción fuera

---

<sup>105</sup> Queremos, en este punto, recordar lo ya señalado en una nota anterior: la lectura de este texto, además del interés teórico que para nosotros tiene, será un ejemplo de cómo trabaja la *grafología psicoanalítica*. No será pues, una lectura totalmente exhaustiva, completa de todo *Más allá...* sino una aproximación. Será, siguiendo a Derrida, una lectura *selectiva, tamizante y discriminante*. Una lectura que no agotará todo el proceso, sino que abrirá el camino para dar otra vuelta más y volver al texto, en otro momento.

<sup>106</sup> DERRIDA, J.: *La tarjeta postal. De Sócrates a Freud y más allá*. Edición Electrónica de la Escuela de Filosofía Universidad ARCIS, p. 198

posible- en la imposibilidad misma, que el texto sugiere, en cuanto *detección de lo legible*.

El texto nos deja a la deriva: *no es posible detenerse, pero hay que detenerse*.

Como ante la marea, el texto es la orilla que se divide en el trazo de la ola, donde anclando sus bordes, se desmoronan; abordajes, desbordamientos, amarras, estrangulamientos. Esto encierra el secreto de *la a-tesis del texto freudiano* que nos ocupa, su falta de tesis. No habrá, como estamos a punto de mostrar, tesis dominante en el texto - pero no por ello será literario. ¿Acaso es esto una propiedad singular de este texto? ¿No será, en cierto modo, el *mal de archivo* de todos los textos?

\*\*\*

“La atesis de *Más allá...* comparecerá”<sup>107</sup>.

Lo hará, pero en su relación desligada, agónica, con la tesis - con la *identidad unitaria* que cree tener, pero que en realidad no tiene.

La *pulsión de muerte* será el enigma: aparecerá y desaparecerá. *Fort-da*. Sin embargo, su no-presencia, la imposibilidad de ésta de presentarse, nos deslizará por su diabólico juego de mitos, fábulas, relatos y pensamientos filosóficos. Y, en este texto, será la filosofía lo que Freud tratará constantemente de evitar y que, por evitar, se revelará como su perpetuo prisionero. Juego de denegación similar hará con Nietzsche, al que reprocha conseguir tan gratuitamente su saber para los psicoanalistas que tanto esfuerzo han dedicado para conseguirlo - desprecio que no es sino al ancestro del psicoanálisis, a la tradición filosófica en general que lo precede. Así lo escribe Freud en su *Autobiografía*:

Aun en los casos en los que me he alejado de la observación he evitado aproximarme a la Filosofía propiamente dicha. Una incapacidad constitucional me ha facilitado esa abstención. Siempre me han atraído, sin embargo, las ideas de G. Th. Fechner, pensador

---

<sup>107</sup> *Op. cit.*, p. 199

al que debo interesantísimas sugerencias. Las amplias coincidencias del psicoanálisis con la filosofía de Schopenhauer, el cual no sólo reconoció la primacía de la afectividad y la extraordinaria significación de la sexualidad, sino también el mecanismo de la represión, no pueden atribuirse a mi conocimiento de sus teorías, pues no he leído a Schopenhauer sino en épocas muy avanzadas ya de mi vida. A Nietzsche, otro filósofo cuyos presagios y opiniones coinciden con frecuencia, de un modo sorpréndete, con los laboriosos resultados del psicoanálisis, he evitado leerlo con frecuencia durante mucho tiempo, pues más que la prioridad me importaba conservarme libre de toda influencia<sup>108</sup>.

El psicoanalista debe *estar advertido de la filosofía*: pero, ¿no estará también Freud sirviendo a Nietzsche, en secreto, mientras trata de evitarlo? Pues, sino, ¿cómo sabía que a este autor había que evitarlo a toda costa? ¿No habrá probado ya, sin quererlo, su dulce miel?

*Advertidos de la filosofía.*

Esto Nietzsche, a propósito de la filosofía, nos lo explica muy bien:

Pero, ¿dónde se encontraría el ejemplo de un pueblo enfermo al que la filosofía le haya devuelto la salud perdida? Si la filosofía siempre se ha manifestado ayudando, salvando y protegiendo, eso fue con los sanos, a los enfermos les hizo cada vez más enfermos. Cuando un pueblo está desunido, sin que entre los individuos que lo componían existiesen vínculos fuertes y tensos, la filosofía nunca ha vuelto a recomponer esos lazos entre los individuos y el todo. Si alguna vez alguien estuvo dispuesto a aislarse y a rodearse con la barrera de la autosuficiencia, la filosofía estuvo siempre preparada para aislarle todavía más y destruirlo mediante ese aislamiento. La filosofía es peligrosa, cuando no tiene pleno derecho a existir: sólo la salud de un pueblo, y no de un pueblo cualquiera, le otorga ese derecho<sup>109</sup>.

*Uno debe estar sano para soportar la filosofía.* Extraño remedio nos prometen los sabios si este al sanar también alimenta lo enfermo del cuerpo. Este juego no deja de ser también el de un cierto *Fort-da*. Y es que -Derrida no deja de señalarlo- toda la *escena escritural del texto* -incluida esta evitación freudiana de la filosofía- es la reproducción de ese *extraño síntoma infantil*: prescribirá cierta proximidad, pero al mismo tiempo

<sup>108</sup> FREUD, S.: *Autobiografía*, ed. cit., pp. 66-67

<sup>109</sup> NIETZSCHE, F.: “La filosofía en la época trágica de los griegos” en Sánchez-Meca, D. (ed.) *Obras completas. Escritos de juventud*. Vol. 1. Madrid. Tecnos, 2011, p. 573

cierta distancia. Evitar la filosofía para, de pronto, verse envuelto en sus cálidos senos, apresado por ella, sin darse cuenta.

Así se escribirá *Más allá...* por eso O. Rank no se va a dejar engañar por Freud: Nietzsche es el *precursor directo* del psicoanálisis<sup>110</sup>. Desde los sueños hasta su teoría de la moral, este enigmático filósofo habló de lo inconsciente: la deuda moral del otro nos retorna en sueños, acosándonos con la responsabilidad de nuestro legado. Y así, en sueños, también resuena en el texto *la denegación freudiana de la filiación filosófica*. ¿Por qué esta falta de reconocimiento? ¿No ha sido Freud el hombre de gran coraje que se atrevió a pensar para la filosofía -en ocasiones también sin ella- aquello que precisamente esta sólo buscaba negar? ¿Por qué este *temor* ahora? - pero antes, ¿qué sería realmente filosofar?

Derrida nos recuerda que evitar la filosofía no es nada nuevo: ha cambiado el modo de hacerlo, pero la filosofía siempre ha tenido sus enemigos<sup>111</sup>. Nietzsche, que también filosofó, sabía que era una actividad que no podía hacerse demasiado tiempo. Y, en cierto modo, es una pérdida de tiempo, algo *des-honesto*, un ejercicio totalizador: Nietzsche lo dice así del dialéctico -refiriéndose a Sócrates-: mostrando que no sabe divertirse en las fiestas, que sólo sabe molestar a los que se entretienen con *especulaciones* que no llevan a ninguna parte.

En efecto: *a ninguna parte*. *Especular* - sobre Freud. Pero, ¿con él? ¿Hacia dónde? ¿Para qué?

¿Por qué la *especulación filosófica* no tiene interés para el *psicoanálisis*? Pero lo más importante ¿por qué Freud se abandonó a la especulación *aquí, ahora, en este texto*? ¿Pero, sólo *aquí*? ¿Sólo *ahora*? ¿Sólo *en este texto*? Pero, ¿quería hacerlo, se *resistió*? ¿De qué *modo*? ¿Por *qué*?

---

<sup>110</sup> Ver el apéndice de la *Traumdeutung*, “El sueño y la poesía” de O. Rank”, en FREUD, S.: *La interpretación de los sueños II*, ed. cit., p. 341

<sup>111</sup> DERRIDA, J.: *La tarjeta postal. De Sócrates a Freud y más allá*, ed. cit., p. 201

\*\*\*

Derrida va a profundizar en esto, preliminarmente, con un párrafo de *Autobiografía*<sup>112</sup> que nosotros ya hemos citado más arriba.

Nietzsche y Schopenhauer: *aquí Freud ubica su filiación, pero dice no deberles nada*. No la rechaza, pero si deniega de ella.

Confiesa haberse abstenido de la filosofía, ayudado y auxiliado por su particular constitución. Y aunque ve que, en el pasado, ellos antes que él han recorrido sus pasos-abiertos, él dice que nada tiene que ver con esto: no los ha leído, no ha tocado uno solo de sus libros *para mantenerse libre de influencias*. Las palabras y conceptos de la filosofía son falsos conceptos, monedas caducas, sucias tentaciones de las que es preciso abstenerse ascéticamente: *falsos y a la vez extraordinarios descubrimientos, que nada deben a lo que se consigue con laborioso esfuerzo*. Son sólo relámpagos de intuición, *no tienen una praxis detrás que los soporte*. Son solo *simulacros* que por azar llegaron a anticipar al psicoanálisis. Freud no quiere deber nada: no quiere reconocer esta filiación que lo avergüenza<sup>113</sup>.

Esto, *confirmado*, a la vez *denegado*, en *Más allá...*

Freud continuará con su deseo de buscar oposiciones en pleno auge de su escrito. Aquí alcanzará la famosa oposición (*Entgegensetzung*) para explicar lo psíquico - aquí donde dice seguir a Hering con sus pares binarios de *asimilación-construcción* y, luego, *disimilación-destrucción*<sup>114</sup>.

*Doble pieza, doble juego, doble viraje.*

Freud añadirá en ese lugar -mejor, *leerá-* sus dos pulsiones, de vida, de muerte - *Advertencia*: sin embargo, nos dice Freud en ese lugar, está rozando algo que no puede disimular, algo aquí que, por su forma, no puede falsificar. Nos aproximamos, dice Freud, a la tesis schopenhaueriana según la cual la muerte es *das eigentliche Resultat*.

---

<sup>112</sup> *Op. cit.*, p. 201

<sup>113</sup> *Op. cit.*, p. 202

<sup>114</sup> *Op. cit.*, p. 203



La meta de la vida, del impulso y la voluntad de vivir - *los genitales son la sede del deseo de vivir*<sup>115</sup>.

Freud quiere, sin embargo, dar un paso más, ir más allá de la filosofía que le precede, de la filosofía con la que uno podría confundir por error sus *especulaciones*: la vida se ejecuta mediante una interminable desviación (*Umweg*) o rodeo. Rodeo del que Freud describe, escribe que *no va a parar de desviarse*. Pero no es sólo Schopenhauer -al que Freud no teme nombrar- sino también Nietzsche el que está entre líneas en todo el texto: *eterno retorno de lo mismo*, escribirá Freud, entre comillas, en el Capítulo III. Freud está así escribiendo el relato de su *propia neurosis de destino*: neurosis asediada por una demoníaca repetición, por la repetición insistente de un fracaso: fantasmas y espectros del infierno, que llaman a su puerta.

El texto es dictado por el diablo:

Diablo cojuelo, como todo lo que transgrede el principio del placer sin dejar nunca que se concluya con el transponer. Cojo el diablo, pero absuelto de no se sabe qué deuda por aquel que en un momento dado se llama a sí mismo el “*advocatus diaboli*” de la pulsión de muerte y concluye con una cita donde cada palabra se deja tildar de Escritura – y de literatura: “la Escritura dice que cojear no es un pecado”, dice el poeta<sup>116</sup>.

Freud, *advocatus diaboli*.

Aquel que en la *Traumdeutung* no temió remover a los dioses de los infiernos si los de los cielos no lo auxiliaban<sup>117</sup>.

Freud es un conjurador de demonios: aquellos que miran desde *Más allá...*, amenazando con aparecer. *Umheimlich*. El diablo aquí, como en la *Traumdeutung*, vuelve de nuevo a pronunciarse.

¿Pero cuál es el *diablo* de Freud? ¿Cuál es ese *diablo* al que Freud quiere defender? ¿Lo defiende porque apoya su causa? ¿Confía, tal vez, en que su presencia dirija al mundo hacia lo prohibido: que realice las tentaciones de las que el mundo se abstiene:

<sup>115</sup> *Ibidem*.

<sup>116</sup> *Op. cit.*, p. 204

<sup>117</sup> FREUD, S.: *La interpretación de los sueños II*, ed. cit., p. 304: “Flectere si nequeo superos acheronta movebo”. No sin precisar, justo después: “*Pero la interpretación onírica es la vía regia para el conocimiento de lo inconsciente*”: Dirigiéndonos al *infierno*, hallamos la *vía regia*.

cómo filosofar? ¿Quién es este *enigmático demonio* que le dicta el texto a Freud, que *le hace escribir*?

¿Acaso hay sólo *un demonio*? ¿No habrá, quizás, *más espectros*?

Nos atrevemos a nombrar uno de ellos: -nosotros, pues Derrida no lo hace- ese *demonio es Nietzsche*.

Padre, ancestro primitivo de la *horda psicoanalítica*.

El hecho de que el demonio sea elegido como sustituto de un padre amado parece realmente extraño, pero sólo cuando nos enfrentamos con él por primera vez, pues sabemos algo que puede minorar nuestra sorpresa. En primer lugar, que Dios es un sustituto del padre o, mejor dicho, un padre ensalzado, o, todavía de otro modo, una copia del padre como hubo de ser visto y vivido en la infancia: en la infancia individual de cada sujeto, y por la humanidad, en su época primitiva, como padre de la horda primordial. [...] La historia secreta del individuo, que el análisis extrae a la luz, nos ha descubierto también que la relación con este padre fue, quizás desde un principio, ambivalente o, cuanto menos, no tardó en adquirir tal carácter, integrando así dos impulsos afectivos antitéticos: no sólo una cariñosa sumisión, sino también una hostil rebeldía. [...] Cuando un pueblo es vencido por otro, los dioses de los vencidos suelen convertirse para los vencedores en demonios. El demonio de la religión cristiana, el diablo de la Edad Media, era, según la mitología cristiana, un ángel caído y de naturaleza igual a la divina. No hace falta gran penetración analítica para adivinar que Dios y el diablo eran, en un principio, idénticos, una sola figura, disociada más tarde en dos realidades opuestas<sup>118</sup>.

El demonio es un padre, una figura del padre: de ese anhelo de totalidad, de inmortalidad, de supervivencia. Freud, de modo análogo a los vencedores, reniega de la filiación y la genealogía de los vencidos: *genealogía, filiación de la humanidad primordial*: asesina y devora al padre del psicoanálisis, al que desprecia por haber especulado lo que él no puede sino conseguir con laboriosos esfuerzos. Nietzsche, el padre, aquel que goza de todas las mujeres y las prohíbe a todos sus hijos. Además Freud, en su *Autobiografía* y en las cartas a W. Fliess, dirá que especular es su tendencia reprimida. Su pasión, su deseo oculto: la *filosofía*.

<sup>118</sup> FREUD, S.: “Una neurosis demoníaca en el siglo XVII” en *Psicoanálisis aplicado y técnica psicoanalítica*. Alianza Editorial, Madrid, 2004, pp. 72-73

¿Por qué ahora, entonces, en *Más allá...*, se permite probar esa miel? ¿Tal vez se le atraganta el padre muerto en la boca? ¿Lo atormenta desde dentro con su martillo?

\*\*\*

A Freud lo acosan, sin embargo, más *demonios*.

Nuestra lectura no podrá evitar señalar a algunos de sus *espectros*.

Freud, en 1925, cuando escribe su *Autobiografía* está enfermo, siente próxima la muerte. ¿O tal vez es más correcto decir que escribe una *Autotanatografía*?

El *bios* puede escribirse en la escritura, hacerlo así sobrevivir -¿se *puede*?- Es este *bios* el que, del lado de la biología, se re-construirá en los capítulos finales de *Más allá...* como un cuerpo que, en último término, aspira a la inmortalidad.

*Escrito testamentario*, por tanto.

Pero vayamos al principio del mismo. Hacia la primera línea, donde acontece un *speech act*<sup>119</sup>. Allí donde nos anuncia que *la teoría psicoanalítica existe*, que tiene ya un recorrido, que ya se *autoriza* a decir cosas. En particular: *que los procesos anímicos se regulan por el principio del placer*. Freud toma nota, pero no acudirá como *epistemólogo*: es decir, Freud se envía a sí mismo su propia carta, sellada, secreta, sólo para él. Resuena así esta actitud, en el párrafo siguiente, con la filosofía: *no quiere saber nada de sistemas filosóficos que, sin saber*, ha estado siguiendo con esta adhesión teórica al *Lustprinzip*:

No presenta interés alguno para nosotros investigar hasta qué punto nos hemos aproximado o agregado, con la fijación, al principio del placer, a un sistema filosófico determinado e históricamente definido. Lo que a estas hipótesis especulativas nos hace

---

<sup>119</sup> DERRIDA, J.: *La tarjeta postal. De Sócrates a Freud y más allá*, ed. cit., p. 207

llegar es el deseo de escribir y comunicar los hechos que diariamente observamos en nuestra labor.<sup>120</sup>

Freud escribe: “En la teoría psicoanalítica suponemos *sin vacilar* [*unbedenklich: Omitido en la traducción española*] que el curso de los procesos anímicos es regulado automáticamente por el principio del placer [*Lustprinzip*]”<sup>121</sup>.

*En la teoría psicoanalítica, suponemos...* Teoría presentada como única, sin fisuras, sin malentendidos. *Suponemos...* Freud habla en plural, habla por *todos* los psicoanalistas: *nosotros, los psicoanalistas*. Una teoría, una causa, que no es divisible, fracturable. Freud escribe, *suponiendo unbedenklich*: sin vacilar, sin escrúpulos, sin reflexionar; escribiendo por *nos-otros*, los psicoanalistas, que nos acogemos al gobierno del *Lustprinzip*. Al *Lustprinzip*. *Lust* que no sólo es el placer, sino también goce sexual, deseo - *deseo sexual*. Principio fundamental que explica inmediatamente después del *speech act*: ante la tensión desagradable (*unlustvolle Spinnung*) se abre un proceso de reubicación de la economía de la tensión, buscando su reducción, bien por la evitación de un displacer (*Unlust*), bien por la producción de un placer (*Lust*).

Esto mismo hace Freud en el párrafo siguiente: *evita el displacer que la filiación filosófica le reporta*. Evita, hace un rodeo, la deja tras de sí. Derrida entonces, se pregunta: ¿cuál habrá sido ese *displacer* genealógico?<sup>122</sup>

En este momento asistimos a lo que es la cara pública del psicoanálisis: *una teoría que admite, sin reflexionar, sus postulados*. Teoría indivisible, que dice: *nosotros, los psicoanalistas suponemos sin vacilar*. Pretensión autoritaria -¿pero *autorizada*?- de un padre que pretende domesticar a su hijo bastardo, a su hijo ingobernable, el psicoanálisis.

¿Le acabará haciendo caso? - *dejemos así la pregunta*.

*Lust-Unlust*. El principio que determina la evitación, la producción de vida. Un principio de regulación. Mucho peso cae sobre este concepto... sobre todo cuando no se

<sup>120</sup> FREUD, S.: “Más allá del principio del placer” en *Psicología de las masas*, ed. cit., pp. 85-86

<sup>121</sup> *Op. cit.*, p. 85

<sup>122</sup> DERRIDA, J.: *La tarjeta postal. De Sócrates a Freud y más allá*, ed. cit., p. 208

tiene claro -como Freud confiesa- lo que es el *Lust*. Si esto es así, ¿qué dice, entonces, del *placer*? El *Lustprinzip* suspende, enmudece, como nosotros antes, toda pregunta: *la deja para más tarde*. El *Lustprinzip* es un concepto económico de la metapsicología - *pero ya estamos acostumbrados a que esta no nos responda como queremos que lo haga*. Freud aquí domestica a su hijo, lo azota con el dogma, con la *Unbedenklichkeit*. Seguridad y confort de lo familiar, de retorno a lo conocido, que trasmite la sensación de placer, el principio del placer, cuando nos amenaza el mundo con transmitirnos su dolor.

Esto no impide que, sin embargo, Freud traiga de una forma u otra, en el texto, lo siguiente: sus especulaciones, *su* especulación. *Especular* - Juego de espejos: *la filosofía que no dejará de preguntarse por qué Freud no deja de tratar de evitarla*. Su *especulación*, a pesar de todo, no será hegeliana<sup>123</sup>.

*¿Qué hará entonces con ese inconcebible concepto de especulación?*

\*\*\*

Freud en ningún momento dice lo que supone o supondrá *su* especulación.

No dedica a este, como así a otros asuntos, ningún trabajo: *es como si lo diera por sentado*. Su finalidad, su *acto performativo*, no es claro. La evita con abstinencia -*la especulación*- pero cede ante la prohibición que lo tienta. Sin duda, hay poco respeto por la filosofía.

Seguimos a Derrida por el Capítulo I: *algo importante se juega en la partida*.

Freud regresará sin cesar a la *inmovilidad del primer punto de partida*, a su *speech act*. Pero al mismo tiempo no dejará de afirmar la necesidad de dar un paso más, de ir más allá: *no hay que ceder nunca a las amenazas del peligro exterior*. ¿Pero, qué *peligro* es ese? ¿Qué es lo que sugiere la necesidad de *nuevas rutas*, de *nuevas reformas*? ¿Quién nos las señala con el dedo?

---

<sup>123</sup> *Op. cit.*, p. 210

Produce dolor, para Freud, que no se sepa el misterio del *Lust-Unlust. Enigma indiscifrable*, pero imposible de evitar (*vermeiden*) por mucho que lo dejemos lejos: *pero esta vez no*. Derrida nos dará la clave de lectura de la obra completa:

Aquí, al parecer, hay que prestar mayor atención a la retórica de Freud. Y al mismo tiempo al escenario, a los gestos, a los movimientos, a la estrategia tamizante, a la selectividad atareada. Su andadura que no está ya regulada por un modelo tranquilizador de ciencia o filosofía<sup>124</sup>.

Fuera de toda filiación científica, filosófica -y también *psicoanalítica*<sup>125</sup>- ¿cómo supera Freud esta soledad tan dolorosa? Frente a esto tomará una decisión: privilegiará el punto de *vista económico* para revelar así una primera aproximación. *Lust-Unlust: ya no serán nunca más esencias, sustancias, cosas*. Sino excitaciones, *quantum de excitación*. Es, desde luego, *un territorio de escritura para presentimientos*. Freud llevará este hilo hasta su ruptura. Allí, la teoría de Helmholtz será su apoyo.

Pero este préstamo teórico no deja de introducir complicaciones en la retórica de Freud: el *Unlust* corresponde, pues, a un aumento de excitación; el *Lust* a una disminución – *excitación que, recordemos, es la energía libre, no ligada*. Esta hipótesis laxa, gratuita, promete contra todo pronóstico encerrarnos en una especulación interminable. Hay que dar un paso más: Freud decidirá pensar esta *reserva de energía* como energía sometida al juego diferencial que recorre los tiempos inciertos de su movimiento.

Es aquí donde G. Th. Fechner entra en escena.

Deuda, herencia asumida y reconocida por Freud: *de él no se avergüenza*. Resulta que este científico en 1873 ya estableció la *ley psicofísica* que confirma lo especulado por Freud: *todo movimiento que se acompaña de placer tiende a estabilizar el*

---

<sup>124</sup> *Op. cit.*, p. 211

<sup>125</sup> En efecto, si los psicoanalistas se autorizan a suponer, sin cuestionar, la autoridad del *Lustprinzip*, Freud, en este texto, de algún modo, está saliendo del *territorio psicoanalítico* propiamente dicho. Sólo al padre se le permite ser transgresor - ¿Otro hubiera podido hacerlo, antes que él? *En cualquier caso*: Freud va a recorrer *umbrales, lindes, límites indecibles* que cuestionarán su *filiación* en cada línea, en cada palabra. Freud *firma* como *psicoanalista*, pero en el texto se podrá comprobar que es mucho más que eso.

*organismo; todo movimiento que se acompaña de displacer tiende a inestabilizarlo*<sup>126</sup>. El aparato psíquico que Freud está construyendo resulta ser, entonces, un caso particular del *principio de constancia* de Th. Fechner.

*Lustprinzip* es otro nombre del *principio de constancia*: el aparato busca mantener la reserva de excitación en el nivel más bajo posible, menos amenazante posible, para la estabilidad total del organismo. ¿Puede Freud estar tranquilo con esto? Su especulación parece ir en el buen terreno, en el terreno más digno de su nombre, el terreno científico: confirmada así la autoridad soberana de Th. Fechner, Freud puede dormir tranquilo. ¿Puede?

No deja de haber aquí un sutil fingimiento - *un diabólico fingimiento*.

Finge creer porque, a renglón seguido, será cuestionado este *soberano psíquico*, con una incisiva pregunta: *¿de dónde viene, pues, el displacer constante que sufrimos en la vida cotidiana?* Así lo escribirá Freud:

Mas fuérganos el decir ahora que es inexacto hablar de un dominio del principio del placer sobre el curso de los procesos psíquicos. Si tal dominio existiese, la mayor parte de nuestros procesos psíquicos tendrían que presentarse acompañados de placer o conducir a él, lo cual queda enérgicamente contradicho por la experiencia general. Existe, efectivamente, en el alma fuerte tendencia al principio del placer, pero a esta tendencia se oponen, en cambio, otras fuerzas o estados determinados, y de tal manera que el resultado final no puede corresponder siempre con ella<sup>127</sup>.

El *Lustprinzip* es una tendencia: a eso se dirige el organismo -¿*naturalmente?*-, a la *auto-regulación*.

Hay, pese a todo, un obstáculo, una inhibición que coarta esta *tendencia*: el *mundo exterior*. Aquí Freud, en un primer tiempo, explicará esas *fuerzas de oposición* de la forma siguiente: ante la amenaza exterior, el *yo* se retira, pero no del todo, deja allí un delegado, un esclavo y sirviente del *Lustprinzip*, un criado que se apodera del terreno en su ausencia e imponga sobre esos nuevos dominios la economía y la ley de su amo: *este*

---

<sup>126</sup> *Op. cit.*, p. 212

<sup>127</sup> FREUD, S.: "Más allá del principio del placer" en *Psicología de las masas*, ed. cit., pp. 87-88

*es el principio de realidad.* “Discípulo disciplinado, que, como siempre, se encontraría en situación de informar, de enseñar, de educar a un maestro a veces difícilmente educable”<sup>128</sup>. Este maestro es el *deseo sexual*, el *Lust*.

Por el momento, esto mismo que Freud escribe es lo que vemos desplegarse en su escenario de escritura: *ante el dolor huye y se repliega de la filosofía, para ofrecerse como discípulo de varios amos y así seguir huyendo.* Pero la cosa no deja, en ningún momento, de quedar intacta, sin tocar. Este *principio de realidad*, como vemos, no inhibe lo sexual, pues no renuncia al *placer*: impone un rodeo para diferirlo, para aplazarlo, dejándolo para más tarde. Largo rodeo, sin duda, donde este *extraño suplemento* puede acabar por suplantar al amo. En fin, este *principio de realidad* no es un amable socio colaborador de la causa, tan disciplinado y fiel al maestro del *Lustprinzip*. Es un *falso vínculo* el que ambos principios tejen. No hay nada hegeliano en esta especulación freudiana: *el Lustprinzip se escribe a sí mismo, pero la carta sortea peligros, va cada vez más lejos, da rodeos... y nunca más retorna.* Largo rodeo, vuelta, retorno nunca asegurado por el cartero que se ha llevado la carta lejos, muy lejos.

No hay oposición entre uno y otro: *sólo pura diferencia, diferimiento, espaciamento.*

Por eso, la carta que Freud se manda a sí mismo a través de Helmholtz y Fechner no llegará tampoco a su destino.

\*\*\*

Derrida señala que Freud podía haber parado aquí.

Es decir, aguardando sin esperanza una carta que jamás llega, como el coronel de García Márquez, al que nadie tiene quien le escriba.

Pero Freud no lo hace: *quiere re-enviar la carta, la postal.* Una nueva vuelta, un paso más para alcanzar lo *tout autre* del *Lustprinzip*.

---

<sup>128</sup> DERRIDA, J.: *La tarjeta postal. De Sócrates a Freud y más allá*, ed. cit., p. 213



*¿Cómo intentará, entonces, derrocar a este soberano que nos-otros, los psicoanalistas, hemos puesto ahí?*

Sigamos los envíos, los caminos.

“No hay *Weg* sin *Umweg*: el rodeo no sobrevive en el camino, lo constituye, incluso lo abre”<sup>129</sup>.

Eso hace Freud, abrir camino. Rodeo que amenaza con no llegar a nada - *tal es el sacrificio que pagamos a la filosofía*. Esta es la atesis especulativa que sortea el escenario del ensayo freudiano. ¿Se habrá olvidado Freud que el *placer absoluto* y la *realidad absoluta* son dos ficciones neuróticas?

Entre ellas: *Lust-Realität*, hay rodeo. Raíz común que los difiere, que los somete a impuras transacciones, inestables, percederas, a sustitutos de placer empobrecidos y constantemente amenazados, nunca asegurados. Si realmente no se oponen, podemos escribir ya, sin temor: *la-vida-la-muerte*.

Derrida apunta que esto Freud no lo escribe, pero que se da, se entrega en el texto, se ofrece en la lectura<sup>130</sup>. La *pulsión de muerte* será su otro, lo otro del *Lustprinzip*: su alteración, pero sin oposición, sin oponer resistencia, como Bartleby, el que escribe - *aquí Sócrates no será bien recibido*.

Este gesto hará a la muerte más inmanente al deseo que el placer mismo, haciendo de la máquina una entidad diabólica, amenazadora y escandalosa para toda especulación dialéctica. De esto no puede haber tesis alguna: *es lo que Freud no llegará a escribir en su ensayo*. La tesis no sería sino una *sentencia de muerte*<sup>131</sup> que por principio, no puede nunca presentarse.

La *sentencia de muerte* es lo que amenaza el *narcisismo*.

---

<sup>129</sup> *Op. cit.*, p. 215

<sup>130</sup> *Ibidem*.

<sup>131</sup> *Op. cit.*, p. 216

Freud describe al yo como una *célula narcisista*<sup>132</sup>. Los pseudópodos, es decir, sus máscaras, son sus metáforas, sus *pseudo-conceptos*. Avanza, va con ellos al exterior de sí, hacia el *otro* - *siempre hacia el otro*: pues si bien desearía el *placer absoluto*, sin nadie, *autoerótico*, no tiene acceso al placer sin el otro. *Es imposible el placer sin el otro*. Si esto lo hace sin negociación, sin cálculo, sin la mediación de un tercero -la *realidad*- encontrará la muerte, el fin de toda la *economía de placer*. Sin embargo, si el *principio de realidad* funcionara solo, se suspendería del todo, de nuevo, el acceso al placer, se negaría todo deseo: *la realidad es el territorio donde el placer y el deseo no tienen lugar*. Es esta la *sentencia de muerte* que *firma*, con nombre propio, el *superyó*: amenaza de muerte a la *célula narcisista* -tan necesitada de castigo- con tanto celo, con tanto *ahorro económico* que un placer así queda ahogado en la economía de su propia reserva.

El *Umweg* es, pues, un compromiso transaccional: *différance* pura.

El *placer* no se presenta nunca sino empobrecido - *o como a Freud le gusta decir, parcial, nunca absoluto*. Si lo sexual no se deja domesticar, conducir a voluntad hacia el placer, quiere decir que lo sexual no está necesariamente ligado al placer. Lo sexual se resiste también a la ligadura, a la reunión, opone resistencia, *se resta de la transacción*.

Derrida, en este punto, -muy acertadamente- evoca la *represión*. Nos recuerda cómo esta se torna enigmática ante la estructura que acabamos de evocar<sup>133</sup> - *estructura en la que la escritura de Freud está encerrada sin poder escapar*. Se pregunta Derrida: ¿no sería esta una forma-*otra* de nombrar la *represión*? ¿No es la *represión* la acción que se opone a la amenaza de la sentencia de muerte? ¿O es acaso la que la hace posible? No queda del todo claro qué papel juega la *represión* en este *narcisismo condenado a muerte*.

*Represión*, para Freud, es aquella fuerza que permite que un placer, -o mejor- *un deseo que aspira al placer*, sea vivido con displacer, sea vivido de *forma traumática*. Es el inicio, por tanto, el punto de partida, de una *exclusión*, de *la exclusión de dicho deseo del campo narcisista*. Supone la legislación económica de una jerarquización de

<sup>132</sup> Estamos siguiendo la línea teórica de *Introducción al Narcisismo*, en FREUD, S.: *Introducción al narcisismo y otros ensayos*, ed. cit.

<sup>133</sup> DERRIDA, J.: *La tarjeta postal. De Sócrates a Freud y más allá*, ed. cit., p. 217

privilegios, fundando pares de oposición entre deseos, creando oposiciones, conflictos en la significación. El relevo del *principio de realidad* solo alcanza a explicar una pequeña parte de estas experiencias de *displacer*. Hay otras fuentes, otras determinaciones. La *represión* - y aquí estamos siguiendo las líneas de *Introducción al Narcisismo*- es la tendencia que pretende ser garante de la ficción del *placer absoluto* - *his majesty the baby*- que sería alcanzado en el *anhelo de inmortalidad, de lo trascendental*: hasta la síntesis yoica perfecta. *Pero la represión se funda en una ficción, en una paralogía neurótica.*

La *represión* es una *moción de jerarquización* de los impulsos, de los deseos que quieren tomar partido en los dominios del *yo*. Fuerza, a su vez, *individual y en devenir*, que establece prioridades: *permite realizar unos deseos, intimida otros*. Ahora bien: no participar en la *síntesis del yo* no supone quedar por fuera del juego del placer: *estos deseos repudiados*, si bien apartados de lo que pueden, *pueden buscar la satisfacción mediante otros rodeos más largos*, por otras vías: satisfacción que, por la *lógica del juego represor*, será sentida como traumática por el *yo*.

La *represión* tampoco puede ser reducida a un *logos* clásico: la satisfacción del deseo seguirá en juego, pero no ligada al placer, *sino sentida como displacer: Lust die nicht als solche empfunden werden kann*. Se trata de un *placer* no logrado, no efectivo<sup>134</sup>. La *sexualidad* ya no será nunca más esclava del *placer*: el deseo se nos revela, así, como un *acto performativo* que obtiene su *fuerza* de la ruptura con el contexto de una *economía del placer* gobernada por el *Lustprinzip*. El deseo es *iterable*: el deseo *reinscribe* sus huellas *abriéndose-camino*, en territorios nuevos, más allá del *principio del placer*. El *deseo sexual*, digno de ese nombre, es el *punto de fuga que escapa de la economía del placer* - o de otro modo: *el deseo sólo aspira a su realización*.

Será con el *masoquismo primario* como Freud continuará este hilo que diluye y cuestiona esta certeza tan asentada de la ligazón *deseo/placer*<sup>135</sup>.

<sup>134</sup> *Op. cit.*, p. 219

<sup>135</sup> Para más información, consultar “El problema económico del masoquismo” en FREUD, S.: *Ensayos sobre la vida sexual y la teoría de las neurosis*. Alianza Editorial, Madrid, 2011, pp. 195-207: “El hecho de que el dolor y el displacer puedan dejar de ser una mera señal de alarma y constituir un fin supone una paralización del principio del placer: el guardián de nuestra vida anímica habría sido narcotizado”. (*Op. cit.*, p. 195) Este texto, en cierto modo, permite pensar el

\*\*\*

Pero a su pesar -el de Freud- el *Lustprinzip* aún no está desautorizado.

La escritura de Freud sigue esclava en esta *economía narcisista* que hemos desarrollado: sigue dirigiéndose a su otro con diversos pseudópodos, con diferentes rodeos, pero la carta sigue sin llegar a su destino y *en realidad, no llegará jamás*.

Pero será en el Capítulo IV donde su caída sea anunciada por Freud.

Donde Freud dejará entrar definitivamente en escena lo *tout autre* del *Lustprinzip*. Hasta ahora sólo hemos desarrollado, *especulando* con Freud, todo este juego de *escritura narcisista* que “parece” gobernar al *inconsciente*. Una *economía escritural* que, sin embargo, es precaria para el *yo* pues no le salen las cuentas y necesita recalcular constantemente dando rodeos para liquidar toda la reserva, la deuda de satisfacción que precisa para una cierta estabilidad existencial. *Represión, gasto de energía*. Falta aún el *giro diabólico* de la *economía de la muerte*, pero aún no hemos llegado a ese punto crucial.

Hasta ahora, si bien Freud ha ido cuestionando la eficacia del *Lustprinzip*, no logra aún cuestionar su reinado. Es un amo idiota, falto de talento, pero es el amo: *dura lex, sed lex*.

Cuando la pulsión de muerte (*Todestrieb*) entre en escena, no lo hará, como Freud ahora, para oponerse a él, al sumo *guardián psíquico*. Lo cuestionará sin su permiso, sin que se dé el amo por enterado, sin decir nada, silenciosamente y entre las sombras: *I would prefer not to* - dice siempre la *Todestrieb*.

En efecto, al final del Capítulo I, el *Lustprinzip* es cuestionado pero, al mismo tiempo, reafirmado, defendido sin pretenderlo, ampliado teóricamente su lugar de dominio.

---

sostén masoquista de la *economía de la muerte*, de modo análogo a como el *narcisismo* lo es, a su vez, de la *economía del placer*. Se trataría el organismo de un umbral de escritura: *la-vida-la-muerte*. Sería un grave error, por tanto, pensar que el *narcisismo* es lo opuesto al *masoquismo*.

Esto se repetirá en el Capítulo II sin ganarle *aún pulgada alguna de territorio*.

Es este el capítulo más célebre para la tradición psicoanalítica: *su nieto que juega, que juega al Fort-da con un carrete*.

El excelente chiquillo mostraba tan sólo la perturbadora costumbre de arrojar lejos de sí, a un rincón del cuarto, bajo una cama o en sitios análogos, todos aquellos pequeños objetos de que podía apoderarse, de manera que el hallazgo de sus juguetes no resultaba a veces nada fácil. Mientras ejecutaba el manejo descrito solía producir, con expresión interesada y satisfecha, un agudo y largo sonido, “o-o-o-o”, que, a juicio de la madre y mío, no correspondía a una interjección, sino que significaba *fuera (fort)*. Observé, por último, que todo aquello era un juego inventado por el niño y que este no utilizaba sus juguetes más que para jugar con ellos a *estar fuera*. Más tarde presencié algo que confirmó mi suposición. El niño tenía un carrete de madera atado a una cuerdecita, y no se le ocurrió jamás llevarlo arrastrado por el suelo, esto es, *jugar al coche*, sino que, teniéndolo sujeto por el extremo de la cuerda, lo arrojaba con gran habilidad por encima de la barandilla de su cuna, forrada de tela, haciéndolo desaparecer detrás de la misma. Lanzaba entonces su significativo o-o-o-o, y tiraba luego de la cuerda hasta sacar el carrete de la cuna, saludando su reaparición con un alegre “aquí”.<sup>136</sup>

Es la puesta en escena de la *Wiederholungszwang*, un ligero murmullo de la *Todestrieb*, que ya está trabajando en el texto. Sin embargo, Freud aún lo explica -el juego del niño- como un triunfo del *Lustprinzip*: el niño acaba dominando el *displacer* haciéndose activo en la *fantasía de abandono* que gestiona la *economía narcisista* de su juego. Pues, en efecto, la partida para ganar el placer, en este niño, se debe jugar mediante una *economía del abandono*, donde, para evitar el *dolor de la pérdida (Unlust)*, debe ser él el que abandona al *otro (Lust)*. Las *fantasías inconscientes* no son sino los *escenarios escriturales* donde la *economía del placer* aspira a su realización. Pero se entra en una *aporía* peligrosa con las fantasías: en efecto el niño domina -*creo dominar el placer*-, sin embargo, es el *Lustprinzip* el que domina el juego, el que marca su territorio, a partir de la *repetición que sanciona su ley más férrea*.

---

<sup>136</sup> FREUD, S.: “Más allá del principio del placer” en *Psicología de las masas*, ed. cit., pp. 93-94

¿Y no hay algo, a su vez, que también se *repite* en este capítulo, en la *retórica* de Freud? ¿No será, acaso, el *oído* de Freud? ¿Ese *oído* que escucha *Fort-da* donde el niño balbucea?

En efecto, el nieto de Freud, sin saberlo, rechaza, aparta, aleja, difiere, aquello que en realidad amenaza, no a él, sino al *Lustprinzip*. Pero el juego no basta: *el otro siempre regresa como espectro amenazando con el abandono, con dejarnos solos*.

Freud hace lo mismo que su nieto<sup>137</sup>, *pero con sus propias fantasías, con sus pseudópodos, con sus conjuras*, tiene otros *espectros* a los que rechazar, ante los que fingir no haber visto pasar: Freud, al principio del capítulo II, trae (*Da: aquí*) la *neurosis traumática* para dominarla tardíamente mediante su teoría: *quiere conquistar el cuerpo espectral de su memoria, un placer perdido* - pero renuncia, abandona, se resigna, dice querer abandonar una tarea tan oscura: *Ich mache nun den Vorschlag, das dunkle und düstere Thema der traumatischen Neurose zu verlassen...* - Y aquí viene el *fort*. Esto mismo acabará contaminando el caso de su nieto, justo después de este apunte: la singularidad de su caso no nos proporcionará una decisión segura para oponernos e ir más allá, del *Lustprinzip*<sup>138</sup>.

*Además...* Freud repetirá diabólicamente el fracaso de sus especulaciones, al final del capítulo, sobre los juegos infantiles y el arte...

... esa es la conclusión del capítulo: *se repite el fracaso del Lustprinzip, pero su gobierno no cede terreno*.

Mas para nuestras intenciones no nos son nada útiles [Los juegos infantiles y una estética económicamente orientada], pues presuponen la existencia y el régimen del principio del placer y no testimonian nada a favor de la actuación de tendencias más allá

---

<sup>137</sup> En cierto modo, en el escrito, *su nieto es el oído de Freud*. Lo que Freud oye, escucha, en la *formula ilegible* de su balbuceo, de su *juego argumental*. *Fort-da*.

<sup>138</sup> Para consultar el *fragmento de la neurosis traumática*, ver el final del mismo donde dice: "Abandonemos por ahora el oscuro y sombrío tema de la neurosis traumática para dedicarnos a estudiar el funcionamiento del aparato anímico en una de sus tempranas actividades. Me refiero a los juegos infantiles" (*Op. cit.*, p. 90-92); Para consultar la cesación de esta nueva referencia: "El análisis de un solo caso de este género no autoriza para establecer conclusión alguna" (*Op. cit.*, p. 94). Vemos así la *Wiederholungszwang* de Freud: *la construcción de su neurosis de destino*.

del mismo, esto es, de tendencias más primitivas que él e independientes de él en absoluto<sup>139</sup>.

Derrida tiene razón: *no se ha avanzado ni un paso*. No se ha ganado la partida. Sigue dominando la *escritura narcisista*: repetir, una y otra vez, y otra vez más, en el mismo lugar, *el anhelo hacia el placer absoluto, hacia la supervivencia*. Sin embargo, uno no debe dar por perdida la guerra - Freud no lo hace, pero la *Todestrieb* es muda. Ya está trabajando en silencio, sin que Freud lo sepa, sin que Freud quiera escribirlo - *pues todo parece apuntar a que Freud, pese a su deseo, quiere que el amo siga realmente en su sitio*. En la *repetición* de este fracaso, algo se va poniendo en marcha cada vez, sin decir nada, pues *la pulsión de muerte nunca dice nada*. Trabaja sin hacerse notar, llegando a amenazar la consistencia del autor. Por eso *-repetimos-* el ensayo no tiene tesis: como toda escritura, muestra sin decir nada, *de-muestra*, sin tesis central: da a ver, a leer la operación de su juego fantasmático, mas deja siempre un *resto indecible* que se resiste siempre a ser nombrado, que es *ilegible* y *mudo*, como la *pulsión de muerte*.

\*\*\*

Se nos disculpará el *rodeo* que daremos a continuación, pero *no dejamos en ningún momento de hablar de escritura, de escenarios de escritura*.

*¿Qué es el traumatismo?* Hay que distinguir dos afectos para desentrañarlo: el miedo (*Furcht*) y la angustia (*Angst*). El primero lo produce una presencia: algo que se cree conocer o que uno figura reconocible de algún modo. El segundo lo produce algo desconocido, indeterminado - esto es, que se resiste a presentarse, a dar la cara. La *angustia*, dirá Freud, es lo que nos protege contra el traumatismo, pues la angustia produce y desencadena *el proceso de la represión*. Ninguno de los dos produce el traumatismo, pero si su acción fracasa, el trauma se escribe en el cuerpo, bajo *la estela de una marca ilegible*. *Marca* que se escribe, con un punzón sobre la carne, mediante el pavor (*Schreck*), afecto mismo del trauma, que se desencadena ante lo que no estamos

---

<sup>139</sup> *Op. cit.*, p. 96

preparados: *marca* que se *fija* y atormenta la carne. De este afecto nada nos ha protegido: ni el *miedo* -abriendo medidas *contra-fóbicas de defensa* para posibilitar la huida-, ni la *angustia* -abriendo un proceso defensivo más amplio, destinado a la *exclusión de lo displacentero*-<sup>140</sup>.

¿Cómo podemos seguir leyendo, a la luz de esto, el *argumento del carrete*?  
¿*Argumento*?

Y es el argumento del carrete. Digo el argumento, el argumento legendario, porque no sé todavía qué nombre darle. No es ni un relato, ni una historia, ni un mito, ni una ficción. Ni el sistema de una demostración teórica. Es lo fragmentario, sin conclusión, selectivo en lo que da a leer, más bien argumento en el sentido de esquema en línea de puntos, o con puntos suspendidos en todas partes.<sup>141</sup>

Fragmento autobiográfico, con puntos suspensivos - en todas partes.

Autobiográfico o, al menos, simula serlo. Freud en él es un testigo. Sucede en familia - todo siempre queda en familia. Él es su abuelo, el abuelo del niño que le presentará un interesante juego. Pero la situación no es la de un observador: *vivir bajo el mismo techo no es condición científica*. No es, pues, una observación. Testigo interesado, ¿cómo participó Freud de este testimonio que nos relata? Abuelo especulador, selecciona, no abraza la totalidad de los hechos: no le va a interesar aquí la *x* del *oikos*, la ley de la familia, la *economía de la muerte*, sumergida, que domina la escena.

Abuelo que, en la clandestinidad, todavía no se atreve con lo *Unheimlich*.

Freud repite la operación de su nieto -nieto por parte de su hija, Sofía, que morirá antes de terminar el *Más allá...* -, nieto que no lleva, además, su apellido. Alejarse por un tiempo, alejar a la madre -y otra serie de figuras familiares- para volver a traerlas incesantemente. Alejar el *Lustprinzip*, volver a traerlo de vuelta. Alejar a la familia, volverla a traer: gestionando una *economía de la muerte*, que podría finalmente destruirla, si no se lleva bien las cuentas. Este argumento no concluye -Freud no lo hace- con la *Todestriebe*. Se rige, más bien, por la *lógica suplementaria del parergon*: fragmento autobiográfico de Freud, injertado en el texto, casi gratuitamente - pero no

<sup>140</sup>DERRIDA, J.: *La tarjeta postal. De Sócrates a Freud y más allá*, ed. cit., p. 224

<sup>141</sup>*Op. cit.*, p. 225



tanto. No se trata de la anécdota, sino del estilo de su escritura, de la retórica que puebla, domina y repite en toda la obra: desaparición, retorno - duelo por su hija Sofía, tras su desaparición, tras su muerte: *¿es posible reconocer en la muerte del otro la propia muerte?* La *escritura*, en cierto modo, siempre es un *duelo por el otro*.

Escribimos por *aflicción*, por *melancolía*.

*Más allá...* es un *escrito testamentario*: un acto de duelo por la pérdida.

Y es este espectro, el *resto* que trabaja la escritura de este capítulo, en silencio. Freud todavía no la ve: la *pulsión de muerte*, que ya está ahí, en el *Lustprinzip*, y que juega como su nieto al *Fort-da*<sup>142</sup>.

\*\*\*

*Lustprinzip*, por tanto, es una *tendencia de dominio* (*Bemächtigungstrieb*).

De su control se independizan, contra él: el *deseo sexual* -no ligado al placer- y la *cicatriz del traumatismo*.

Es así como se anuncia el *Jenseit des Lustprinzip*.

¿Pero por qué la *Todestrieb* será tan ajena al *Lustprinzip*? ¿Qué diferencia una *pulsión* de un *principio*?

*Fort-da*: muerte del otro, trabajo de duelo, luto por la pérdida.

*Testamento de nuestra propia desaparición* - como el juego del nieto de Freud, *ante el espejo*<sup>143</sup>.

---

<sup>142</sup> Nótese como Freud se extravía, en este punto, en una *cita al pie*: FREUD, S.: “Más allá del principio del placer” en *Psicología de las masas*, ed. cit., p. 209: “Teniendo el niño cinco años y nueve meses, murió su madre. Entonces, cuando ya se hallaba realmente ‘fuera’, no mostró el niño dolor alguno. Ciertamente es que entre tanto le había nacido un hermano que había despertado fuertemente sus celos”. Freud no oye la *pulsión de muerte*.

<sup>143</sup> En otra *cita al pie*: “Más enseguida se averiguó que durante el largo tiempo que el niño había permanecido solo había hallado un medio de hacerse desaparecer así mismo. Había descubierto

En el capítulo III entrará la *compulsión de repetición* a escena: la asunción de la *Wiederholungszwang* se fundará en lo más originario, elemental y pulsivo. Más originario aún que el *Lustprinzip*. Es un capítulo dramático, que enseña cortes, cicatrices, traumatismos: 1º, *el fracaso interpretativo del psicoanálisis*. Este no puede hacerse sin conocer la *resistencia*, la *transferencia como resistencia*; 2º, *la herida narcisista*: el tajo o, como dice Derrida, *Narbe* - marca, cicatriz. *El luto por la pérdida*: Edipo juega al carrete, figura el *Fort-da*, matriz nebulosa, abismal: espectros encadenados, novelas escritas en torno a la bastardía de su nombre - escribir con Edipo, sobre Edipo: *alejarse lo familiar, traer lo familiar*. Aparecer, des-aparecer de la filiación. Celos, infidelidad, traición: *la historia de los secretos de familia*; 3º, *el cortejo de demonios*. El “retorno eterno de lo mismo”. El demonio es lo que retorna sin ser llamado por el *Lustprinzip*. El retorno desde ninguna parte, de no se sabe qué familia, de no se sabe qué herencia que nos pertenece desde siempre como la fuerza de un *Destino*. Acosa al yo, lo atormenta, no le obedece; 4º, *la ficción literaria* de la epopeya *La Jerusalén libertada*: el demonio nos señala con el dedo *Das Unheimliche*. El demonio espectral del *Fort-da* asedia la literatura, al poeta, al psicoanalista que asesina de nuevo, como Tancredo, a la mujer amada que en otro tiempo asesinó. *Restancia* fantasmal de la voz, repetición de repeticiones, arrebatada, disloca, corrompe la estética del *Lust*.

Se abre el capítulo IV: *paso por fin liberado*<sup>144</sup>.

*Was nun folgt, ist Speculation...*

Lo que sigue es la especulación. *Especulación* que quiere ir lejos y que cada cual sea el responsable de juzgar como estime oportuno y abandonarla si lo desea. Freud nos deja toda la responsabilidad.

El capítulo nos abre a una *topología particular*.

Representémonos, pues, el organismo viviente en su manifestación más simple posible, como una vesícula indiferenciada de sustancia excitable. Entonces su superficie, vuelta hacia el mundo exterior, quedará diferenciada por su situación misma y servirá de

---

su imagen en un espejo que llegaba casi hasta el suelo y luego se había agachado de manera de hacer que la imagen desapareciese a sus ojos; esto es, quedarse ‘fuera’.” (*Ibidem*) El niño, como Freud, también “*especula*” sobre la muerte.

<sup>144</sup> DERRIDA, J.: *La tarjeta postal. De Sócrates a Freud y más allá*, ed. cit., p. 256

órgano receptor de las excitaciones. [...] Sería entonces fácilmente imaginable que por el incesante ataque de las excitaciones exteriores sobre la superficie de la vesícula quedase modificada su sustancia duraderamente hasta cierta profundidad, de manera que su proceso de excitación se verificaría en ella de distinto modo que en las capas más profundas. Formaríase así una corteza tan calcificada finamente por el efecto de las excitaciones, que presentaría las condiciones más favorables para la recepción de las mismas y no sería ya susceptible de nuevas modificaciones. [...] Puede aceptarse que la excitación tiene que vencer una resistencia en su paso de un elemento a otro, y este vencimiento de la resistencia dejaría precisamente la huella temporal de la excitación<sup>145</sup>.

Le siguen mapas de fronteras, campos de batalla, frentes de guerra.

Línea de demarcación, límite que es el *Lustprinzip*: vado, frontera, corteza calcificada. Se trata del sistema de *percepción-conciencia*, de un puesto fronterizo entre el afuera y el adentro.

¿Qué caracteriza a este sistema? ¿Su relación con los rastros duraderos y los restos mnémicos? Los restos más tenaces son aquellos que nunca han llegado a la conciencia. Aquí, en la frontera, no hay rastros duraderos. Siempre mantiene fresca su capacidad receptiva - en esto nos hemos orientado ya, con Derrida, en torno al *Wunderblock*.

La conciencia nace de la detención del rastro, en el lugar (*an Stelle*), en lugar del rastro.

Lo que lo excita no lo inscribe duraderamente. El *rastro duradero* es el allanamiento, *Bahnung*, de un camino: *una resistencia vencida*. No hay ningún rastro donde la resistencia no se opone. En este sistema está la *energía ligada*. Pero entonces el discurso freudiano se hace más oscuro:

Este trocito de sustancia viva flota en medio de un mundo exterior cargado de las más fuertes energías, y sería destruido por los efectos excitantes del mismo si no estuviese provisto de un *dispositivo protector contra las excitaciones (Reizschutz)*. Este dispositivo queda constituido por el hecho de que la superficie exterior de la vesícula pierde la estructura propia de lo viviente, se hace hasta cierto punto anorgánica y actúa entonces como una especie de envoltura o membrana que detiene las excitaciones, esto es, hace

---

<sup>145</sup> FREUD, S.: “Más allá del principio del placer” en *Psicología de las masas*, ed. cit., p. 105

que las energías del mundo exterior no puedan propagarse sino con sólo una mínima parte de su intensidad hasta las vecinas capas que han conservado su vitalidad. Sólo detrás de tal protección pueden dichas cargas consagrarse a la recepción de las cantidades de energía restantes. La capa exterior ha protegido con su propia muerte a todas las demás, más profundas, de un análogo destino<sup>146</sup>.

El organismo se protege contra el mundo exterior, amortiguando su excitación; pero el organismo, además, a su vez, se opone a *las excitaciones internas que procuran displacer*. Todo el organismo, de nuevo, dominado por el *Lustprinzip*.

El *traumatismo* sucede cuando una cierta barrera, paso fronterizo, se rompe. Es ahí donde el amo pierde el control de su combate, deja de dirigir las operaciones. El dique cede: el yo se inunda por el agua.

El placer pasa, pues, a un segundo plano: el objetivo ahora será ligar (*binden*) la excitación, dominarla tardíamente con un nuevo muro. Se paga el sacrificio con dureza: la contra-carga (*Gegenbesetzung*) sirve de nuevo dique, pero a costa de empobrecer el yo. Es toda una operación militar esta *Gegenbesetzung*, una distribución de la defensa: se desmantela una fuente protegida, mandando fuerzas, rápidamente, al lugar más amenazado<sup>147</sup>. Aquí además, Freud lo escribe muy claramente: *es la muerte la que preserva la vida, lo inorgánico lo que defiende a lo orgánico de su mismo destino*.

Freud anuncia su ley: un sistema psíquico será más apto, más capaz de ligar, de trenzar hilos, cuanta mayor es su reserva de energía en reposo. Pero él no sabe -lo confiesa- qué es realmente lo *ligado*, lo *desligado*, lo *catectizado*, lo *contracatectizado*<sup>148</sup> - recordemos la *x* de la economía.

Esta metáfora militar, *tópico-económica*, nos trae una nueva retórica, la retórica de la *neurosis de guerra*.

Sin embargo su teoría quiere ir más allá de la *teoría del shock*: pues una lesión, herida, cicatriz, escrita en los territorios del psiquismo, no deviene traumática sin estar *investida sexualmente*. Así lo escribe al final del capítulo IV Freud:

---

<sup>146</sup> *Op. cit.*, p. 106

<sup>147</sup> DERRIDA, J.: *La tarjeta postal. De Sócrates a Freud y más allá*, ed. cit., p. 259

<sup>148</sup> FREUD, S.: "Más allá del principio del placer" en *Psicología de las masas*, ed. cit., p. 110

El hecho, mencionado en páginas anteriores, de que una grave herida simultánea, producida por el trauma, disminuye las probabilidades de la génesis de una neurosis, no es ya incomprensible, teniendo en cuenta dos de las circunstancias que la investigación psicoanalítica hace resaltar. La primera es que la conmoción mecánica tiene que ser reconocida como una de las fuentes de la excitación sexual [...]. La segunda es que el estado de dolor y fiebre de la enfermedad corresponde mientras ésta dura un poderoso influjo en la distribución de la libido. De este modo, la violencia mecánica del trauma libertaría el *quantum* de excitación sexual, el cual, a consecuencia de la diferencia de preparación a la angustia, actuaría traumáticamente; la herida simultánea ligaría por la intervención de una sobrecarga narcisista del órgano herido el exceso de excitación<sup>149</sup>.

Hay barrera protectora, que se fisura, se desmorona por la impresión de una herida. *Herida*, fuente de excitación sexual, *marca indecible*, que a la vez libera y liga la reserva de excitación, *ingestionable por la economía del placer*.

Cuando la frontera ha caído, el *Lustprinzip* pierde poder, soberanía - lo vemos en el *sueño traumático*: deja de funcionar la *economía de placer* que esclaviza al deseo y se *reinscribe sin cesar el traumatismo, la herida narcisista*.

\*\*\*

En el capítulo V se extiende el alcance de esta hipótesis a la *presión interior*: la invasión interna de las *Triebe*. Para Derrida este es el capítulo más rico y activo del texto<sup>150</sup>.

Tanto la *pulsión* como sus *complejos representacionales (ideas y afectos)* no están ligados.

Constituyen el proceso primario: *carga libre, no ligada, no tónica*.

Es decir, que el *Lustprinzip* no puede afirmar sobre ellas su dominio sino encadenando el *proceso primario*, de una forma especial. Es así como se genera, para

<sup>149</sup> *Op. cit.*, p. 113

<sup>150</sup> DERRIDA, J.: *La tarjeta postal. De Sócrates a Freud y más allá*, ed. cit., p. 260

Freud, el amo<sup>151</sup>. El aparato psíquico, gobernado por él, liga las excitaciones procurando no oponerse ni entrar en contradicción con su reinado.

Esta ligadura es imprecisa. La oscuridad por la que Freud nos lleva es que, ya antes del dominio del *Lustprinzip*, hay una tendencia a la ligazón y un empuje dominante que parece, más bien, anunciar su incierta venida, prometer su venida - *¿Y realmente acaba por venir?*

Cinturón, *frontera indecible*, no totalmente del *proceso primario*, ni tampoco esclava del *Lustprinzip*. *Indecibilidad* de este camino abierto, provoca la *repetición*, es *la repetición*.

¿Pero, qué es la *repetición*? Clásicamente es la sucesión, la reiteración de algo que precede, que sucede a una cosa primera, a un origen, reafirmando, nombrándolo, acogiendo de alguna forma. Lo repetido apunta a algo anterior, extraño, independiente y ajeno a eso que realiza la operación de la repetición. Tal es la división repetido-repitente, *significante-significado*<sup>152</sup>. La *repetición*, así concebida, es secundaria y derivada.

Esta *concepción clásica* de la *repetición* no la vemos en Freud:

La repetición colabora en el dominio del PP [Derrida se refiere así al *Lustprinzip*], como, más vieja que él, dejándose incluso repetir por él, se cierne sobre él, lo mira, lo amenaza, lo persigue buscando un placer desligado que se parece, como una burbuja a otra burbuja, a un desplacer escogido en su atrocidad misma<sup>153</sup>.

Doble banda de la repetición: *una repetición que repite otra repetición*.

Freud no lo escribe así, pero parece querer escribirlo: *la compulsión de repetición tiene carácter pulsional y, cuando se opone al Lustprinzip, se revela como un espectro*. Tan pronto la *repetición* tiende al dominio como ese dominio se ve *amenazado por su propio movimiento interno*. Lo vemos en el argumento del *Fort-da*: su *repetición* es un intento de dominio, de placer ligado que se apropia, en el juego, de lo mismo. Esto no se hace sin socavarse, a su vez, por el *doble gesto* de su juego, *indecible*, de su ida y

---

<sup>151</sup> *Op. cit.*, p. 261

<sup>152</sup> *Op. cit.*, p. 262

<sup>153</sup> *Ibidem*.

vuelta: lo anterior y lo nuevo: *repetición de otra repetición*. Se borra la variante, o se busca la desviación, se huye, o se lanza fuera. Los restos mnémicos reprimidos, los de las primeras experiencias de incisión y herida corporal, permanecen sin ligazón, *descarnados*, indomables para los *procesos secundarios*, para la *represión* policial del *Lustprinzip*. *El deseo es performativo*.

Esto explica la *ambivalencia* de las *reacciones de transferencia*: toda condición de posibilidad puede hacerse condición de imposibilidad. Eso es la *herencia de la infancia*, lo infantil: *una transferencia no ligada, deuda no pagada, transmitida más allá de la generación, de la filiación, de la familia*. Memoria escindida, desdoblada. Esto es la tradición, el pasado: *aquello de lo cual tenemos miedo de despertar por haberlo molestado*.

Lo *demoníaco*, lo *testamentario*, los *espectros*.

\*\*\*

*Correo testamentario*, perdido, extraviado, aparecido desde un pasado no ligado.

*Correo de muerte*, que anuncia la muerte, el *fin del archivo*.

*De la muerte* - Freud aún no ha dicho la palabra en el texto.

Este *juego diferencial* de la *repetición* no hace aún compadecer a la muerte. Freud ha podido tranquilizar al demonio con rodeos y desvíos por las condiciones indecibles del deseo y del placer.

Pero aún no nos queda claro: ¿qué es este *placer*? ¿De qué se trata realmente si no es una *experiencia con-natural* del *deseo*?

Freud explora el rastro incierto que deja el *placer* en su aparición: un *carácter* que la *pulsión* acepta, tolera, pero que no necesita para su *satisfacción*. Así se abre la definición más conocida de Freud sobre la pulsión: la *Trieb* es el empuje (*Drang*) del

organismo que tiende a reconstruir (*Wiederherstellung*) un estado pretérito<sup>154</sup>. Empuje a la vez, inducido, precipitado, por la pérdida, por la ausencia del objeto que dejó sobre el cuerpo su *marca*. Pulsión como anhelo primario de totalidad, de conquista de la totalidad. Elasticidad orgánica, pero a la vez inercia, viscosidad. La pulsión, así, se escribe como una *fuerza*, como las *fuerzas constitutivas* del *deseo* que invisten sexualmente la *marca* y la hacen funcionar de manera traumática *llevándola más allá de sus orígenes* - más allá del *principio del placer*. En conflicto con otras fuerzas, tanto internas -otros *deseos*- como externas. El organismo esta *memoria corporal escindida*.

La *amenaza* perturba la *estabilidad del yo* y le hace *regresar, repetirse*: restaurar un *estado anterior* donde la huella, la cicatriz, es imposible de ligar, de tejer, de componer en una pieza única donde, por estar *reprimida*, se disemina y prolifera, en diversas escrituras de deseo. De esta *marca* nace el odio que se amplía y se abre al mundo exterior. Se convoca así al *Umweg*, aquel que parecía esclavo del *Lustprinzip*. Pero para darle un sentido nuevo, pues es aquí donde Freud alcanza la culminación de su paso más allá: *el Umweg no difiere atendiendo al placer, sino que difiere con vistas a su regreso a la muerte*.<sup>155</sup>

Lo anteriormente desarrollado, hasta este momento, deviene como el sistema de *escritura narcisista*, esclava del *Lust*. Pero la *pulsión*, la verdadera pulsión más originaria, *no persigue sino la muerte*. El *Umweg* no deriva de un camino, o de un *pasoabierto* por el placer. *Weg* es, desde el primer paso, un *Umweg*. *Weg*: a lo lejos: *deseo*: *Fort!*, ¡Lejos!

\*\*\*

---

<sup>154</sup> FREUD, S.: “Más allá del principio del placer” en *Psicología de las masas*, ed. cit., p. 116: “Un instinto [Trieb] sería, pues, una tendencia propia de lo orgánico vivo a la reconstrucción de un estado anterior, que lo animado tuvo que abandonar bajo el influjo de fuerzas exteriores, perturbadoras; una especie de elasticidad orgánica o, si se quiere, la manifestación de la inercia en la vida psíquica”.

<sup>155</sup> DERRIDA, J.: *La tarjeta postal. De Sócrates a Freud y más allá*, ed. cit., p. 264



Se roza con esto una obviedad ridícula: *el fin de lo vivo, su meta, es retornar a lo inorgánico*. Pero no se trata de ninguna obviedad. Se trata de otra vuelta, de otro rodeo, por eso mismo que ya se sabe de sobra: *que el ser humano muere*.

*La vida es un rodeo incesante, difiriendo, retardando el momento final. Una carrera hacia la muerte*. La muerte no es el accidente de la vida -por eso esta tesis no es una obviedad ridícula- sino *su ley interna*. La vida deviene como su *excedente: aus inneren Gründen*.

*La vida está en tránsito de morir*.

Siguiendo a Nietzsche -sin nombrarlo- Freud dirá que la vida es una especie rara de la muerte<sup>156</sup>.

Pero aún Freud no ha dicho su última palabra: ¿de dónde proviene, entonces, la *pulsión conservadora*? ¿Aquella que procura las *repeticiones*? ¿Por qué *un rodeo conservador por la muerte*? ¿Por qué, en fin, *la muerte juega laberínticamente consigo misma a atraparse*?

La respuesta de Freud será potente: la *pulsión de conservación*, en cuanto parcial (*Partialtrieb*), asegura con su movimiento el camino (*Weg-Unweg*) hacia la muerte. Busca asegurar una muerte sostenida en fundamentos internos, *inmanentes*. Las *Partialtriebe* aseguran la propia muerte, que se siga el camino propio hacia la muerte. *Eigenen Todesweg*: alejar de sí toda posibilidad de muerte que no le sea propia. Alejar lo *no-propio*, re-*apropiarse* de lo *propio*, regresar cada vez más a la propia muerte. *Correo de muerte*: uno se envía a sí mismo su propia carta de suicidio con las consignas de su propia muerte.

Las *Partialtriebe* ayudan a morir: *asisten a la muerte*.

Aseguran que la muerte sea un regreso a lo propio, a uno mismo, al origen.

Los *rodeos* no se guardan de la muerte, contra la muerte, sino para cortar, oponerse, defenderse de una muerte que no fuera suya, aquella que *le correspondería genealógicamente por autoridad, por imposición familiar*. Se protege contra el *otro*,

---

<sup>156</sup> *Ibidem*.

que amenaza con robarle la muerte, que podría *darle muerte*. Para Freud, *la vida es una carta silenciosa de muerte, diferida, enviada por correspondencia a uno mismo, con el secreto de la propia desaparición*. Carta en blanco, que no pronuncia palabras: *I would prefer not to*. Es lo propio, lo más fuerte, más allá de la vida y la muerte. Es lo que se deduce de este capítulo, sin que Freud lo escriba directamente - Derrida nos lo escribe:

La pulsión de lo propio será más fuerte que la vida y que la muerte, es que, ni viva ni muerta, su fuerza no la califica de otra manera sino por su propia pulsividad, y esa pulsividad sería esa extraña relación hacia sí que se llama relación con lo propio: la pulsión más pulsiva es la pulsión de lo propio, dicho de otra manera, lo que tiende a reapropiarse. El movimiento de reapropiación es la pulsión más pulsiva. Lo propio de la pulsividad es el momento o la fuerza de reapropiación. Lo propio es la tendencia a apropiarse de uno mismo<sup>157</sup>.

Esto no se deja reconocer en la forma S es P.

La *heterología* está constantemente en juego: por eso hay a la vez legado y escritura. Lo propio no es, como se cree, lo propio - la *propiedad*, pues si constantemente hay que re-apropiarse la propiedad, lo que nos es propio, es porque constantemente se des-apropia, se pierde, deja de ser propio. *La-vida-la-muerte* no se oponen, son las fuerzas de lo propio: de la *pulsión de lo propio*. La pulsión más pulsiva, es decir, el deseo, digno de ese nombre, es la fuga hacia la muerte más propia. La *fuga* de esa totalización del *Lustprinzip* que familiariza, conforta, hace soportable la vida, busca la supervivencia, el anhelo de inmortalidad - el *deseo* es la moción pulsiva del correo de muerte: *la-vida-la-muerte*.

Esto es como un *ritardando* en la vida de los organismos; uno de los grupos de instintos [*Triebe*] se precipita hacia adelante para alcanzar, lo antes posible, el fin último de la vida, y el otro retrocede, al llegar a un determinado lugar de dicho camino y prolongar así su duración<sup>158</sup>.

La vida es un flujo de discontinuidades, de rupturas producidas por la multiplicidad de deseos que se precipitan hacia adelante en juegos diferenciales, en rodeos: la vida se difiere, se retarda, se prolonga.

<sup>157</sup> *Op. cit.*, p. 265

<sup>158</sup> FREUD, S.: "Más allá del principio del placer" en *Psicología de las masas*, ed. cit., p. 121

Durante largo tiempo sucumbió fácilmente la sustancia viva, y fue creada incesantemente de nuevo hasta que las influencias reguladoras exteriores se transformaron de tal manera que obligaron a la sustancia aún superviviente a desviaciones cada vez más considerables del primitivo curso vital y a rodeos cada vez más complicados hasta alcanzar el fin de la muerte. Estos rodeos hacia la muerte, fielmente conservados por los instintos conservadores, constituirían hoy el cuadro de los fenómenos vitales. Si se quiere seguir afirmando la naturaleza, exclusivamente conservadora, de los instintos, no se puede llegar a otras hipótesis sobre el origen y el fin de la vida<sup>159</sup>.

La *única certidumbre* -si es legítimo hablar en estos términos- es el *regreso*, el retorno a lo propio, a lo propio del organismo mismo, a eso que no se sabe por qué excede la vida del organismo, y quiere morir a su modo. Las *Partialtriebe* asisten en la muerte. Pero, además, el *organismo* no estará allí, no está, no ha estado jamás pues es el *devenir de la carne, una moción constante de regreso al cuerpo*: la repetición de otra repetición. *Regreso que es apropiarse del derecho a morir al gusto de uno* - encargo, mensaje, misión, tarea. Aprender a vivir, por fin, ¿se puede tal cosa? ¿es posible?<sup>160</sup>. De eso se trata, en definitiva, para el psicoanálisis.

Movimiento contaminado por el *Fort-da*: cuando Freud habla de la *Todestrieb*, del rodeo a la muerte, está escribiendo al margen de su texto *la ley de la-vida-la-muerte como ley de lo propio*. La vida y la muerte no se oponen: son dos flujos económicos de estilos de escritura. *Escritura narcisista y escritura de muerte* que sirven a una *economía (oikos)* que aspira al *acontecimiento propio*. Es una ontología *transinmanente* la que Freud escribe en este margen de su texto.

El *deseo* se difiere a sí mismo en su *otro*, en un todo-*otro* de lo sexual y del deseo que deja de ser suyo. El *nombre propio* está constantemente amenazado por esta ley: *apropiación, desapropiación*. El *nombre propio* se reduce a un borrarse<sup>161</sup>. No llega más que borrándose, no llega más que a borrarse. Es otro *Fort-da*: envío, retorno.

<sup>159</sup> FREUD, S.: “Mas allá del principio del placer” en *Psicología de las masas*, ed. cit., pp. 118-119.

<sup>160</sup> Para un desarrollo más completo de esta problemática, consultar DERRIDA, J.: *Aprender por fin a vivir. Entrevista con Jean Birnbaum*. Amorrortu/editores, Buenos Aires, 2007

<sup>161</sup> DERRIDA, J.: *La tarjeta postal. De Sócrates a Freud y más allá*, ed. cit., p. 267

Lo que protege a la vida protege en silencio a la muerte. *Protegerse*, huir de la muerte, mediante un gesto de *exposición a la muerte*, de protegerse de la muerte-*otra* para procurar la *muerte propia*.

Es lo que se desarrolla, de otra forma, en *Das Unheimliche*.

*Heimlichkeit* es la economía de lo propio, de la casa. Lo familiar. La sexualidad más propia está sometida a la misma ley mortal: *lo sexual está temporalizado, diferido, retardado*. Un complejo de *deseos* se precipita, busca adelantar el camino, alcanzar la meta, pero otro complejo retrasa, alarga el tiempo del viaje. Este juego será comandado por la *represión*:

La pulsión reprimida: “*ungebändigt immer vorwärts dringt*”: indisciplinada, intratable, indómita, no dejarse ligar o atar con bandas por ningún amo, tira siempre hacia adelante. Es que el camino de regreso (*Der Weg nach rückwärts...*) está siempre a la vez desplazado y “vallado” (*verlegt*) por una represión. Esta no borra el *Weg* o el paso desde fuera, es su andadura misma y se encuentra de antemano *unterwegs*, en camino<sup>162</sup>.

Este es el final del Capítulo V.

Pero esto aún no satisface a Freud: *muestra su insatisfacción ante este discurso sobre la insatisfacción*<sup>163</sup>. Esta *insatisfacción* adopta la forma siguiente: *la forma que la escritura de Freud escenifica en su especulación*. Dos grupos pulsionales: *Ichtriebe* y *Sexualtriebe*. Las primeras obedecen a la *repetición conservadora*, mortífera, que *regresa* de forma incesante a lo *impropio*, a lo que *no es propio*. Las segundas, *repitiendo estados anteriores, antiguos fueros*, tratan de sobrevivir con el impulso agónico de la vida, anhelando la inmortalidad con la *ficción del amor*.

Lo que no satisface, realmente, a Freud es que su paso por estas teorías supone un paso por la filosofía. Él se quiere como *hombre de ciencia - filiación de la que no se avergüenza*. Quiere interrogar con la ciencia -con su *autorización* soberana- la condición *inmanente* de la muerte: pues, ¿no podría ser -como él mismo pregunta- toda esta especulación una *creencia consoladora*? ¿Y si es sólo una excusa -la *especulación*-

---

<sup>162</sup> *Op. cit.*, p. 269

<sup>163</sup> *Op. cit.*, p. 269

para hacer más soportable la vida? ¿Estará aquí tomando Freud por *ananke* lo que sería, más bien, del dominio del azar?

¿Y si fuera esta hipótesis otra *historia filosófica de reconciliación, de consuelo, de serenidad?*

Una respuesta ante esto puede ser extraída del mismo escrito de Freud:

Para muchos de nosotros es difícil prescindir de la creencia de que en el hombre mismo reside un instinto de perfeccionamiento que le ha llevado hasta su actual grado elevado de función espiritual y sublimación ética y del que debe esperarse que cuidará de su desarrollo hasta el super-hombre. Mas, por mi parte, no creo en tal instinto interior y no veo medio de mantener viva esta benéfica ilusión. El desarrollo humano hasta el presente me parece no necesitar explicación distinta del de los animales, y lo que de impulso incansable a una mayor perfección se observa en una minoría de individuos humanos puede comprenderse sin dificultad como consecuencia de la represión de los instintos, proceso al que se debe lo más valioso de la civilización humana. El instinto reprimido no cesa nunca de aspirar a su total satisfacción, que consistiría en la repetición de un satisfactorio suceso primario. Todas las formas sustitutivas o reactivas, y las sublimaciones, son insuficientes para hacer cesar su permanente tensión. De la diferencia entre el placer de satisfacción hallado y el exigido surge el factor impulsor, que no permite la detección en ninguna de las situaciones presentes, sino que, como dijo el poeta: “tiende, indomado, siempre hacia adelante” (*Fausto I*)<sup>164</sup>.

*Indomado, siempre adelante.*

Hacia la muerte propia, para apropiarse de la muerte más propia. La identidad está constantemente amenazada. La memoria, la huella mnémica se arruina por completo, dejando en el cuerpo el curso de su paso, la herida abierta de su escritura. Herida enferma, infectada que puebla la sangre del hombre, enfermedad hereditaria. No hay perfeccionamiento, ni superación del hombre: *la identidad se escinde y un cuerpo extraño, en el interior, conspira por un fin distinto, un fin otro.* Conspira para socavar la unidad, la continuidad lineal de la experiencia y la memoria, conspira en destruirse a sí mismo y en destruir al hombre. El progreso es la enfermedad del hombre. El hombre es

---

<sup>164</sup> FREUD, S.: “Más allá del principio del placer” en *Psicología de las masas*, ed. cit., p. 122

un animal enfermo, un animal traumatizado que insiste, siempre adelante, deseando ser cada vez más. *La conciencia es su cicatriz.*

Este empuje indomable, animado, alimentado por el dolor de este excedente del deseo reprimido que escapa a la lógica del *Lustprinzip*, es paradójicamente aquello que hace que sea imposible *conocer la muerte propia*, que se la ignore. El hombre *construye relatos sobre ella, de asesinatos, de castigos, de miedo al destino o a la providencia.*, pero la *angustia* ante la muerte no hallará jamás contenido propio que la aplaque. La angustia es la experiencia agónica de esta paradoja de la propiedad. Agonía que no será sino reflejo de la lucha por la vida. Por eso, es *imposible*, para el hombre, apropiarse del todo de la muerte propia que al tiempo lo hace enfermar:

Mostramos una patente inclinación a prescindir de la muerte, a eliminarla de la vida. Hemos intentado silenciarla e incluso decimos, con frase proverbial, que pensamos tan poco en una cosa como en la muerte. Como en nuestra muerte, naturalmente. La muerte propia es, desde luego, inimaginable, y cuantas veces lo intentamos podemos observar que continuamos siendo en ello meros espectadores<sup>165</sup>.

La fantasía es el anhelo de vivir - *de sobrevivir a la muerte* y a la vez, de ir en su busca.

Territorio mestizo que sostiene la fe en el hombre - ¿en el superhombre?- porque el hombre no aspira a otra cosa, en fin, que a construirse una memoria. Tener una memoria, memoria de los orígenes, de las filiaciones, de su fin en el paso por la tierra. La fantasía es el escenario de esta escritura retórica, ambivalente, bisexual, plural y mortal que aspira a la eternidad y a la inmortalidad del nombre propio. La memoria eterniza al hombre, pero también amenaza con borrarlo por completo. El hombre aspira a construirse una memoria que soporte, a su vez, su condición traumática. Toda la memoria, todo el juego de sus huellas, toda la experiencia es traumática en estos términos.

La vida es una tragedia.

---

<sup>165</sup> FREUD, S.: “Consideraciones sobre la guerra y la muerte” en *El malestar en la cultura*. Alianza Editorial, Madrid, 2006, p. 116

## VI. FILIACIONES: EDIPO Y ESCRITURA PERVERSA.

Así hemos visto como la *pulsión de lo propio* nos lleva por las filiaciones, por las escrituras perversas.

Considerar el inconsciente como una *máquina de escritura*, como el funcionamiento pulsional de una fuerza apropiadora y expropiadora nos conduce sintetizar algunos puntos:

1º, *sobre la escisión*. No puede ser pensada sin aludir a las tentativas de defensa (*represión y repudio*)<sup>166</sup>. El rechazo es inseparable de una cierta aceptación velada: recibir la impresión de una huella desdobra al yo en un límite donde oposiciones antagónicas y mutuamente independientes dan por resultado una escisión. Toda tentativa de defensa es la producción de una jerarquía en donde la tendencia más débil, o subordinada, no logra nunca un éxito completo y pleno; 2º, *sobre la ontología traumatizada*. La paradoja de la huella. Su borrarse, la contradicción, el conflicto. También, la experiencia de su abrirse-paso como herida, como experiencia de la pérdida de lo propio, la muerte (*condición abismal*); 3º, se desea, por tanto, porque se quiere morir, pero no del todo. El deseo es ansia de supervivencia y anhelo de muerte. Este es el punto de partida de la novela personal: porque, en fin, el yo no es un sujeto sino la memoria, la historia, el recuerdo. Lo que está escindido no es un sujeto, sino la memoria humana que está en tránsito de escribirse. Memoria agónica, conflictiva, en tensión, escindida, que se recuerda porque está escrita con dolor; 4º, *sobre la vida como tragedia*. Escindirse es, en cierto modo, morir. El yo es la memoria corporal, erótica y mortal que sufre el dolor insoportable de vivir la muerte que aniquila la identidad de su nombre; 5º, *sobre la experiencia*. La experiencia se difiere, se diferencia (temporalización, espaciamento). El placer se desvanece, se borra. Si repetimos es para afirmar la vida, para evitar la muerte de una experiencia pasada que amenaza con

---

<sup>166</sup> Toda tentativa defensiva del yo produce esta escisión. La *represión* es la defensa contra los deseos (interior) mientras que el *repudio* es la defensa contra las percepciones (exterior). Rechazar, de eso se trata en la defensa. Rechazar la experiencia, lo nuevo, el riesgo, el dolor, la muerte. La defensa es necesaria para hacer soportable la vida, pero su exceso es insoportable: empobrece el placer, infantiliza, vuelve al hombre conservador y celoso de ideales inmutables. El neurótico enferma de este *celo narcisista por perseverar en su ser*.

borrarse. Pero repetir la huella es permitir que se abra paso, que abra la carne, que desgarre los tejidos, que los hilos sangren. Recordar produce dolor. Se sufre del recuerdo, de la memoria. En el fondo del abismo: anhelo vital, deseo de ser más, cada vez más y mal de archivo, extinción (*herida narcisista*). Agonía: vivimos *de* esta guerra, *por* esta guerra, *en* esta guerra interna, abismal, puesta en abismo.

En esta *ontología traumatizada*, la escritura se presenta como escritura de cuerpo. Escritural erótica, libidinal, deseante.

\*\*\*

Para Freud, el *deseo es la expresión de una tipología corporal* y esto nos introduce a una nueva noción, la del *cuerpo erótico*<sup>167</sup>.

La marca o escritura de cuerpo es el rastro que en nosotros queda del paso del otro por nuestra existencia. Marca erótica, libidinal, que hiere nuestro cuerpo, lo destruye y al tiempo lo reconstruye. Marca que no es sino de una *identificación: marca de pertenencia y de exclusión*. Marca de la filiación, de la herencia<sup>168</sup>.

---

<sup>167</sup> Para un desarrollo más completo del mismo, consultar la totalidad de los ensayos de FREUD, S.: *Tres ensayos sobre teoría sexual*. Alianza Editorial, Madrid, 2009; Asimismo, para una introducción más exhaustiva, desde la metapsicología, consultar FREUD, S.: “Los instintos y sus destinos” en *El malestar en la cultura*. Alianza Editorial, Madrid, 2006, p. 142-164; Para ver la evolución final de su sistema teórico, en lo que respecta a la segunda tópica (yo, ello, superyó), consultar FREUD, S.: *El yo y el ello*. Alianza Editorial, Madrid, 2009, pp. 7-51.

<sup>168</sup> Todo el trabajo freudiano sobre las filiaciones, la herencia de lo social y la teoría sobre la civilización, giran en torno a este concepto de *identificación*. Identificación, en cierto modo, *marca de pertenencia*, rasgo único, pero también *ideal del yo*, que traza los límites entre lo permitido y lo no-permitido, entre el interior y el exterior, entre lo familiar y lo extranjero. Ver, para más información a la luz de estos conceptos, el modo en que Freud muestra la *ilusión de la institución matrimonial* y su crítica al repudio de lo femenino en FREUD, S.: “La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna” en *Ensayos sobre la vida sexual y la teoría de las neurosis*. Alianza Editorial, Madrid, 2011, p. 17- 40; el modo en que Freud desarrolla el papel de las *ilusiones culturales* fundamentalmente religiosas, en FREUD, S.: “El porvenir de una ilusión” en *Psicología de las masas*. Alianza Editorial, Madrid, 2000, p. 145-202; el modo en que se *construyen socialmente los ideales* y se constituye la *ficción de la comunidad social* en FREUD, S.: “Psicología de las masas” en *Psicología de las masas*. Alianza Editorial, Madrid, 2000, p.7-84; y finalmente, el papel del *superyó*, el *malestar* y la *imposibilidad de la felicidad social*, en FREUD, S.: *El malestar en la cultura*. Alianza Editorial, Madrid, 2006.



El *cuerpo erógeno* será perverso polimorfo<sup>169</sup>.

Pero, ¿qué quiere decir esto? ¿De qué modo pensar, sobre él, la *escritura de cuerpo*? ¿La *escritura perversa*? ¿*Siempre* es perversa?

El *cuerpo erógeno* no pertenece a nadie, pero lleva la inscripción de pertenencia al otro. El *cuerpo erógeno* solo vive, crea y se satisface a sí mismo, mediante sus *objetos*. Objetos que no son sino *fetiches*: velos, tejidos encubridores de la herida. *Escritura fetichista*, perversa, que despedaza y escinde el cuerpo en lexías, en *zonas erógenas*, siempre ambivalentes, siempre bisexuales. *Escritura no finalizada*, fragmentada, de órganos erógenos sin cuerpo, *marcas indecibles*, traumáticas, productoras de *deseo*.

El deseo es el *resto* que exuda el *cuerpo erógeno* a partir de las marcas de pertenencia donadas por el otro y que se resisten a la filiación. El *deseo* es inconsciente, indecible, des-centrado, apátrida, peregrino. El *deseo* es la diseminación. El *deseo* es el desajuste, el rodeo. El *deseo* es su propia afirmación, realización, su propia diferenciación: el *pathos de la distancia*. El *deseo* es un sencillo decir *sí*, y luego, volver a decir *sí*. El *deseo* siempre produce lo *tout autre*: corte, herida, cicatriz que siempre rompe los efectos de sentido, que siempre reinscribe y pone en movimiento las metáforas sedimentadas de la memoria.

El *inconsciente* se revela allí donde el deseo se excede o se resta en su apropiación. El inconsciente es, por tanto, la resistencia del deseo perverso. No habrá, por tanto, *norma inmanente* en la constitución sexual del *cuerpo erógeno*, pero sí, en cambio, carne libidinizada por el deseo del otro. La *escritura de cuerpo* es *perversa*, porque siempre se *resiste* a la filiación, pero que nunca será posible sin la filiación.

---

<sup>169</sup> Hablar de cuerpo erógeno es proceder a prescindir del yo, en cuanto unidad conceptual, para aproximarse al hombre en su materialidad más salvaje. Carne erótica, carne libidinal, carne mortal. Nada más que eso: el ser humano, en cuanto carne, no es de esta época, ni de este mundo, no tiene género, ni patria, ni ideas, ni finalidad, ni origen. Es en este borde o límite, donde la animalidad contamina nuestra noción narcisista del ser humano, donde a Freud le gusta ubicarse en sus escritos.

\*\*\*

En este apartado, la familia, la herencia y la filiación serán nuestro tema<sup>170</sup>.

El *Edipo*, en fin, será nuestro tema.

Novela familiar<sup>171</sup>, relato de la memoria de la infancia, donde la *violencia de lo propio* -castración- es introducida: lazos de pertenencia, barreras de la exclusión.

La *castración* es una experiencia intimidatoria que, en esta lógica que venimos desarrollando, se correspondería con la *marca de pertenencia* al padre, al anhelo de la totalidad figurada en el *falocentrismo*. Es el eje intimidatorio del patriarcado: *la marca de repudio de lo femenino*.

¿Cómo pensar, por tanto, este corte, incisión, escisión y fetichización de los genitales?

La *castración* será la *huella* por donde *se injertará la tradición*.

Dado que el pene –siguiendo aquí a Ferenczi- debe su catexia narcisista extraordinariamente elevada a su importancia orgánica para la conservación de la especie, cabe interpretar la catástrofe del complejo de Edipo -el abandono del incesto, la institución de la conciencia y de la moral- como una victoria de la generación, de la raza, sobre el individuo<sup>172</sup>.

---

<sup>170</sup> Seguimos la línea, en este punto, trazada por Derrida en DERRIDA, J.: *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*. Editorial Trotta, Madrid, 1998, p. 30: “Consideramos, primero, la *heterogeneidad* radical y sucesiva de una herencia, la diferencia sin oposición que debe marcarla [...] Una herencia nunca se re-úne, no es nunca una consigo misma. Su presunta unidad, si existe, sólo puede consistir en la *inyucción* de *reafirmar eligiendo*. [...] Si la legibilidad de un legado fuera dada, natural, transparente, unívoca, si no apelara y al mismo tiempo desafiara la interpretación, aquel nunca podría ser heredado”. Lo que se hereda es el secreto - en nuestro tema, un *secreto de familia*.

<sup>171</sup> FREUD, S.: “La novela familiar del neurótico” en *Introducción al narcisismo y otros ensayos*. Alianza Editorial, Madrid, 2005, pp. 46-51: “Para el niño pequeño los padres son, al principio, la única autoridad y la fuente de toda fe. El deseo más intenso y decisivo de esos años infantiles es el de llegar a parecerseles.” (*Op. cit.*, p. 46)

<sup>172</sup> FREUD, S.: “Consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica” en *Introducción al narcisismo y otros ensayos*. Alianza Editorial, Madrid, 2005, pp. 78-79

La *tradición* siempre recorre el gesto de este poderoso corte, venciendo sobre lo singular, sobre la alteridad que nos habita.

La *castración*, también, en cierto modo, es una *circuncisión*<sup>173</sup>.

*Milah* que, en hebreo, se refiere también a la *palabra*. Pues lo que en la *castración* se recibe es la *herencia de una escritura que cortó e hirió de muerte al cuerpo*. Marca imposible de *rechazar o expulsar*, pero que es la que al mismo tiempo, se *resiste* a la tradición. La *marca* se juega, para el psicoanálisis freudiano, con la *sangre genital*: es un asunto de sangre, sanguíneo, consanguíneo y seminal.

La *marca* de una *deuda de sangre* de la que es imposible sustraerse o dejar atrás. Heredar es estar sometido a una vivencia originaria que se repetirá, de diversa forma, en la vida personal, en la historia de la humanidad: *experiencia de corte, de herida y cicatriz, sobre la carne erótica*. Se hereda, en fin, la tarea imposible de heredar un pasado, de recibirlo. Pero... ¿qué es, o significa, *recibir* este pasado? ¿Pero *qué* pasado? ¿Es *solamente* un pasado?

En lo que se refiere a la relación entre los complejos de Edipo y de castración, surge un contraste fundamental entre ambos sexos. *Mientras el complejo de Edipo del varón se aniquila en el complejo de castración, el de la niña es posibilitado e iniciado por el complejo de castración*. Esta contradicción se explica considerando que el complejo de castración actúa siempre en el sentido dictado por su propio contenido: inhibe y restringe la masculinidad, estimula la feminidad<sup>174</sup>.

Por consiguiente: 1º, la *castración* es la experiencia de una pérdida, de la pérdida misma de lo propio: *experiencia que deja una honda herida en la erótica corporal*; 2º, la *castración*, paradójicamente, estimula lo que Freud denomina lo femenino, eso que corta y cuestiona el fetichismo del pene; 3º, constituye una marca de pertenencia y de exclusión al legado del padre, al legado de un relato totalizador sostenido por la

---

<sup>173</sup> Véase la nota 11 a pie de página, del Compendio de psicoanálisis, donde Freud reconstruye brevemente esta relación después de una fugaz mención a la castración simbólica de Edipo en FREUD, S: *Esquema del psicoanálisis y otros escritos de doctrina psicoanalítica*, ed. cit., p. 377. En efecto, la castración no puede sino ser la expresión del sometimiento a la voluntad del padre. Padre que figura fantasmáticamente nuestro anhelo de la totalidad. Totalidad amenazada, sin embargo, pues el hombre está enfermo de muerte.

<sup>174</sup> *Op. cit.*, pp. 77-78

autoridad de su nombre. *Marca de identidad*, de pertenencia, porque nos ubica en su filiación y nos dona su deuda; de exclusión, porque en la donación de su marca también nos otorga los rasgos de identidad que nos posibilita, por sublimación, suplantarlo definitivamente, acabar con su reinado. La *castración* es, por tanto, el signo de la repetición, de una repetición que en cada acto asesina y canibaliza (*asume, incorpora*) al padre. 4º, finalmente, en cuanto fantasía, constituye una escena de escritura sobre la mutilación de la carne: *mutilación, mal de archivo del falocentrismo*. En el varón, el retorno a esa herida dejada por el padre -por ese exceso de unidad- conforma el deseo de asesinarlo para ser el heredero de una ilusión de virilidad fálica que, sin embargo, es a la vez socavada por la experiencia de la pérdida que este doble gesto de la castración sugiere. El varón quiere evacuar ese exceso femenino que asedia su memoria, en cuanto espectro, o mal de archivo, amenazando la consistencia de la virilidad como ideal falocéntrico. Lo femenino es ese exceso que se resiste a la archivación patriarcal de su memoria. En la mujer, este acontecimiento de lo femenino es inmediatamente incorporado en una línea falocéntrica que busca domesticarlo bajo la misma ley. Lo femenino es reapropiado con la retórica de la *Penisneid*, pues centrada la vista de la mujer en el pene, pierde de vista lo femenino. Allí donde la mujer cree estar resistiéndose al patriarcado, en cierto modo, cede, sin saberlo, a ser dominar por él.

Memoria femenina, escritura femenina.

El retorno a la castración, a la marca, es un nuevo intento de apropiación del exceso del otro, del espectro que, en cierto modo, dejó en el cuerpo la cicatriz de su paso. Resto que, para Freud, es lo femenino. Aquello que, por haber sido expulsado, acabará por proliferar. La escritura es, por eso, la resistencia de lo femenino: *secreto indescifrable del deseo que se ofrece para ser heredado*. El Edipo no puede ser sino la experiencia biográfica de nuestro heredar de lo femenino, de la experiencia de heredar aquello que se resiste a ser heredado. Es por eso que el análisis de una *grafología psicoanalítica* sería interminable en cuanto duelo constante por esta deuda. Lo que nos fue expropiado, lo que se resiste a ser apropiado, es lo femenino. Espectro femenino que es sometido a la violencia de la ley del padre: *repudiado, denostado, negado, sometido a la ley del falo - censurado*. Así el pene deviene fetiche, el velo que pretende ocultar el doble juego de la castración, de la herida - escisión, incisión: *circuncisión de la memoria*. La lógica

fálica es la lógica de la presencia - de una metafísica de la presencia, logocéntrica, nostálgica del padre. Mitología blanca que disimula la herida que la traumatiza: *el falo es la promesa, en fin, para la que fuimos domesticados*<sup>175</sup>.

La *castración* es el legado de un secreto de *familia impronunciable*: pertenecemos a él antes de que este nos reclame como hijos - *es la herida mortal cubierta por el velo del rostro del otro*.

El pasado es el retorno, la regresión por antiguos caminos abiertos, la insistencia de la repetición de una repetición. Ante ella sólo queda resistir, pues no nos ha sido dado - no será jamás posible- el derecho a escoger nuestra propia herencia. Pero la herencia interpela, nos interpela a responder, a dar una respuesta a su secreto indescifrable. Doble juego mortal: indecible cada vez, donde recibir pasivamente su violencia en ocasiones es un *sí* que la desplaza, que no la deja intacta, que no la deja a salvo.

*Heredar* es interpretar, reconstruir lo heredado, reconstruir la memoria de la infancia: *el análisis interminable* del duelo por su muerte...

... desde un lugar *totalmente otro*. Con nuevos fueros, nuevas metáforas.

*¿Se podrá, por fin, heredar realmente lo femenino?*

\*\*\*

Al principio de la *herencia* está la *violencia originaria* y el *crimen primordial*.

Basándonos en la fiesta de la comida totémica, podemos dar a estas interrogaciones [las planteadas por Darwin en torno a la horda primitiva] la respuesta siguiente: los hermanos expulsados se reunieron un día, mataron al padre y devoraron su cadáver, poniendo fin a la existencia de la horda paterna [horda en la que se supone la existencia de un padre violento y celoso que se reserva para sí todas las hembras y expulsa a los hijos cuando crecen]. Unidos, emprendieron y llevaron a cabo lo que individualmente les hubiera sido imposible. Puede suponerse que lo que les inspiró el sentimiento de su

<sup>175</sup> NIETZSCHE, F.: *La genealogía de la moral*. Alianza editorial, Madrid, 2011, p. 83

superioridad fue un progreso de la civilización, quizás el disponer de un arma nueva. Tratándose de salvajes caníbales, era natural que devorasen su cadáver. Además, el violento y tiránico padre constituía seguramente el modelo envidiado y temido de cada uno de los miembros de la asociación fraternal, y al devorarlo, se *identificaban* con él y se apropiaban una parte de su fuerza [La cursiva es nuestra]. La comida totémica, quizás la primera fiesta de la humanidad, sería la reproducción conmemorativa de este acto criminal y memorable, que constituyó el punto de partida de las organizaciones sociales, de las restricciones morales y de la religión<sup>176</sup>.

Partir del padre: *de partir en restos al padre*.

La herencia comienza con la *violencia* del asesinato del padre: *vía rupta, abrise-paso*. Se borra, se consume, se devora al padre, pero siempre se parte del padre. La herencia es el trozo de carne del padre devorado, consumido en la *fiesta totémica*. Restos esparcidos, re-partidos, entregados entre los hermanos: deudas, linajes, filiaciones. Identificación con el padre, pero para ponerse en su lugar, para suplantarlo. Pero Freud no está relatando una escena primordial donde la consumición, la *introyección*, se haga sin resto. La *muerte de Dios* supone que Dios está con nosotros, que lo hemos devorado, que ha dejado en nosotros su *marca de pertenencia*. El padre, una vez asesinado, una vez comido, no se deja digerir correctamente: sus restos resisten en una pesada digestión: *crimen que repite un crimen para fundar la cultura*. La violencia se perpetúa, se repite, se mata al padre, se devora al padre, cada vez: porque su herencia es irrenunciable.

La herencia es el *análisis interminable de un duelo por su muerte*.

Lo que el padre había impedido anteriormente, por el hecho mismo de su existencia, se lo prohibieron luego los hijos a sí mismos, en virtud de aquella “obediencia retrospectiva” característica de una situación psíquica que el psicoanálisis nos ha hecho familiar. Desautorizaron su acto, y renunciaron a recoger los frutos de su crimen, rehusando el contacto sexual con las mujeres, accesibles para ellos. De este modo es como la conciencia de culpabilidad del hijo engendró los dos tabúes fundamentales del

---

<sup>176</sup> FREUD, S.: *Tótem y tabú*. Alianza Editorial, Madrid, 2003, p. 167

totemismo, los cuales tenían que coincidir, así, con los dos deseos reprimidos del complejo de Edipo<sup>177</sup>.

Para el psicoanálisis, la muerte del padre inaugura la *castración* como la marca de su herencia. Lugar desde el que se vivirá agónicamente la experiencia del borrarse de la huella y del nombre propio: a las herencias, a esos restos o fragmentos del padre no es posible responder pacíficamente y de forma conciliadora, *no pueden reunirse en una totalidad*. El padre es solo un anhelo, sólo un mito primordial. Las *tradiciones* no son transparentes, ni cohabitan armoniosamente, no se prestan a dialogar y a reunirse. Heredar implica ser partícipe de este choque de herencias, de la sangre derramada en la *castración* y de la deuda contraída a responder, inevitable, pues siempre se responde. No se puede no-responder.

*Heredar es habitar el malestar inherente a la cultura.*

La *castración* es la experiencia que nos hace pertenecer al *otro* y al mismo tiempo nos exilia del *otro*. Ante estas fuerzas igualmente legítimas: ¿cómo *decidir* entonces, lo mejor? ¿Qué sería acaso lo *mejor*? ¿*Existe*, en fin, lo mejor? ¿*Decidir* lo mejor sería, de alguna forma, *salir del Edipo*, salir de esta deuda al padre? ¿Hay *libertad* en este *dispositivo escritural* de tortura, de tormento, que es la herencia, el heredar, que es la *familia*, finalmente?

La *castración* señala la tensión irresoluble entre lo individual y lo universal: la agonía irresoluble de ser, en la misma herida de los genitales, hijo y bastardo del padre, su heredero, su asesino.

*¿Son los genitales, en fin, un tabú: sagrados y a la vez, peligrosos?*

¿Cómo cortar aquello que nos es impuesto, que se nos obliga a heredar bajo la forma de un *repudio de lo femenino*? ¿Es posible violentar a su vez el acto primero de esta cicatriz donada por el patriarcado? ¿Advenir en una *escritura de cuerpo femenina*, más allá de la *castración*? Edipo, con Freud, será nuestro heredero, en que nos done las claves de lo que es un heredero: *el fiel infiel a la memoria y a la ley del padre*: ¿cuál será el *secreto* de esa fidelidad tan - *impronunciable, ilegible*? ¿Qué significa eso de

---

<sup>177</sup> *Op. cit.*, p. 168

*desear* a partir de una herida que nos amenaza con la muerte, con una herida en la piel más erógena, que amenaza con no cerrarse jamás? ¿Se podrá encerrar en el tajo de esta marca nuestra decisión de muerte más propia? ¿Es, siquiera, eso posible?

\*\*\*

El *Edipo* no se entregará fácilmente para responder<sup>178</sup>.

Habría que precisar ciertos matices previos que marcarán el modo en el que lo reformularemos: 1º, implica una *sintomatología*. Freud dice que, tras su sepultamiento por la *represión*, sobreviven *restos* que retornan en los síntomas neuróticos. 2º, implica una *genealogía*. La *intimidación* del Edipo -mediante la *castración*- introduce al sujeto

---

<sup>178</sup> SIMON, B. & BLASS, R-B.: “Desarrollo y vicisitudes de las ideas de Freud sobre el complejo de Edipo” en NEU, J. (comp.): *Guía de Freud*. Cambridge University Press, 1996, pp. 193-207. Los autores destacan varias etapas en la evolución de este concepto tan difícil de explicar: *Etapas I: 1897-1909*. Edipo surge como la dinámica positiva del inconsciente: amar a la madre, rivalizar con el padre. El *complejo de castración* todavía no es importante en esta novela familiar. Es el mito griego reflejado en la mitología fantasmática de los niños. Vinculado a las zonas erógenas, es un punto de corte con la retórica sexual no-genital. *Etapas II: 1909-1914*. Se cristaliza como “complejo psíquico” y como nódulo (*Kernkomplex*) de la neurosis; complejo filogenético, memoria de la humanidad (*Tótem y Tabú*). Freud desarrolla, en este tiempo, uno de sus agregados, el “complejo paterno”, de la mano de Leonardo da Vinci y del presidente Schreber. Aparece así la vertiente homosexual del Edipo. Ambivalencia, pues, que rige su funcionamiento. *Etapas III: 1914-1918*. Se abren los desarrollos del conocido como el complejo de Edipo negativo. Edipo queda reducido, en la escritura de Freud, a los llamados “complejos sexuales”: todo deseo pulsional pertenece al Edipo. *Etapas IV: 1919-1926*. El Edipo se presentará “completo” en 1923 (*El Yo y el Ello*). *Bisexualidad e Identificación* captarán su lógica y la dislocarán. Bisexualidad es la expresión del cuerpo erógeno que desea a los dos sexos y, a la vez, es su doble juego de ida y vuelta: pasivo y activo. La identificación es la captura fantasmática de las marcas dejadas en el cuerpo por el padre que, al mismo tiempo, paradójicamente, permiten poseer a la madre de manera indirecta. La marca del padre, rasgo único, es el Ideal del Yo, precursor del superyó. Por otro lado, Freud comenzará a desarrollar el Edipo femenino en una línea diferente al masculino. *Etapas V: 1926-1931*. Se suspende la investigación. Edipo se ofrece como *Schibboleth*, contraseña que, bien pronunciada, revela la identidad profesional del psicoanalista. En este periodo será usado para resolver problemas culturales, sociológicos y literarios. *Etapas VI: 1931-1938*. La teorización sobre el deseo femenino llega en esta etapa a su desarrollo más acabado (Sobre la condición femenina). El desarrollo del Edipo femenino amenazará la idea de un “Edipo completo”, sin fisuras, sin cortes, sin dislocaciones. Pese a todo, la línea freudiana sigue siendo la de concebir al Edipo como una novela simbólica. ¿Cómo podríamos nosotros suspender esta lógica y pensar el Edipo desde una teoría de la huella?



en una filiación, en un parentesco, en una narrativa simbólico-cultural construida socialmente. 3º, implica una *tipología*. El *Edipo* constituye un tejido de espectros, de filiaciones, de herencias y de tradiciones ligadas, de alguna forma, al padre. *No es sólo una realidad psíquica, sino también un mito griego*: un relato que esconde secretos y preguntas.

Empezaremos nuestro desarrollo por una pregunta: una pregunta que quizás no viene al caso. O tal vez sí.

*¿Es el Edipo de Freud un Edipo judío?*

Pero, *¿tendría eso alguna importancia acaso?*

Lo que desarrollaremos aquí será nuestra lectura del mito, del *mito psicoanalítico*. Del *mito griego* que es psicoanalítico, del *mito psicoanalítico* que no es griego, sino que será y no será judío. Consideramos -como Freud lo hace- que al estar escrito este *relato sobre la castración*, su narrativa será inseparable de este *resto* o *excedente* que venimos explicando, durante todo el trabajo, como *escritura de cuerpo*.

*¿Habrá podido Freud, con este mito, señalar, enunciar, los principios que Grecia ignora?*

\*\*\*

La *castración* no es otra cosa que una *fantasía de mutilación*.

Mutilaciones, cortes, tajos, desgarramientos en la carne que no hacen sino liberar sangre excedente de la piel erótica. Genealogía sanguínea, pertenencia filial que es amenazada por la castración misma que extrae sangre, lazos de sangre, allí donde su consigna de pertenencia pudo haber tenido lugar sobre el cuerpo.

Mutilaciones que no tienen por fin más que *resistirse a lo que exceden*. La *castración* será el don de la herencia del padre que excede nuestra capacidad de recibirlo. Padre de

occidente, padre de la horda civilizada, padre griego: ocaso que atestigua el relato de su *mitología blanca*.

La metafísica - mitología blanca que reúne y refleja la cultura de Occidente: el hombre blanco toma su propia mitología, la indoeuropea, su *logos*, es decir, el *mythos* de su idioma, por la forma universal de lo que todavía debe querer llamar la Razón. [...] Mitología blanca – la metafísica ha borrado en sí misma la escena fabulosa que la ha producido y que sigue siendo, no obstante, activa, inquieta, inscrita en tinta blanca, dibujo invisible y cubierto en el palimpsesto.<sup>179</sup>

Edipo y los *blancos ojos* de Edipo: ese será nuestro tema.

Pues aquí esta en juego la historia de *metáforas ópticas* - además de pies perforados:

El verbo griego *oida* -según recuerda Foucault- significa simultáneamente ver y saber: así el nombre de Edipo significa en griego “aquel que es capaz de ver y saber”. Sin embargo, parecería que la relación de estos dos verbos es inversamente proporcional, esto es, que a la mayor visibilidad física le corresponde un saber menor, una ceguera espiritual o ignorancia; y a la menor capacidad física de visión, es decir, la ceguera, la mayor “clarividencia” y saber. Edipo es aquel personaje que *sabía demasiado*. [...] este exceso de saber oculta la más amarga de las ignorancias... Sólo el ciego Tiresias, el adivino, pudo comunicarle su terrible verdad: Edipo era, en efecto, asesino de su padre, ya amante de su madre, culpable y único responsable del castigo colectivo.<sup>180</sup>

Interesante *aporía*.

*Doble juego* de la visión: lo que *ve* tu ojo derecho que no lo *sepa* tu ojo izquierdo.

Hay un saber que libera a Tebas, pero otro, oculto para Edipo, la condena a la peste. Edipo es el rey de Tebas, pero el rey ilegítimo. Tebano de nacimiento, pero al mismo tiempo un extranjero. No nos debería sorprender el hecho de que Freud señale, en la escena en la que Edipo se arranca los ojos, el símbolo de esta mutilación más primordial, de esta escisión de la memoria de su nombre: extirpar la ignorancia, licuar la sangre de esa herencia tebana, extraer el exceso, *como reserva*, para el pago de su propia deuda, de su propio crimen.

<sup>179</sup> DERRIDA, J.: “La mitología blanca. La metáfora en el texto filosófico” en *Márgenes de la filosofía*. Ediciones Cátedra, Madrid, 2013, p. 253

<sup>180</sup> LEVINAS, E.: *La huella del otro*. Editorial Taurus, Madrid, 2001, p. 12

Toda deuda se paga con sangre, sangre que uno debe estar dispuesto a derramar para perdonar al otro. Pues así, Edipo no puedo resistir la llamada de su deuda. Así, Edipo renuncia, pero para resistir. Resistir no solo al legado del padre, sino también al propio destino. Edipo, mártir, ofrece la carne erótica del ojo para sanar a Tebas de su crimen compartido. *El saber no es más que una herida corporal.*

\*\*\*

Muy temprano, en la teoría psicoanalítica, Freud señala la proximidad fantasmática entre la visión y el saber sobre lo sexual<sup>181</sup>.

*Pulsión escopofílica*, gobierna el eje de la mirada, hacia el cuerpo, hacia los genitales, hacia el coito de los padres: *se pregunta por el origen*. Lo que Freud no va a señalar en sus trabajo es el modo en que se podría relacionar todo esto con la lengua griega y con toda la *historia de la filosofía*: ¿y no vendría precisamente este *secreto sexual, secreto, en fin, del deseo*, a ofrecerse como la *meta trascendental -imposible de lograr-* a la que aspira, sin lograrlo, toda filosofía?

Nietzsche será el que nos dé las claves de esta retórica óptica que inunda el relato edípico: *es el privilegio de lo apolíneo, sobre Dioniso, el oscuro.*

Visión que no es, sin embargo, la física, sino la de la *Razón*.

Visión que trae un *theorein* (*contemplar*: teoría).

Lo mismo vemos con otros conceptos análogos, como *reflexión, especulación, evidencia*... Es todo un retrato filosófico sobre la luz que se remonta a las poesías de Parménides, pasa por el mito de la caverna de Platón y alcanza un importante triunfo con las luces de la Ilustración.

---

<sup>181</sup> FREUD, S.: “Teorías sexuales de los niños” en *Sexualidad infantil y neurosis*. Alianza Editorial, Madrid, 1987, pp. 15-31

*Claridad y distinción* - esa era la exigencia moderna. Lo exigía también Descartes, también Husserl y, en cierto modo, también Heidegger con la *Lichtung*. La cuestión, aquí, ahora, es si Freud se dejaría apresarse fácilmente por esta *retórica óptica*. Si en fin, el Edipo que Freud construye, piensa, fabula, no es un Edipo atravesado, de entrada, por esa problemática de la filiación, pues la herencia de Freud es más bien una *filiación de la escucha*, de esa *metáfora auditiva* que se concibió, frente al *enigma histérico*, el método psicoanalítico: *hable, le escucho*.

La *escucha* es la fuente y la consecuencia de la sospecha: en el libro III de la *República*, Platón abogará por la censura de la música, donde sólo privilegiará lo apolíneo (*Lira*). Y es que el oído capta terribles sonidos que no se dejan apresarse tan bien como las imágenes - más propias del mundo griego.

Formas aéreas oscuras, incontrolables, de la danza y el ditirambo.

*¿Y no se estará también poniendo en juego este legado en la lectura freudiana del Edipo? ¿No significa algo nuevo para la tradición pedir hablar al acusado, dejar de mirarlo, escucharlo atentamente? ¿Y no sería esto escribir, convocar, conjurar, a la tradición judía a que se pronuncie también al respecto?*

\*\*\*

*Metáfora heliocéntrica.*

Metáfora centrada donde todo gira en torno a un mismo eje: la *luz*.

*¿No habrá comprendido Edipo este giro, la potencia demoníaca de este retorno a lo mismo? ¿No habrá comprendido que perder los ojos es ya, en sí, la vuelta de lo mismo: repetición de repetición?*

*¿No está recuperando Freud, con la escucha, al otro, a ese otro que fue censurado en esta retórica lumínica insistente, que impide hablar, explicarse? ¿No afecta este juego a toda la verdad que cifra la historia de la filosofía? Y en efecto, esta *aletheia* extraída*

mayeúticamente, su dar a luz, su traer a la luz, su *arrancar al desocultamiento*: ¿no se trata en cierto modo de reducir lo *otro* a lo mismo, un ejercicio de *resistencia egológica*, ego-sintónica, que procura siempre por *censurar la alteridad*?

¿Pero esto siempre ha sido así? ¿Ha sido toda la historia siempre así?

*En la tradición judía vemos un cariz distinto*: lo que predomina es el *oído* - y precisamente, el mejor Nietzsche, paradójicamente, será un Nietzsche judío, *un filósofo del martillo*. Los productos de la vista son falsos dioses: *el segundo mandamiento prohíbe adorar imágenes*<sup>182</sup>. Sin embargo, para el judío, hay una visión pura, la visión de la *Revelación*, pero una revelación que no es sino del otro: *huella del infinito rostro del otro*. Huella que, en Freud, es el *secreto de lo erótico*, el *secreto de familia*. Se comprende así la plegaria judía: “*Shemá Israel*”: *escucha, porque Adonai es Uno*.

Aquí también, esta retórica auditiva será distinta a la griega: *la visión dona el saber, nos trae un saber sobre lo sexual que nos liga al otro, pero es al escuchar al otro cuando nos preparamos para recibir la promesa de nuestra liberación*.

Liberación, para el pueblo, histórica: *liberación de una historia, la egipcia, para fundar otra historia, en otra patria y en otra tierra*. Libertad que se paga con una alianza, también de sangre, de la circuncisión - *pagar con sangre, la piel que envuelve el lugar del deseo*.

Llegamos así a las dos mutilaciones fundamentales de las dos culturas más importantes para occidente: Edipo los ojos (*saber*), el pueblo judío el prepucio (*deseo*).

¿Qué se quiere *remediar* con estas mutilaciones? ¿*Qué significan estas extracciones de sangre*? ¿No será que el exceso de saber y de libertad incurre en la paradoja de dismantelar su propio juego? ¿Y no serán estas escrituras de cuerpo las marcas físicas, visibles, que recuerden esa herencia tan amenazante que portamos: *ese mal de archivo que se abre-paso* desterrando, nihilistamente, todas nuestras ilusiones de inmortalidad?

Lo que excede, que es invocado en la *castración*, re-afirmado con la *castración*, no cubre presencia alguna. Pues, en fin, Edipo sabe que no es propietario de *su* familia,

---

<sup>182</sup> LEVINAS, E.: *La huella del otro*, ed. cit., p. 15

como los judíos saben que no son propietarios de *su* tierra. ¿Y no estará el neurótico atrapado en *su* filiación, en *su* familia, en *su* tierra? ¿No es el neurótico aquel que no renuncia *al mito de la propiedad*: que todavía confía con apropiarse, en algún momento, de lo que excede de *su* filiación, de *su* familia, de *su* tierra, para que todo sea Uno? ¿No confiaba Edipo en esta apropiación arrancándose los ojos? ¿No confiaron los judíos, aceptando la *circuncisión* como marca de su pueblo?

Nos aproximamos, pues, a eso que Edipo censura y al tiempo reconoce con la mutilación. A la denegación de Edipo. A esa escisión que lo atormenta.

¿Este *acto de borrarse*, de borradura, no dejará acaso alguna *huella* que podamos rastrear? Pero, ¿por qué precisamente *huellas*?

La *huella* es lo que significa más allá de toda intención consciente, que *se resiste a ser signo, porque pretende borrarse, pero deja un rastro*<sup>183</sup>. El signo no apresa la huella, porque la huella pertenece a lo siniestro. *Unheimlich*: lo familiar que aparece de forma inesperada en las *espectrografías* de nuestra memoria.

La huella escapa a la presencia: *dona sentidos, sin presentar nada*.

*Marca* de lo *totalmente pasado*, pero de un pasado que no ha existido jamás y que sin embargo, nos ha sido donado: *un efecto retroactivo huérfano, que niega al padre, a la totalidad*; huella que no se deja ver sino en el *rostro del otro* para significar el enigma, el secreto sexual que nos interpela, *nos llama a preguntar por el enigma de nuestro deseo*.

¿Y si ese rostro fuera el de nuestros padres? ¿Y por qué, siéndonos *sus rostros tan familiares*, íbamos a sentir sobre ellos *una huella espectral tan terrorífica*, como sentiríamos ante el *rostro de medusa*?

¿No será porque Edipo es el *nómada sin patria*, el *extranjero interior* en la familia, *el que retorna a Tebas, su hogar, como un extraño*?

*Aquí nuestra tesis*.

Edipo es la *sexualidad fragmentada, perversa y no finalizada*.

---

<sup>183</sup> *Op. cit.*, p. 22

Es, para Freud, connatural al funcionamiento pulsional. No es un núcleo o estructura de lo inconsciente, sino el juego de su funcionamiento en cuanto máquina de escritura que se resiste a la ordenación, a toda estructura y a la dialéctica del nombre propio. Edipo es el exceso sanguíneo, consanguíneo, que se rebela contra la experiencia intimidatoria de la castración, de la violencia familiar.

*La escritura es siempre edípica, en cuanto la escritura es femenina.*

*Edipo es la vertiente erótica de los actos y fantasías del niño que lo hacen extraño para su familia. Edipo es el que, creyendo escapar de su familia, la re-encuentra: aquel que, cuando ve a sus padres, los trata como extranjeros. Es el núcleo problemático de la vida, de la vida como tragedia: toda la historia familiar -la novela del neurótico- consiste en la escritura falsificada de esta condición nómada, de la condición de extranjería del niño que nace en su familia: lo perverso, el incesto, el parricidio, la lucha entre hermanos. El Edipo es la gestión de la economía de la muerte que gobierna la familia. Edipo es otro nombre de la pulsión de muerte.*

Sepultar, por tanto, el Edipo es falsificar, censurar, lo indecible del cuerpo, de la sexualidad perversa, aquello que del cuerpo porta el devenir del deseo más separado del *Lustprinzip*. Sepultar el Edipo es tapar el ombligo (*omphalos*) con un velo: un fetiche fálico.

Edipo es, en fin, todo aquello que hace *al infante un extraño para sus padres*.

El Edipo revela la *biografía, la conservación de la memoria, como un imposible*: la novela personal es una novela censurada, falsificada, llena de dobles sentidos, siempre sospechosa de no poder decir toda la verdad, que *hace imposible el deseo narcisista de una familia sin secretos*: de una familia sin fisuras, homogénea, con la cual identificarse plenamente. Eso es aplicable, del mismo modo, a la tradición occidental toda. La identidad se hace siempre a costa de una exclusión: *por eso el superyó es el heredero del Edipo* y es así como la familia, la colectividad, la comunidad, la filiación, triunfa sobre el individuo.

Pero, ¿qué quiere decir que *el superyó es el heredero del Edipo*?

¿Qué hereda de él? ¿La herencia de otra herencia? ¿Otro extranjero interior, otro mandato venido del otro, que nos *apresa* y nos *escinde*?

El *superyó*, conmociona y transforma, para Freud, profundamente al *yo*: *es la captura del instante del encuentro apremiante con el otro que nos interpela con la urgencia de una respuesta ante su voz*. Libertad y a la vez mandato que procede del pasado: *libertad difícil que se resiste a las marcas de pertenencia de la familia, del otro, bajo la forma de un deseo perverso*.

El *superyó* construido sobre la *escritura de la castración*, se alimenta de la renuncia. Se dirige contra el sujeto, como representante de la violencia del mundo, de la violencia del padre y de su ley.

La familia interpela, exigiendo redención, exigiendo que *alguien pague sus deudas*: el delito por *la violencia inherente a toda herencia y a todo heredar*. La familia interpela a Edipo, esos familiares-otros, *espectros que retornan a Tebas*, reclaman justicia con los extranjeros de la ciudad:

Desde Grecia, el bárbaro era aquel extranjero que “balbuceaba”. Excluido del orden del discurso, del lenguaje de la cultura, a este ser extraño le estaba vedado lo específicamente humano definido así por el *logos*. El término “bárbaro” denota el horror del Mismo respecto al Otro, ese otro siniestro que se presenta como una amenaza a la identidad. Como consecuencia del temor, se le obliga a perder todo estatuto dentro del campo del ser y es así desterrado al no ser. Opuesto a la “civilización”, a la palabra que es el *logos*, el que balbucea es condenado a la errancia, al lugar de lo erróneo<sup>184</sup>.

Edipo, ese *bárbaro*, ese *extranjero*.

Edipo que ante lo *sexual balbucea*.

*La historia impuesta por la familia pretende borrar la memoria de sus hijos.*

---

<sup>184</sup> *Op. cit.*, p. 30



\*\*\*

Proyecto de una *Grafología psicoanalítica*.

Las líneas propuestas por Derrida para este proyecto han sido recorridas, no totalmente, no por completo. Un proyecto deconstructivo del psicoanálisis no es una tarea terminable, sino el deseo de asumir una responsabilidad por los espectros que atormentaron a Freud. Presente del espectro, la venida, el trazo de la promesa, anuncio del por-venir, memoria, recuerdo y herencia del freudismo.

*Espectros*: ni presentes, ni ausentes; ni vivos, ni muertos; ni propios, ni impropios... *El signo se itera, el espectro es un reaparecido*. La escritura reclama repetirse, reaparecer infinitamente en cada nueva lectura. No es posible dominar el devenir inconsciente del escrito que está sentenciando ya, ahora mismo, su violencia contra el padre, su renuncia a la filiación legítima. La escritura no tiene padre responsable, valedor. Escribir está ligado a la imposibilidad de retornar al padre, de reenviar nuestro texto a la estancia segura del sentido, de la unicidad contextual. Escribir es resistir al padre, escribir lo femenino, renunciar a la unicidad de los orígenes, a la autoridad del sentido único. La *grafología psicoanalítica* desplaza el psicoanálisis freudiano más tradicional. Renuncia al padre del psicoanálisis y lee márgenes. La *grafología psicoanalítica* es un psicoanálisis *en* deconstrucción: llevado, pues, a la *experiencia aporética de lo imposible*. Una ciencia, en fin, de los acontecimientos<sup>185</sup>.

---

<sup>185</sup> FREUD, S.: “Análisis terminable e interminable” en *Introducción al narcisismo*. ed. cit., pp. 123-124: “Parece casi como si la del psicoanalista fuera la tercera de esas profesiones ‘imposibles’ en las cuales se está de antemano seguro de que los resultados serán insatisfactorios. Las otras dos, conocidas desde hace mucho más tiempo, son la de la educación y del gobierno”. Véase, para profundizar más en este punto, DERRIDA, J.: *Estados de ánimo del psicoanálisis. Lo imposible más allá de la soberana crueldad*. Edición electrónica de la Escuela de Filosofía Universidad ARCIS, p. 3: “Y en cuanto a la crisis, ese saber sería el saber de lo que pone al psicoanálisis en crisis, sin duda, pero también de lo *que* la revolución psicoanalítica pone en crisis. Las dos cosas parecen además tan indisociables como dos fuerzas de resistencia: resistencia *al* psicoanálisis, resistencia autoinmunitaria *del* psicoanálisis tanto a su exterior como a sí mismo. Es en su poder de poner en crisis que el psicoanálisis está amenazado y entra entonces en su propia crisis”.

## SECCIÓN BIBLIOGRAFICA

### Obras completas de S. Freud:

- FREUD, S.: *Moisés y la religión monoteísta*. Alianza Editorial, Madrid, 2010
- FREUD, S.: *Tótem y tabú*. Alianza Editorial, Madrid, 2003
- FREUD, S.: *Nuevas aportaciones a la interpretación de los sueños*. Alianza Editorial, Madrid, 2005
- FREUD, S.: *Escritos sobre la histeria*. Alianza Editorial, Madrid, 2011
- FREUD, S.: *Esquema del psicoanálisis y otros escritos de doctrina psicoanalítica*. Alianza Editorial, Madrid, 1999
- FREUD, S.: *Tres ensayos sobre teoría sexual*. Alianza Editorial, Madrid, 2009
- FREUD, S.: *Ensayos sobre la vida sexual y la teoría de las neurosis*. Alianza Editorial, Madrid, 2011
- FREUD, S.: *La histeria*. Alianza Editorial, Madrid, 2012
- FREUD, S.: *Los orígenes del psicoanálisis*. Alianza Editorial, Madrid, 2007
- FREUD, S.: *El malestar en la cultura*. Alianza Editorial, Madrid, 2006
- FREUD, S.: *La interpretación de los sueños I*. Alianza Editorial, Madrid, 2011
- FREUD, S.: *La interpretación de los sueños II*. Alianza Editorial, Madrid, 2011
- FREUD, S.: *Introducción al psicoanálisis*. Alianza Editorial, Madrid, 2011
- FREUD, S.: *Introducción al narcisismo y otros ensayos*. Alianza Editorial, Madrid, 2005
- FREUD, S.: *Psicología de las masas*. Alianza Editorial, Madrid, 2000
- FREUD, S.: *Psicopatología de la vida cotidiana*. Alianza Editorial, Madrid, 2011

FREUD, S.: *Psicoanálisis aplicado y técnica psicoanalítica*. Alianza Editorial, Madrid, 2004

FREUD, S.: *Autobiografía*. Alianza Editorial, Madrid, 2006

FREUD, S.: *Psicoanálisis del arte*. Alianza Editorial, Madrid, 2013

FREUD, S.: *Paranoia y neurosis obsesiva*. Alianza Editorial, Madrid, 2013

FREUD, S.: *Sexualidad infantil y neurosis*. Alianza Editorial, Madrid, 1987

FREUD, S.: *El yo y el ello*. Alianza Editorial, Madrid, 2009

FREUD, S.: *El chiste y su relación con lo inconsciente*. Alianza Editorial, Madrid, 2010

#### **Selección de obras de J. Derrida:**

DERRIDA, J.: *Resistencias del psicoanálisis*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1997

DERRIDA, J.: *Aprender por fin a vivir. Entrevista con Jean Birnbaum*. Amorrortu/editores, Buenos Aires, 2007

DERRIDA, J.: *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Editorial Trotta, Madrid, 1997

DERRIDA, J.: *La tarjeta postal. De Sócrates a Freud y más allá*. Edición Electrónica de la Escuela de Filosofía Universidad ARCIS: [www.philosophia.cl](http://www.philosophia.cl)

DERRIDA, J.: *Khôra*. Amorrortu/editores, Buenos Aires, 2011

DERRIDA, J.: *La diseminación*. Editorial Fundamentos, Madrid, 2007

DERRIDA, J.: *Estados de ánimo del psicoanálisis. Lo imposible más allá de la soberana crueldad*. Edición electrónica de la Escuela de Filosofía Universidad ARCIS: [www.philosophia.cl](http://www.philosophia.cl)

DERRIDA, J.: *Márgenes de la filosofía*. Ediciones Cátedra, Madrid, 2013

DERRIDA, J.: *La escritura y la diferencia*. Anthropos Editorial, Barcelona, 2012

DERRIDA, J.: *No escribo sin luz artificial*. Cuatro Ediciones, Valladolid, 2006

DERRIDA, J.: *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*. Editorial Trotta, Madrid, 1998

DERRIDA, J.: *Cómo no hablar. Y otros textos*. Anthropos Editorial, Barcelona, 2011

**Selección de obras complementarias:**

ASSOUN, P-L.: *Introducción a la epistemología freudiana*. Siglo XXI editores, Buenos Aires, 2001

ASSOUN, P-L.: *La transferencia. Lecciones psicoanalíticas*. Nueva Visión, Buenos Aires, 2008

ASSOUN, P-L.: *La metapsicología*. Siglo XXI editores, Buenos Aires, 2002

ASSOUN, P-L.: *Fundamentos del psicoanálisis*. Prometeo Libros, Buenos Aires, 2005

ASSOUN, P-L.: *Perspectivas del psicoanálisis*. Prometeo Libros, Buenos Aires, 2006

ASSOUN, P-L.: *Figuras del psicoanálisis*. Prometeo Libros, Buenos Aires, 2005

BENNINGTON, G. & DERRIDA, J.: *Jacques Derrida*. Edición digital de Derrida en castellano: <http://www.jacquesderrida.com.ar/>

CAPUTO, J. & DERRIDA, J.: *La deconstrucción en una cáscara de nuez*. Prometeo Libros, Buenos Aires, 2009

DE PERETTI, C. & VIDARTE, P.: *Derrida (1930)*. Ediciones del Orto, Madrid, 1998

DE PERETTI, C. (Ed.): *Espectrografías (Desde Marx y Derrida)*. Editorial Trotta, Madrid, 2003

- FREUD, A.: *El yo y los mecanismos de defensa*. Ediciones Paidós, Barcelona, 1961
- GARCIA GUAL, C.: *Enigmático Edipo. Mito y tragedia*. FCE, Madrid, 2012
- GÓMEZ SÁNCHEZ, C.: *Freud y su obra. Génesis y constitución de la teoría psicoanalítica*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2009
- GREENSON, R.: *Técnica y práctica del psicoanálisis*. Siglo XXI editores, Buenos Aires, 2012
- LEVINAS, E.: *La huella del otro*. Editorial Taurus, Madrid, 2001
- NEU, J. (comp.): *Guía de Freud*. Cambridge University Press, 1996
- NIETZSCHE, F.: “La filosofía en la época trágica de los griegos” en Sánchez-Meca, D. (ed.) *Obras completas. Escritos de juventud*. Vol. 1. Madrid. Tecnos, 2011
- NIETZSCHE, F.: *La genealogía de la moral*. Alianza editorial, Madrid, 2011
- VIDARTE, P.: “Sobre psicoanálisis y deconstrucción”, en *Daimón, Revista de Filosofía* (Universidad de Murcia), nº 16, 1998
- VIDARTE, P. (Coord.): *Marginales. Leyendo a Derrida*. UNED, Madrid, 2000
- VIDARTE, P.: *¿Qué es leer? La invención del texto en filosofía*. Tirant Lo Blanch, Valencia, 2006